

# BREVES REPORTAJES DE LA HISTORIA UNIVERSAL



GERMÁN MERINO VIGIL

*DyCS*

## BREVES REPORTAJES DE LA HISTORIA UNIVERSAL

GERMÁN ENRIQUE MERINO VIGIL

**BREVES REPORTAJES DE LA HISTORIA  
UNIVERSAL**

LIMA - PERÚ  
DERECHO Y CAMBIO SOCIAL  
2020

© Germán Enrique Merino Vigo, 2020

© Francisco Merino Vigil, 2020.  
Del diseño de la carátula.

© Derecho y Cambio Social, 2020  
Para la presente edición y publicación en la sección Miscelánea de la  
revista jurídica Derecho y Cambio Social.  
Lima, Perú.  
<https://www.derechocambiosocial.com/>

Todos los derechos reservados.

## Índice

<i>Prólogo</i> .....	6
<i>Una explicación</i> .....	8
La Misión de Esdras.....	9
Leonidas en las Termópilas.....	14
La muerte de Sócrates. ....	19
La tumba vacía .....	24
La emboscada.....	29
El asesinato de Pizarro. ....	36
El primer peruano.....	41
El Señor de los Milagros. ....	45
La Toma de la Bastilla.....	50
La muerte de un Rey.....	55
El Código Civil .....	59
La misión de Pierre Raulet. ....	64
Bolívar en Pativilca. ....	69
Los funerales de Gamarra.....	74
El día que llegaron los chinos.....	79
La saga de José Gálvez.....	84
La "denuncia Bogardus" .....	89
Chile declara la guerra.....	94
La tragedia de Angamos. ....	99
Revista en el desierto.....	104

Victoria en la quebrada .....	109
El último cartucho.....	113
El secreto de Miguel Iglesias. ....	118
El “affaire” Dreyfuss.....	123
El final de Benel.....	129
Así cayó Leguía.....	134
Los ocho marineros. ....	139
Magnicidio en Santa Beatriz.....	144
Insurrección a mediodía.....	149
La Revolución de carnavales. ....	154
El Crimen Graña. ....	158
Una noche en el Club Cajamarca .....	167
La historia del "Ché" Guevara.....	174
Fusilamiento en Cajamarca. ....	180
El caso Banquero.....	186
La Reforma Agraria en Cajamarca .....	191
El caso Watergate .....	197
El error fatal del general Velasco. ....	202
Así cayó Velasco. ....	207

## *Prólogo*

Germán Merino(\*) me ha pedido que le ponga prólogo a su libro. Me ha salido hacerlo, porque soy de aquellos que se excusan cuando la cosa no fragua por sí sola.

Germán Merino es de Chachapoyas, y eso lo explica casi todo. Vive y padece este valle de lágrimas en Cajamarca, donde pocos lo quieren –dice él-, pero a mí me consta que muchos lo saludan con afecto por la calle.

Estas prosas históricas tienen grandes valores: la prosa es impecable, a veces demasiado frondosa, barroca:

*Que ser peruano y ser barroco*

*son pepas del mismo coco.*

Lo más interesante es el contenido, el ensayo histórico, el traer al pasado con la vibración del presente, hacer vivir el momento histórico, la tarde aciaga, el tiro de gracia, las 9 balas en el cuerpo de Sánchez Cerro (mi abuelo bailó esa tarde).

Germán Merino es aquí un maestro que ejerce la docencia –según nos lo ha contado- con su propio hijo: para él escribió estos textos, para desasnarlo, para que sepa un poco, para que no se confunda, para que guarde la memoria.

La historia es creación, ¡qué duda cabe! Popper lo defiende valerosamente: cada generación tiene derecho a reescribir la historia. Germán Merino es de aquellos historiadores germinales, en quienes vibra la poesía para recrear el espacio histórico y armar de nuevo el teatro que fue aquel mundo.

---

(\*) Germán Enrique Merino Vigil (21 de mayo de 1949 - 15 de julio del 2015) (*Nota de la editora*).

Hay también testimonios, porque Germán Merino, conspirador y político, vivió algunos de estos episodios. Germán defendió a balazos el diario “La Crónica” ese fatídico cinco de febrero de 1975 sobre el cual escribe sobriamente en tercera persona. Germán asistió a episodios no escritos de la historia nacional, como la poco recordada noche del 29 de agosto, cuando un grupo de valientes, tal vez equivocados intentó defender con las armas en la mano al gobierno nacionalista de Juan Velasco Alvarado. Periodista también, consiguió una primicia que nunca fue publicada: el hasta hoy desconocido epílogo del “Crimen Graña”, episodio dramático en la historia del Perú.

Pero es alguien en este teatro que nosotros ahora vivimos, que se detiene a meditar lo histórico, lo que ha pasado y nos lo cuenta con pluma viril y talento de escritor.

Este es un libro para los jóvenes del Perú del tercer milenio. Aquí encontrarán información verídica y pensamiento poderoso; también encontrarán qué criticar y con qué no estar de acuerdo.

Los buenos libros son buenos porque nos llevan más allá de sí mismos: nos ponen a pensar.

Alberto Benavides Ganoza

Samaca, abril de 2007



## ***Una explicación***

Inicié este trabajo en 1992, cuando mi hijo Germán se preparaba para ingresar a la Universidad Nacional de Cajamarca. Me sorprendió entonces constatar la escasa formación humanística que ofrece a nuestros estudiantes la educación secundaria. Consideré necesario, por eso, elaborar para mi hijo un resumen destinado a ayudarlo en su preparación preuniversitaria.

Con ese objeto redacté una serie de episodios históricos en un lenguaje accesible y con la estructura propia para motivar la imaginación de un adolescente.

Este trabajo es, en gran parte, el producto de algunas lecturas desordenadas y caóticas. En algunos casos son testimonios de un periodista, que por su propia condición, deviene en testigo y protagonista de la historia. Pero, imitando en esto a Scorza, (*“para proteger a los justos de la Justicia”*) he preferido no describir sucesos que tengan menos de 25 años de antigüedad.

Nunca pensé que estos artículos inconexos –publicados originalmente en mi extinta revista “Semana”- merecieran transformarse en un libro. Fue mi amiga Marcela Olivas, la eficiente directora de Antares en Cajamarca, quien me animó, más bien me obligó a intentarlo. El permanente interés de Alberto Benavides en hacer que la gente escriba, publique y lea, me ha animado también a seleccionar los episodios que he creído mejor logrados para reunirlos en este trabajo.

Marx consideraba la Historia como una larga marcha del Reino de la Necesidad al Reino de la Libertad. Con pluma vacilante y torpe he querido describir aquí algunas etapas de ese inacabado camino.

Cajamarca, febrero de 2007.

Germán Merino Vigil.

## **La Misión de Esdras.**

**(Jerusalén, Siglo VI A. de C.)**

Esdras, el escriba, trabajaba febril, apasionadamente.

Sus manos ajadas trazaban sobre el papiro las cuñas del alfabeto cónico que sus mayores habían aprendido de los opresores caldeos. Al escribir, era consciente de su solemne tarea: compilaba, completaba, unificaba un gran Libro disperso que era, más que la Historia, el alma de su Pueblo.

Desde su ventana, Esdras, el escriba, podía ver las colinas casi doradas iluminadas por el sol, la Ciudad recuperada, el Templo reconstruido hacía apenas una generación. Los servidores de Nehemías, el gobernante, levantaban -piedra sobre piedra- las murallas de Jerusalén.

Los dos hombres protagonizaban una carrera contra el tiempo, porque cuando Nehemías hubiera levantado las murallas, Esdras debería proclamar ante el Pueblo la Torah, el Libro de la Ley.

No era tarea exenta de riesgos, porque quien levanta una muralla se compromete a defenderla, porque quien proclama una Ley se obliga a mantenerla. Moabitas y samaritanos, viejos enemigos, merodeaban la colina de Sión. Los obreros trabajaban en permanente vigilancia, listos a repeler una agresión.

Nehemías llamó a uno de sus servidores y le mandó ocupar un puesto de vigilancia en la cumbre del muro. Esdras, el escriba, era también poeta. Meditó brevemente y escribió: *“sobre tus murallas, Jerusalén, he apostado un centinela”*.

## **El Pueblo.**

Acaso el largo peregrinar por el desierto -mucho más de los 40 años bíblicos- generó en el Pueblo Elegido esa particular idea de Dios, tan diferente a todas.

Austera raza de pastores nómadas, los israelitas no aceptaban como dioses a montañas, planetas ni animales: adoraban a Dios, Único y Todopoderoso. Un Dios a quien no podía comprarse con sacrificios, un Dios que reclamaba del Hombre y del Pueblo un severo conjunto de normas morales, un Dios cuya Alianza sólo podía mantenerse mediante la estricta observancia del Bien.

Los más lejanos recuerdos de aquel Pueblo se remontaban hasta un antepasado común, a quien Dios convocó para peregrinar por el desierto, cumplir su Ley y ser padre de muchas naciones. Los descendientes de ese hombre -Abraham, Isaac, Jacob o Israel padecieron después el cautiverio en Egipto, las duras condiciones del emigrante sometido al poder ajeno: hambre, trabajo forzado, planificación familiar obligatoria. Pero, acaudillados por Moisés, ellos alcanzaron la libertad y -otra vez en el desierto- encontraron su Dios, recibieron su Ley y la promesa de su Liberación.

Distintos sucesores de Moisés los condujeron a la victoria, que sólo era posible mediante el cumplimiento de la Ley: los humildes pastores alcanzaron su Tierra Prometida, la hicieron fructificar y la defendieron con las armas en la mano.

Dejaron de ser nómadas y se volvieron sedentarios. Cambiaron el pastoreo por la agricultura. Establecieron un Estado. Otro héroe nacional, David, tomó por asalto la estratégica colina de Sión, haciendo de ella su capital. Su sabio hijo Salomón levantó en esa colina el Templo más hermoso, para adorar al Dios Único.

Dos tendencias se disputaban sus espíritus: el monoteísmo establecido en los Mandamientos de Moisés, y la idolatría de sus numerosos vecinos.

La austeridad propia de los nómadas, la nostalgia por la solitaria vida en el desierto, la voluntad de mantener el contacto entre el Señor y su Pueblo, vigorizaban el monoteísmo. El sedentarismo agrario, la sensual atracción por la riqueza y el lujo, la necesidad de mantener una fuerza armada, el sofisticado culto de dioses extranjeros, pervertían y desafiaban la Ley.

Esa relación agónica entre el hombre y Dios, caracterizó la vida política y espiritual de Israel.

### **El destierro.**

Pero el pueblo pecó, convocando la tragedia.

El Pueblo se dividió, aceptó dioses extraños y el año 586 A.C. los babilonios tomaron Jerusalén, destruyeron el Templo, y condujeron en rehenes a los gobernantes y hombres cultos de la Nación.

Sobre los ríos de Babilonia, ellos lloraron su tragedia y añoraron su Patria: *“si yo te olvidare, Jerusalén, que me falle la mano derecha, que se me pegue la lengua al paladar si no te recuerdo por encima de mi alegre canción”*. Pero en la soledad del destierro, ellos siguieron adorando al Dios Único, practicando las severas normas morales dictadas en el Sinaí y celebrando cada año su Pascua, fiesta de Liberación en la que prometían reunirse de nuevo, *“el año que viene, en Jerusalén”*.

En esa tierra de exilio se cumplió el Gran Cambio, aquel proceso de renovación y depuración espiritual que salvó al Pueblo después de su caída. Se cumplió así la profecía de Ezequiel: *“y os daré un corazón nuevo y un espíritu renovado infundiré en vuestro interior”*

### **El Libro.**

Cuando volvieron a Jerusalén para levantar otra vez su Templo, eran ya conscientes de que como Pueblo Elegido les esperaban duras pruebas; pero traían consigo el testimonio de su maravillosa historia, la impronta de su relación directa con Dios. Viejos papiros -escritos en la noche de los tiempos- constituían su más querida herencia. Hombres santos, pertenecientes a las familias

sacerdotales de Moisés y Aarón, habían escrito diferentes versiones de la misma historia.

Seiscientos años antes, en la corte del Rey Salomón, un sacerdote descendiente de Aarón, el “yahvista” había recopilado antiguas tradiciones. Su mensaje es que Dios siempre concede su Gracia al hombre, pero el Pueblo y el Rey han de estar vigilantes, porque el cumplimiento de la Promesa dependerá, en última instancia, de la conducta humana.

En la aldea sacerdotal de Silo, un moisita -descendiente de Moisés- había escrito también. Es el “*elohísta*”, cultor de un mono-teísmo absoluto que no permite siquiera dar un Nombre a Dios: el Señor es “*Elohim*”. Su autor se preocupa por la moral, considera que es necesario obedecer a Dios pero nunca por temor, sino por respeto. Posiblemente fue el “*elohísta*” quien escribió el Decálogo, animado por la idea central de que toda la vida debe transcurrir bajo la mirada de Dios.

Una versión sacerdotal, -escrita posiblemente bajo el gobierno de Ezequías- enfatizaba la necesidad de centralizar el culto e insistía en minuciosos aspectos litúrgicos. Reiteraba el papel protagónico que, a juicio del escritor, debían tener siempre en el culto los sacerdotes aarónidas, descendientes de Aarón.

El Deuteronomio, compilado en la corte del Rey Josías y presentado como el Testamento de Moisés, unificaba parcialmente todos esos textos. Los investigadores contemporáneos atribuyen al profeta Jeremías, vinculado a la aldea sacerdotal de Silo y a la familia de Samuel, la redacción final del Deuteronomio e inclusive algunas modificaciones escritas ya en el destierro babilónico.

Muchos siglos más tarde, en su Encíclica *Divino Affante Spirito*, el Papa Pablo VI admitió que todos los escritores bíblicos habían sido animados por el Espíritu Santo.

### **El escriba.**

Esdras, escriba de la casta sacerdotal de los aarónidas, volvió a Jerusalén en compañía de Nehemías, gobernador nombrado por

el Rey de Persia, aproximadamente el año 510 A.C. Traía consigo *“La Ley de tu Dios, que está en tus manos”*.

A falta de un Rey judío, ellos reconstruyeron las murallas de la Ciudad. Debieron defenderse de varias incursiones de sus vecinos hostiles: *“la mitad de mis hombres trabajaba en la tarea y la otra mitad, provista de lanzas, escudos, arcos y corazas, se mantenía detrás de la muralla”* escribe Nehemías.

Mientras Nehemías levantaba la muralla, Esdras trabajaba una versión final de los libros tradicionales. El Pentateuco, los Libros de los Jueces, Samuel y los Reyes, son con toda probabilidad la Obra Inspirada de Esdras, reconstructor de la unidad nacional y religiosa de la Casa de Israel.

Cuando el Libro estuvo terminado y las murallas levantadas, los dos hombres reunieron al Pueblo y proclamaron la Ley frente a la Puerta del Agua. Todos juraron obedecerla. Con la espada en la mano, los hombres de Nehemías garantizaban que esa Ley sería defendida.

Algún día, cuando se hubieran cumplido setenta semanas de años, un Hijo de David atravesaría las murallas, para construir el nuevo Reino.

## **Leonidas en las Termópilas.**

**(Grecia, siglo IV A. de C.)**

Leonidas, Rey de Esparta, contempló el enorme ejército persa que tomaba posiciones de combate y comprendió que atacarían al amanecer.

Examinó con orgullo la inscripción que había mandado grabar en la enorme peña que coronaba el desfiladero de las Termópilas: *“viajero, si vas a Esparta, cuenta que aquí hemos muerto trescientos de sus hijos, para cumplir sus Leyes”*. Después, compartió con sus soldados un austero banquete funerario: *“mañana –les dijocenaremos con Plutón”*.

### **La noción de Patria.**

Leonidas y sus compañeros son los primeros hombres de quienes se puede afirmar que murieron por la Patria. Los asirios, egipcios, persas y en general todas las civilizaciones que hegemonizaron la sociedad antigua antes del florecimiento de Grecia y su maravillosa cultura, ignoraban la noción de Patria como sociedad organizada, acreedora a la obediencia y lealtad colectivas.

Los griegos fueron los primeros en comprender que el hombre, como integrante de una colectividad política, tiene con ella un conjunto de derechos y obligaciones. Las sociedades prehelénicas estaban integradas por súbditos; los griegos, en cambio, eran ciudadanos.

La Nación griega estaba integrada por numerosas polis, pequeñas Ciudades-Estado gobernadas por sus propios ciudadanos.

Fue en las polis donde apareció el concepto de Patria. Seis siglos antes de la Era Cristiana, el griego Europeles escribía *“patria es la ciudad donde hemos nacido, aquella en la que murieron nuestros padres, la misma donde hemos procreado a nuestros hijos y cuya tierra ha de cobijar nuestras cenizas”*.

Las polis o ciudades griegas eran democracias esclavistas.

Los ciudadanos, hombres libres y poseedores de derechos cívicos, participaban en el gobierno a través de Asambleas; no pagaban impuestos, ya que su única obligación era defender la ciudad en tiempo de guerra y gobernarla en tiempo de paz. Comerciantes, artesanos y extranjeros asimilados pagaban pesados impuestos para vivir y negociar en el territorio de la polis.

En la base de la pirámide, los esclavos sostenían con su trabajo a todo el edificio social.

Gobernadas por clases dirigentes lúcidas, defendidas por sus propios ciudadanos-soldados, aisladas entre el Mar Egeo y los Montes de Tesalia, las polis helénicas prosperaron mediante la agricultura, la manufactura y el comercio.

Un indómito amor a la libertad, una tenaz vocación por el razonamiento abstracto y un compromiso permanente con el arte y la belleza caracterizaron a la cultura griega, cuyos ciudadanos disfrutaron de una libertad política y un nivel cultural que la civilización occidental no pudo alcanzar hasta el siglo XVIII de la Era Cristiana.

### **Esparta.**

La pequeña polis de Esparta era, antes que todo, una colectividad militar.

Poco numerosos relativamente, los ciudadanos de Esparta tenían que precaver, de manera permanente, una posible sublevación de sus numerosos esclavos, los ilotas. En tiempo de guerra, más de la mitad de los ciudadanos debían permanecer en la polis para controlar a los esclavos y así, los contingentes militares espartanos eran forzosamente pequeños.



Obligados a compensar el reducido número de sus tropas con la máxima eficiencia militar, los gobernantes espartanos sometieron a sus ciudadanos a un entrenamiento permanente y a una férrea disciplina. Sujetos desde niños a severas privaciones físicas y pruebas morales, los espartanos se educaban en la más estricta obediencia. Su lenguaje debía ser lacónico, de pocas palabras. Desdeñaban el lujo, la gastronomía y el arte. Vivían organizados en fraternías o fraternidades militares, cuyos integrantes se dedicaban, incluso en tiempo de paz, a practicar ejercicios físicos y recibir entrenamiento bélico.

Las fraternías de los espartanos no admitían a mujeres, pero éstas eran dueñas absolutas de la vida familiar y disfrutaban de una amplia libertad sexual.

El deber de toda mujer espartana era procrear hijos aptos para la guerra: cada año, en ceremonias especiales, el Estado premiaba a las madres más prolíficas. Tocaba a las madres entregar a sus hijos el escudo que llevarían al campo de batalla, con ésta indicación solemne: *“volverás con él, o sobre él”*.

Las madres de los guerreros muertos eran veneradas, pero las madres de los cobardes eran objeto del desprecio colectivo.

### **El Rey.**

Los espartanos eran gobernados por un Rey o *“Basileis”* sujeto a la Asamblea de los ciudadanos. La principal responsabilidad de un Rey de Esparta era comandar el ejército.

En campaña, su autoridad era absoluta. El Rey tenía derecho de vida o muerte sobre todos los integrantes de su ejército. Sólo él podía decidir el momento y el lugar oportunos para empezar una batalla. Pero un Rey de Esparta no podía ordenar la retirada, bajo pena de muerte. Una vez iniciado el combate el Rey no tenía otra alternativa que vencer o morir. También bajo pena de muerte, ningún guerrero espartano tenía derecho a retroceder cuando el Rey peleaba, bajo ninguna circunstancia. El desprecio general, el vergonzoso apodo de *“tembloroso”*, la privación de todo derecho

político e incluso la muerte esperaban al espartano que regresaba vivo de una batalla perdida.

Así, cuando Jerjes, Rey de Persia conminó a las polis de Grecia para que le entregaran *“la tierra, el fuego y el agua”* y se sometieran a su despótico poder, todas las polis helénicas comprendieron que había llegado la hora de defender la libertad y confiaron el mando del ejército griego unificado a Leonidas, Rey de Esparta.

### **La invasión.**

Jerjes era llamado el “Rey de Reyes”.

Dos siglos antes su antepasado, Ciro, había empezado a conquistar el mundo. Desde los desolados altiplanos del Asia Menor, los pobres pastores persas iniciaron un proceso de expansión militar que los condujo a dominar Caldea, Asiria, Babilonia, Palestina y Egipto. Después de vencer a los fenicios, hebreos, hititas, babilonios, asirios, y caldeos, los persas edificaron un imperio que se extendía desde la India hasta el Mediterráneo.

Los historiadores contemporáneos estiman que el ejército que Jerjes condujo hasta Grecia estaba integrado por unos trescientos mil hombres.

Leonidas, que disponía de unos diez mil soldados, se atrincheró en el desfiladero de las Termópilas, un estrecho pasaje entre la montaña y el mar, donde su ventajosa posición compensaría la superioridad numérica del enemigo.

Durante cuatro días, los furiosos ataques persas se estrellaron inútilmente con la firme defensa de los griegos, ventajosamente posicionados en la montaña. Pero Jerjes recurrió a la traición: a cambio de una gran suma de dinero, el dorio Efiltes le indicó una ruta secreta, desde donde los persas podían atacar por la espalda las posiciones de los griegos.

## La Epopeya.

Leonidas, comprendiendo que la batalla estaba perdida, ordenó a sus aliados y a la mayor parte de sus propios soldados espartanos que evacuaran la posición ya comprometida. Para morir con él, escogió a sus mejores amigos, a los integrantes de su propia fraternidad militar, a los más altos dignatarios del Estado y a los miembros de su familia.

Se negó a rendirse: *“los soldados del Rey de Persia son tan numerosos que sus flechas oscurecen la luz del cielo”* le dijo el embajador persa Mardonio. *“Mejor, así peharemos a la sombra”* contestó Leonidas.

Antes de la batalla final todos vistieron sus mejores galas y se equiparon con sus armas más lujosas. Mandaron tallar en las Termópilas un orgulloso mensaje dirigido a la Eternidad y después disfrutaron de un banquete funerario.

A la mañana siguiente, todos murieron luchando. Leonidas fue de los primeros en caer, pero los sobrevivientes siguieron peleando hasta el fin, alrededor del cadáver de su jefe. Cuando se quebraron las lanzas, pelearon con espadas y puñales, incluso con los puños, hasta que todos murieron. Nadie se rindió.

El camino a la Grecia Continental quedaba abierto para el Rey de Persia. Pero la heroica hazaña de Leonidas y sus compañeros desmoralizó a los invasores y catalizó el patriotismo helénico. Seis meses después, los griegos, dirigidos esta vez por generales atenienses, sorprendieron e incendiaron a la flota de Jerjes en la bahía de Salamina.

Siglo y medio más tarde el griego Alejandro, Rey de Macedonia conquistó el imperio persa. La gloriosa cultura helénica, en cuya defensa habían muerto Leonidas y sus compañeros, alcanzó así la hegemonía universal.

## **La muerte de Sócrates.**

**(Atenas, siglo IV A de C.)**

El anciano se asomó a la ventana de su calabozo y contempló brevemente un paisaje lleno de dulzura: el puerto del Pireo, en cuyas aguas casi celestes flotaban las barcas de los pescadores; la marisma cubierta por la neblina matinal, las casas de paredes blancas al pie de la Acrópolis, la estatua de Palas, Diosa de la Sabiduría, entronizada en el Partenón, muy encima de los Altos Muros que defendían la ciudad.

Después, interrogó al verdugo.

Curioso como siempre, quería saber cómo beber la cicuta, el veneno que iba a poner fin a su vida por mandato de la Ley. No aceptó el llanto de sus alumnos que habían pasado con él la última noche; bebió tranquilo el último trago y caminó un poco, hasta que las piernas se le entumecieron. Entonces se acostó, impartió algunas recomendaciones finales a sus discípulos y se cubrió la cara con el manto para morir.

La ciudad era Atenas y el hombre, Sócrates.

### **Una cultura espléndida.**

*“Nuestro régimen no imita instituciones ni constituciones ajenas; somos nosotros más bien quienes servimos de modelo a los demás. En ésta tierra de nuestros antepasados hemos creado una sociedad de hombres libres y la hemos defendido con nuestras propias armas”.*

Estas orgullosas palabras del gobernante ateniense Pericles describen a la democracia esclavista de Atenas en el apogeo de la

cultura helénica. En aquel “Siglo de Pericles” la economía, la cultura y la democracia atenienses sirvieron de modelo al mundo; unos 30,000 ciudadanos, dueños de la tierra y los esclavos, tomaban las decisiones del gobierno, la administración y la justicia. El arte, la filosofía y el comercio alcanzaron niveles excepcionales en aquella ciudad-estado cuyos valores se extendían a toda la península griega y el archipiélago inmediato.

Atenas había alcanzado la prosperidad y el poder a partir de una economía basada en la pequeña propiedad agraria. El cultivo de los cereales, algunos frutales, la vid y el olivo sustentaban la dieta nacional. Algunas cabras y muy pocas vacas proporcionaban carne, queso y leche. La pobreza del suelo obligó a los atenienses a buscar un futuro en el comercio y la artesanía, pero las minas de plata de Laurión, inmediatas a la ciudad, garantizaban la estabilidad monetaria.

El terreno quebradizo, lleno de barrancas, no permitía el uso de los caballos y así los atenienses aprendieron a pelear a pie. Combatían en filas apretadas, cubiertos de pesadas armaduras. El deporte gimnástico que aseguraba el excelente estado físico de los atenienses y la actitud científica de los estrategas de Atenas que aplicaron la filosofía al arte de la guerra, convirtieron a aquella temible infantería de ciudadanos-soldados en la más poderosa fuerza militar de su tiempo.

El maravilloso mundo de las ciudades-estado griegas y su cultura imperaba en la cuenca del Mediterráneo; la flota mercante griega dominaba los mares y sus tropas, dirigidas por hijos de la gran ciudad de Atenas habían derrotado al enorme imperio persa. Los artistas atenienses impusieron un código estético vigente hasta nuestros días, sus fabricantes, comerciantes y banqueros, impulsaban la producción y la circulación de mercancías.

### **Un viejo detestable.**

A la metrópoli acudían de todo el mundo helénico artistas, poetas, científicos, filósofos, estudiantes y maestros. Hombres ricos de lugares tan lejanos como Sicilia enviaban a sus hijos a estudiar

en Atenas, donde el maestro más eminente era Sócrates. Pero el filósofo se negaba tercamente a cobrar ninguna clase de honorarios.

Desde un código de valores contemporáneo, Sócrates sería considerado seguramente un viejo detestable.

Calvo, de nariz gruesa y corta estatura, era, además, pobre, condición que nunca ha despertado simpatías. Trabajaba, apenas lo necesario para mantener a su familia, como cantero o escultor ocasional. Su mujer, Xantipa, adolecía del mal genio común a las esposas de los pobres y así el mayor placer para ese hombre consistía en verse lejos de casa.

Se levantaba temprano, tomaba un desayuno de pan con vino, vestía una túnica y un manto de tela burda y escapaba en busca de una tienda, un templo, un baño público, acaso una esquina propicia para conversar y discutir, hostigando a los atenienses con sus preguntas mayéuticas, impregnadas de lógica implacable e irritante.

Cuando el oráculo de Delfos proclamó que aquel holgazán era el más sabio de los atenienses, Sócrates comentó con sorna: *“el oráculo me ha escogido como el más sabio, porque soy el único que sabe que no sabe nada”*.

Esa actitud de maliciosa ironía y equívoca modestia le daba ventajas imprevistas: aparentando desconocer las respuestas, acababa a sus interlocutores con preguntas e inferencias, llevándolos a conclusiones inesperadas pero lógicas.

Sus conciudadanos reconocían su valor de soldado, demostrado en la batalla de Delium contra los espartanos. Pero admiraban en mayor medida el valor moral que demostró cuando, después de una derrota, se ordenó la ejecución colectiva de diez generales. En el ágora de Atenas, Sócrates se enfrentó a la multitud enfurecida y salvó aquellas vidas demostrando que condenar a diez hombres por un mismo delito era un acto carente de lógica y, por lo mismo, una injusticia.

Evangelista del razonamiento riguroso, predicaba lógica en las calles de Atenas como después Jesús predicaría amor en las aldeas de Judea.

Y como Jesús, sin haber escrito en su vida una palabra, ejerció en el pensamiento humano una influencia que millares de libros no podrán superar.

### **Intolerancia.**

Ese hombre persuasivo cambió el curso de la civilización.

Enseñó que toda buena conducta se desarrolla bajo la guía del entendimiento y que, en el fondo, toda virtud consiste en la primacía de la inteligencia sobre la emoción: el acto bueno es el acto inteligente y lógico; la felicidad humana llegaría, a criterio de Sócrates, cuando el hombre hubiera aprendido a definir las premisas y deducir las consecuencias.

Sus deducciones exactas y luminosas sentaron las bases de la filosofía griega y por extensión, constituyen el punto de partida del pensamiento contemporáneo.

Las enseñanzas de Sócrates acaso no hubieran impresionado tanto a la humanidad si su autor no hubiera muerto mártir de sus ideas.

Se acusó al maestro de no creer en los dioses de la ciudad y corromper a la juventud con ideas perniciosas. Aquel proceso fue un típico caso de intolerancia. Aristóteles dijo más adelante que la muerte de Sócrates demuestra las debilidades del sistema democrático, donde una mayoría perversa puede imponer el mal.

En efecto, pese a la lúcida defensa de Sócrates, un jurado de 501 ciudadanos lo condenó a muerte por 60 votos. Al reo le quedaba el recurso legal de pedir una pena más suave y una nueva votación. Si hubiera apelado humildemente, con los lamentos e imploraciones acostumbrados, más de 30 jueces hubieran cambiado su voto.

Pero el anciano se mantuvo racionalmente ecuánime ante la tragedia. *“Yo creo en el imperio de la Ley- dijo-: el buen ciudadano obedece las leyes de su ciudad. Las leyes de Atenas me han condenado a muerte y la inferencia es que, como buen ciudadano, debo morir”*.

La deducción era inaceptable para sus amigos, jóvenes y ricos, ansiosos de pagar una fuga a cualquier ciudad del archipiélago donde el maestro hubiera seguido enseñando.

Pero el viejo se mantuvo firme: para dar su última lección, Sócrates debía morir.

### **El final de un justo.**

En su dialogo “Fedón”, Platón cuenta que Sócrates pasó su última noche hablando de filosofía con sus jóvenes discípulos: *¿Existe otra vida después de la muerte?*

Sócrates se inclinaba a la afirmativa, pero escuchaba con atención las opiniones contrarias. Conservó su serenidad hasta el fin sin permitir que la emoción influyera en su razonamiento. A pocas horas de su muerte, discutía sobre la inmortalidad del alma con desapasionada lucidez.

Cuando llegó la hora fatal, sus discípulos se congregaron alrededor del maestro, preparándose para el horror de verle beber la cicuta. Entonces, Sócrates se acercó a la ventana para mirar por última vez la ciudad que tanto había amado.

*“Así llegó - dice Platón- el fin de nuestro amigo, que entre todos los hombres que hemos conocido, fue el más bueno, el más justo y el más sabio”*



## La tumba vacía

Los dos hombres caminaban con paso desigual por un estrecho camino de grava, entre huertos y viñedos iluminados por un sol todavía tímido. El paisaje suburbano se extendía desde las murallas de la ciudad hasta el Gólgota, el temido cerro de los suplicios, donde las cruces proyectaban una sombra siniestra sobre la fosa común que sobrevolaban las aves de rapiña.

Adelante el joven sacerdote, detrás el pescador ya maduro, los dos hombres iban en busca de la Tumba para confirmar una noticia increíble, procedente de una mujer definitivamente no digna de confianza... ¿acaso el Maestro no había expulsado de su cuerpo a siete demonios?

Pero la mujer había hablado con extraña seguridad, ofreciendo detalles convincentes. Y así, aquella mañana después del Sábado, el joven sacerdote y el viejo pescador dejaron su refugio y salieron presurosos en procura de aquel lugar de muerte, donde los centinelas ya no montaban guardia.

La enorme piedra que sellaba el sepulcro había sido removida. ¿Sería posible, acaso?

Ante la Tumba abierta, Juan, el sacerdote, vaciló: el rito mosaico le prohibía contaminarse ingresando a un sepulcro. Pero Pedro, el pescador, era hombre ajeno a tales escrúpulos. Durante tres noches había llorado su falta de fe, sus dudas, su atroz cobardía del jueves. Esta vez, estaba decidido, no habrían dudas: aceleró el paso, penetró en el siniestro recinto y comprobó, con nítida sorpresa, que sólo los lienzos dispersos y perfumados con que piadosas mujeres habían envuelto al Crucificado recordaban que en

ese lugar más bien fresco, en aquella penumbra acogedora, había sido depositado un cadáver.

La Tumba estaba vacía.

### **Asesinato Judicial.**

Teólogos e historiadores aceptan que Jesús de Nazaret, descendiente de David, fue crucificado durante la Fiesta de Pascua del año 36 de nuestra Era, en Jerusalén.

Fue aquél un periodo crítico, inmediato a dos efemérides conflictivas: el año sabático judío, cuando miles de campesinos abandonaban la tierra para escuchar a profetas y predicadores, coincidía con el Año del Censo romano, cuando se empadronaba *manu militari* (con mano de militar) a los futuros contribuyentes.

En ese ambiente de crisis política, en aquella sociedad dividida en sectas militantes que polemizaban acerbamente sobre un inminente Final de los Tiempos, en aquel país extraño donde se adoraba a un Dios diferente a todos, gobernaba en nombre de la Roma Imperial un militar torpe y autoritario, Poncio Pilato.

El gobernador aplicó rudamente las leyes, impuso tributos arbitrarios y, empeñado en lo que hoy se llamaría una modernización, malversó el sagrado Tesoro del Templo para construir en Jerusalén un acueducto según el modelo romano. Ante la inevitable protesta, Pilato infiltró entre la muchedumbre piquetes de legionarios disfrazados que arremetieron a palos y puñaladas contra los quejosos.

La conducta de Pilato era violenta y su relación con las autoridades locales, conflictiva.

Ese individuo despótico, ese soldado convertido en burócrata, juzgó expeditivamente a Jesús cuando los príncipes de los sacerdotes lo presentaron ante su tribunal, acusándolo de blasfemo, perturbador y, sobre todo, enemigo del Emperador, inductor de la sedición y aspirante al Trono.

*“Si no lo condenas, no eres amigo del César”*, le habían dicho a Pilato aquellos arrogantes sacerdotes, enriquecidos con el tráfico de las víctimas y el producto de los sacrificios.

Pilato no se preocupó por averiguar la verdad... *“¿qué es la verdad?”* le preguntó a su Víctima. Jesús demostró su Verdad de la única manera posible: dando la vida por ella.

No hay necesidad de describir el juicio, excepto para notar el regocijo con que los soldados romanos se burlaban de Jesús después de azotarlo. El propio Pilato adoptó la misma actitud: *“Aquí está vuestro Rey”*, les dijo a los israelitas. Después, lo mandó crucificar junto a dos ladrones que habían sido arrestados durante una revuelta. Sobre la Cruz -ordenó- se clavaría un cartel indicando las causas del suplicio: *“Jesús el Nazareno, Rey de los Judíos”*.

El pueblo se enteró tarde de que las cruces habían sido levantadas en el Gólgota. Los pocos que acudieron llenos de aflicción al escenario de la tragedia, no sólo asistieron a la agonía de las víctimas sino que, además, tuvieron que leer aquellas palabras insultantes, mortíferas para las esperanzas de la Nación.

¿Es que las tribulaciones de Israel no terminarían nunca? Ésta era, sin lugar a dudas, una negra y débil conmemoración de la Pascua.

Pero a principios de la nueva semana empezaron a circular por calles y mercados extraños informes: el cuerpo de Jesús no se hallaba en la tumba donde había sido enterrado por el piadoso senador José de Arimatea. La Tumba había sido encontrada abierta y vacía. Y éste era un hecho verificado. ¿Quién se había llevado el cuerpo? Acaso habían sido los romanos, para evitar que los restos del Crucificado fueran objeto de culto. Acaso los galileos, para trasladar el cadáver a su país de origen. Nadie encontró una explicación convincente y los peregrinos que habían acudido a Jerusalén para la Pascua, incluyendo a los galileos, regresaron con dudas al hogar.

## **Resurrección.**

¿Tal vez fue en el camino de Emaús? ¿Acaso en la querida y lejana Galilea? De algún modo, en algún momento, los dispersos seguidores del Maestro fueron animados por la convicción de que, en efecto, Cristo había resucitado. Algunos lo vieron, otros conversaron con Él. Nadie puede pensar racionalmente en una mixtificación, porque los discípulos de Jesús ofrecieron su vida y aceptaron la muerte animados por esa fe. Aquel fue el verdadero Testimonio. Tales hombres no eran los actores de una audaz impostura montada por ellos mismos: nadie muere por una mentira. Aquellos hombres estaban animados por la certidumbre: el Señor había resucitado.

El término Resurrección no es lo mismo que la supervivencia del alma después de la muerte. No tiene nada que ver con fantasmas o espíritus que se materializan. Resurrección significa el “levantarse” de alguien que ha estado tendido como cadáver, la reanimación de un cuerpo muerto de tal manera que el individuo es capaz de respirar, moverse, en resumen, ve restauradas sus funciones básicas. Es como el despertar de un profundo sueño o del coma.

La tradición judía de entonces era bastante clara al respecto, como puede verse en los relatos sobre la Resurrección de Lázaro o del hijo de la viuda de Naím. Por lo que se refiere a Jesús, los Evangelios reflejan inequívocamente lo que significaba la Resurrección, cuando nos muestran al Resucitado enseñando sus heridas y solicitando comida que a continuación ingiere: es un hombre vivo. Ha vencido a la muerte.

En el hijo de David se había cumplido la promesa del Salmo 123: *“... no, no he de morir. Viviré y cantaré las obras de Yahvé”*.

Siglos después, un sacerdote con alma de poeta hallaría en la Resurrección el tema de un sermón destinado a ensalzar la victoria del Hombre sobre la Muerte: *“¡Resucitó! ¿Dónde está la muerte? ¿Dónde está su gloria? ¿Dónde su victoria?”*.

## **Pentecostés.**

Algunas semanas después, los mismos hombres estaban reunidos en Jerusalén, en la casa de Juan el Sacerdote, para celebrar la Fiesta de las Semanas, donde según la tradición se renovaba la Alianza, se amonestaba a la gente para que se arrepintiera y creyera en Dios. Era un día de junio, caluroso y opresivo. El sol brillaba bajo un cielo amarillento. El khamsin, el siroco, ese impetuoso viento del oriente que llena el aire de polvo y arena fina, que provoca sequedad de la boca y atroces dolores de cabeza, que oculta por un momento el sol hasta despojarlo de la fuerza de sus rayos, se abatía sobre la ciudad. La tormenta estalló en la mañana, cuando los discípulos se reunieron para las oraciones matutinas.

Entonces recibieron al Espíritu: quedaron como en éxtasis, rompieron a cantar y a gritar, como borrachos. Lenguas no conocidas expresaban sus ideas. Llenos de fuerza, empapados de confianza, salieron a predicar en aquella ciudad hasta hace poco extraña para ellos, pobres e ignorantes provincianos. Pero ahora sentían dentro de sí un corazón nuevo y un espíritu renovado, como el que había sido prometido a sus padres. Sus palabras, antes vacilantes, sonaban ahora con extraña autoridad ante un auditorio receptivo.

Fue el viejo pescador quien habló a nombre de los Once. Su mensaje era sencillo y poderoso. El que crucificaron, el Hijo de David, se había alzado de entre los muertos, estaba sentado a la diestra de Dios. Recordó que el pueblo esperaba a un Mesías: *“Ese Mesías es Jesús y todos somos testigos de que Dios lo resucitó”*.

De aquella Tumba vacía salió la Fuerza destinada a transformar el mundo.

## **La emboscada.**

**(Cajamarca, 1532)**

En el terrible minuto previo a la matanza, un silencio total congeló la plaza: Valverde regresaba, con el libro sagrado entre las manos. En su litera, el Inca se preparaba para dar órdenes. No cabía duda: el combate era inevitable. La masa de guerreros que rodeaba la litera imperial asumió la actitud propia de una tropa que se prepara.

Pedro de Alconchel, trompeta, se llevó a la boca el instrumento; Hernando de Soto, capitán de caballos, sofrenó por última vez al fogoso animal que la víspera había fascinado al Inca y su cortejo; Lucas Martín Vegazo aferró con decisión la partesana: había llegado el momento; Francisco Pizarro, gobernador, capitán general y adelantado hizo la señal convenida y entonces Pedro de Candía, artillero, aplicó la mecha a uno de los dos falconetes de la expedición. El primer disparo de artillería, el marcial sonido de la trompeta, la primera carga de caballería, iniciaron, esa tarde de 1532, el episodio decisivo de la conquista del Perú.

### **El Inca**

Fue una emboscada meticulosamente preparada, pero el Inca no cayó en ella por ingenuidad. También Atahualpa había decidido arrestar aquel mismo día a los extraños saqueadores, a los supuestos wiracochas. Para eso justamente los había dejado entrar sin mayor resistencia hasta una de las ciudades fortificadas de su reino. Siguiendo cuidadosamente las etapas de su largo itinerario a través de la costa y la sierra, los había esperado cautelosamen-

te, rodeado de un ejército numeroso y veterano, en el lugar previamente elegido: Qashamalca.

Experimentado estratega, Atahualpa consideraba que los blancos no tenían retirada posible.

El Inca bien podía permitirse el juego del gato y el ratón con aquellos hombres extraños, barbudos, desarrapados, que montaban extraños animales y presumían de grandes guerreros. Se interesó en las evoluciones del caballo, agasajó a los visitantes con chicha, envió saludos al jefe de los cristianos y una vez a solas con su gente, decidido a imponer la más severa disciplina antes del inevitable combate, ordenó la muerte inmediata de algunos orejones que habían mostrado despreciable pánico ante las evoluciones del caballo.

Después impartió sus órdenes: marcharían lentamente, en un bloque compacto. Cubrirían con su masa impresionante la distancia que separaba los Baños de la fortaleza y una vez allá, amarrarían a los extranjeros. Recomendó no maltratar a los caballos: serían muy útiles cuando su gente aprendiera a manejarlos.

Los castellanos habían pasado la noche en vela, cansados y temerosos pero decididos.

Eran unos ciento sesenta hombres armados, en su mayoría hidalgos, pero también comerciantes y artesanos que mantenían un compromiso relativo con Francisco Pizarro, adelantado, gobernador y capitán general, pero en verdad jefe tan sólo de la pequeña partida de extremeños y trujillanos vinculados con lazos de parentela y clientelaje a la poderosa familia de los Pizarro de Extremadura.

Los cuatro hermanos Pizarro, sus aliados y servidores reclutados en Extremadura y algunos funcionarios designados por el Rey, conformaban el núcleo de la expedición. Veteranos de los primeros viajes descubridores, Hernando de Soto, Sebastián de Belalcázar, Cristóbal de Mena, comandaban pequeñas partidas reclutadas y financiadas por ellos mismos, sujetas a su mando directo. También Pedro de Candía mandaba la artillería y una reducida

tropa de marineros griegos. Los hombres de a caballo constituían una estructura aparte, disfrutaban de mayor preeminencia social y recompensas más considerables que las asignadas a los peones, los hombres de a pie.

Los más pobres, a quienes de ningún modo se puede considerar soldados de infantería, se consideraban a sí mismos hombres libres y se les hubiera injuriado ofreciéndoles un jornal como a los mercenarios alemanes o suizos.

### **No estaban solos.**

Los seguían indios nicaraguas habituados a luchar por los españoles en las guerras del Istmo de Panamá, aliados tallanes que servían de guías, espías, intérpretes y sirvientes, diez o doce “perros de guerra”, mastines de gran tamaño, adiestrados para tatarcar rápidamente la garganta del enemigo y, en fin, unos sesenta valiosos caballos de batalla, acorazados y adiestrados para el combate.

No tenían intención de regresar. Sabían que el vencedor de la jornada sería el dueño del Perú y sus riquezas. Comprendían además que no había retirada posible: volver a la lejana base de San Miguel, donde habían desembarcado meses antes, atravesar las sierras verticales y el desierto insaciable con aquel enorme ejército a sus espaldas, era imposible. Mejor combatir mañana, vencer o morir. Algunos, admite el cronista, “se orinaban de miedo”.

Pero todos se dispusieron al combate y revisaron sus armas con el rigor propio del veterano que se dispone a encomendar su vida al buen filo de su espada. Después escucharon la Misa con fervor y se encomendaron a la protección de Santiago, Patrón de España, hombre de armas como ellos.

### **El requerimiento**

El diálogo entre Atahualpa y el dominico Fray Vicente de Valverde ha fascinado a historiadores, antropólogos y novelistas. Mitad inca y mitad español, Garcilaso dedica largas páginas a recons-



truir esa conversación, la más dramática en la historia de Sudamérica.

Atrapado en sus propias contradicciones, nos dice que el buen sacerdote quería explicar, que el buen Inca quería entender, que no pudieron comunicarse por las intrigas del intérprete Felipillo, un plebeyo que quería destruir el Imperio. Pero el propio Garcilaso reconoce que muchas de las palabras empleadas por Valverde no tenían traducción posible al quechua.

¿Fue Valverde un sombrío fanático que realmente se creyó enviado de Dios? ¿Se consideró agraviado por la profanación de su Libro Sagrado? ¿Fue el suyo, por el contrario, un gesto teatral destinado a enardecer a los cristianos?

### **Parece poco probable.**

Pizarro y sus hombres estaban ya suficientemente motivados para el combate por el oro que brillaba en los atuendos del Inca y su séquito. Valverde sabía muy bien que los indígenas no tenían la menor idea del cristianismo. Su actitud fue, pues, el cumplimiento de un formulismo administrativo, el Requerimiento.

Farragoso documento elaborado por teólogos y juristas, el Requerimiento era una formulación teórica destinada a justificar la conquista. El Requerimiento explicaba como por la autoridad del Papa y de la verdadera religión, el Inca debía someterse a Carlos V, Rey de Castilla y convertirse al cristianismo: *“de no ser así, yo os protesto haceros todo el daño que pudiere...”*.

Valverde le habló al Inca de un Dios crucificado pero vivo, dividido en tres personas; de un emperador que no era Hijo de Dios, de un Papa que sin ser Dios ni Rey daba órdenes en nombre del primero; le mandó cambiar su religión, en la que era a la vez Dios y Rey, para someterse a nuevas leyes que le mandaban derogar las propias.

### **El diálogo era imposible.**

Algunos cronistas dudan del episodio de los Evangelios arrojados al suelo, pero todos concuerdan en que, una vez cumplido el Re-

querimiento, Valverde dio la espalda al inca, corrió hasta donde estaban los españoles y los llamó al combate: *“Salid, que yo os absuelvo”*.

### **La matanza**

Pizarro y sus hombres corearon el viejo grito de guerra de Castilla: *“Santiago y cierra España”*. El Gobernador salió a la plaza entre el humo y el fragor de la pólvora, seguido por un grupo de combatientes a pie, y se dirigió resueltamente a las andas de Atahualpa.

Los españoles eran sin duda la mejor infantería de su tiempo; endurecidos por ocho siglos de lucha contra los moros eran austeros, valientes y tenaces. Habían aprendido a combatir a pie, sabían detener a la caballería con el arcabuz y la pica, formados en batallones cerrados que llamaban “tercios”. Con esa táctica, habían derrotado y hecho prisionero pocos años antes, en Pavía, al Rey de Francia.

Un español acorazado, protegido por un casco de acero y armado con una larga espada toledana de dos filos, era prácticamente invulnerable para los guerreros del Inca, apenas protegidos por corazas de cuero o algodón prensado y armados de cortas hachas de cobre, lanzas de madera y primitivas macanas.

Casi todo el combate se desarrolló alrededor de las andas imperiales, cuerpo a cuerpo; las numerosas tropas del Inca, empeñadas en rescatarlo, se obstaculizaban mutuamente en la plaza relativamente estrecha.

Los de a caballo actuaron en la periferia, rodeando el campo de batalla para impedir toda posibilidad de retirada y alanceando a los indios que querían acudir en socorro de su Señor. *“Muchos indios tenían ya cortadas las manos y con los hombros sostenían las andas, que no les aprovechó el esfuerzo, porque todos fueron muertos”*, cuenta el capitán Mena.

*“Se metían otros de refresco luego a sustentar las andas, y de esta manera estuvieron un gran rato, forcejeando y matando indios”* dice Pedro Pizarro, sobrino del Marques.

Su hermano Hernando, el verdadero jefe de la familia, rinde un involuntario homenaje al estoico heroísmo de los orejones en su famosa Carta a Los Oidores: *“los que traían las andas y los que venían alrededor de él, nunca lo desampararon, más bien todos murieron, hasta el último, al pie de su Señor”*.

Jerez, que fue secretario de Pizarro en la jornada de Cajamarca, explica que cuando la caballería regresó a la plaza, la sangre empapaba *“hasta los corvejones de los caballos”*.

Cuando terminó la matanza, Atahualpa era prisionero de Pizarro y los españoles se reunieron en la plaza para dar gracias a Dios por la victoria. Entonaron, según su ritual, el Te Deum Laudamus: *“Te alabamos, Señor...”*.

Esa misma noche, siguiendo una de las más viejas prácticas de la guerra, los vencedores tomaron posesión de las mujeres de los vencidos: las violaron en los edificios de piedra empapados de sangre y llenos de cadáveres. Cansados de matar, cumplieron su rito sexual no sólo en procura del placer físico sino como testimonio material de su increíble victoria.

Así nació la raza.

## **Desenlace**

Atahualpa vivió aún en Cajamarca casi un año, como prisionero de Pizarro. En ese lapso, aprendió algunos usos de los vencedores y en especial el ajedrez, gobernó un poco su Imperio, se dio tiempo para ordenar la muerte de su hermano Huáscar y negoció su rescate: un cuarto de oro y dos de plata.

Los codiciados metales llegaron en largas caravanas desde los más remotos confines del Imperio, sobre llamas de carga y más a menudo sobre las agotadas espaldas de los esclavos yana, servidores del Inca, ...miles de estatuas, de vasijas, de ollas que a me-

nudo los conquistadores rompían en pedazos para reducir el volumen y aumentar así el monto del rescate.

### **Después decidieron matarlo.**

Lo juzgaron por idólatra, por incestuoso, por asesino de su hermano Huáscar, por usurpador del Imperio, por oponerse a la legítima conquista del Perú, por no aceptar la autoridad del Rey Católico, por apropiarse del oro y de la plata del rescate. Lo mataron, en fin, porque necesitaban su muerte para poder repartirse el botín sin compartirlo con otros conquistadores que venían desde lejos, buscando también su parte en el masivo saqueo del Imperio.

El oro y la plata del rescate incentivaron el proceso de acumulación de capital en Europa. Con ingenuo orgullo, Garcilaso cuenta que después de la conquista el precio de los bienes de consumo se multiplicó veinte o treinta veces en Castilla. Aquella fue la gran inflación europea, primera etapa de la Revolución Industrial y el sistema capitalista.

Así empezó la historia.

## **El asesinato de Pizarro.**

Armado de una larga espada, con los pies empapados en la sangre de sus servidores victimados, solo frente a doce enemigos, el anciano se defendía con el valor de su mocedad. Los asaltantes ya habían dado muerte a su hermano materno Martín de Alcántara, a su oficial de órdenes Francisco de Chávez y a dos pajes, pero el viejo peleaba animosamente.

Para darse ánimo, injurió a sus enemigos: *“¡Qué vergüenza! ¡Traidores!, ¡Venir a asaltar como ladrones mi casa!”*.

Deseaba ganar tiempo; sabía que sus partidarios, los hombres ricos y poderosos de la ciudad, no tardarían en enviarle refuerzos de gente armada; se prometió a sí mismo que antes de mediodía los almagristas que asaltaban su palacio estarían colgados de la horca.

Garcilaso explica que *“temiendo que si duraba mucho la pelea vendría el socorro y los matarían a todos, empujaron a uno de ellos contra el marqués, que lo mató de una estocada”*.

Mientras el viejo trataba de retirar la espada para ponerse de nuevo en guardia, uno de los asaltantes alcanzó a herirlo en la garganta. Adivinó su muerte inevitable, trazó con su propia sangre una Cruz en el suelo y la besó un minuto antes de que once puñaladas pusieran fin a su vida.

Esa noche, mientras los almagristas tomaban posesión de todos los cargos públicos de la ciudad, un mayordomo y dos esclavos sepultaron en secreto el cadáver del Marqués Francisco Pizarro, Adelantado, Capitán General y Gobernador del Perú.

## Un Hidalgo.

El hombre de hoy no puede comprender a Pizarro sin interpretar su tiempo, su tierra y su cultura.

Nació en Trujillo, vieja ciudad de Extremadura, hijo natural del prestigioso capitán de guardias reales don Gonzalo Pizarro y la plebeya Francisca Morales. Cuando la madre contrajo matrimonio con un plebeyo, don Gonzalo reclamó a su hijo para criarlo en el solar paterno y darle la educación propia de un hidalgo.

Los hidalgos españoles del siglo XVI eran la columna vertebral de una sociedad belicista. Hombres de armas antes que todo, católicos devotos hasta el fanatismo, esclavos de la palabra empeñada, impedidos por tradición y casta de ejercer labores productivas o comerciales, los hidalgos se preparaban desde niños para la guerra, única profesión compatible con su condición de nobles.

Su modelo era aquel Maestre de Santiago, don Rodrigo, cuya vida describió Jorge Manrique: *“no dejó grandes tesoros/ no tuvo muchas riquezas/ ni vajillas/ pero hizo guerra a los moros/ ganando sus fortalezas/ y sus villas”*. Para ellos, la única riqueza legítima era la que se arrebata al infiel por medio de las armas; pensaban que Dios les había ordenado librar a la católica España de sus enemigos, los invasores musulmanes. El premio era la riqueza, que solo podía ganarse con la punta de la espada.

Cruelles y arrogantes, valientes y despiadados, los hidalgos expulsaron de España a los moros en 1492, después de una guerra de siete siglos. Después -como una manada de lobos-, se precipitaron sobre la América recién descubierta, en busca de nuevas tierras y riquezas que ganar, de nuevos infieles a quienes cristianizar y esclavizar.

Francisco Pizarro fue uno de ellos: se vino a Tierra Firme, descubrió el Pacífico con la hueste de Balboa y se hizo rico a sangre y fuego. Era -dice un cronista - *“alto de cuerpo y blanco de rostro, habituado a las fatigas, gastador y pródigo de sus riquezas, amigo de tener mujeres y mancebas, hábil en el uso de las armas y en conducir sus caballos, que los tuvo excelentes”*.

## **Conquista y Discordia.**

Vivía en Panamá, donde poseía una casa y varias haciendas.

Cuando se enteró de la existencia de un gran reino situado muy al Sur, en las aguas del otro océano, se asoció con el capitán Diego de Almagro y -en menor medida- con el clérigo Hernando de Luque para conquistar ese territorio ignorado, que no tenía entonces el nombre de Perú.

Pizarro viajó a España y regresó con una autorización del Rey para reclutar una pequeña fuerza y conquistar el territorio descubierto. El núcleo de la expedición eran los parientes, amigos y vasallos reclutados en Extremadura, que reconocían como jefe al mayorazgo de la familia, el ambicioso Hernando Pizarro.

La Conquista no fue fácil ni rápida. Después de la sorpresa de Cajamarca, Pizarro y sus hombres necesitaron varios años para adueñarse del Perú. Los socios habían acordado compartir el botín a partes iguales, pero después de la Conquista estalló la discordia.

Pizarro monopolizó para sí mismo y sus allegados los mejores cargos de gobierno y las mayores riquezas. Su hermano mayor Hernando alentaba las ambiciones del conquistador. Hombre culto, dotado de vasta experiencia militar y con amplias relaciones en la Península, Hernando Pizarro no vio en Almagro más que un plebeyo advenedizo, un aventurero a quien -dijo- *“era necesario tratar con la punta de la bota, o con el filo de la daga”*.

Después de algunas reclamaciones, Almagro reclutó una hueste de soldados pobres y descontentos, emprendió por cuenta propia la conquista de Chile y no tardó en regresar derrotado.

Como copartícipe de la conquista, Almagro reclamó el derecho de gobernar en el Cuzco y entonces estalló la primera guerra civil entre los conquistadores: al final, Hernando Pizarro capturó al socio de su hermano y lo mandó decapitar en la ciudad imperial. Los pizarristas, patrocinados por Hernando, se apoderaron de

los cargos públicos y las mejores encomiendas en el recién conquistado Perú.

### **Los de Chile.**

En junio de 1541, trece partidarios de Almagro vivían en un humilde solar vecino a la plaza mayor de Lima. Eran conocidos como *“los de Chile”* porque habían luchado con Almagro en ese país. Su pobreza era tan grande que *“no tenían más que una capa para vestirla todos, y así, cuando uno salía a la calle, los demás quedaban en la casa, esperando turno”*.

Los pizarristas, sus enemigos, eran dueños de grandes riquezas y ejercían todos los cargos públicos. Convencidos que de sólo podían salir de su aflictiva situación mediante un cambio de gobierno, los almagristas decidieron sublevarse: no tenían ya nada que perder.

Los conspiradores decidieron designar Gobernador del Perú al joven Diego de Almagro, hijo del conquistador decapitado. Pero su verdadero jefe era Juan de Rada, ambicioso y enérgico militar que planificó un audaz golpe de mano: atacarían a Pizarro en la catedral, durante la misa del día de San Juan, 24 de junio.

Pero antes de matar o morir, un almagrista decidió confesarse y la conspiración fue delatada.

El viernes 20, Pizarro mandó llamar a Rada: *“¿Qué pasa, Juan de Rada, que me dicen que andáis comprando armas para matarme?”*. El conspirador respondió fríamente: *“Lo cierto es, señor, que he comprado una coraza para defenderme, pues me dicen que Vuestra Merced anda comprando lanzas para matarnos a todos”*.

Pizarro negó la acusación: había mandado comprar un par de lanzas que necesitaba para completar el arsenal particular de su casa, dijo. Rada propuso una solución negociada: viajaría a España con el joven Almagro *“para que vuestra merced y sus amigos puedan disfrutar mejor de esta tierra donde vivimos despojados”*.

El conquistador prometió mejorar la situación de los almagristas y los dos hombres se despidieron llenos de dudas.



El 24, Pizarro no asistió a la misa de San Juan. La conspiración era ya un secreto a voces en la pequeña ciudad de tres mil habitantes. Esa noche, Pizarro citó a sus amigos para reunirse en Lima el 12 de julio. Debían venir armados, para terminar de una vez por todas con la facción almagrista.

Entonces los asesinos comprendieron que la conspiración había sido delatada y decidieron atacar al marqués en su propio palacio.

El domingo 29 de junio, trece asesinos armados atravesaron la Plaza de Armas y se dirigieron a la casa del marqués, profiriendo gritos de guerra. Desde el balcón, un paje los vio venir y dio la alarma a grandes voces: *“los de Chile vienen a matar al marqués, mi señor”*.

El primer golpe de Estado en la historia del Perú había empezado.

## **El primer peruano.**

**(Córdoba, 1610)**

El anciano -delgado y todavía ágil- tenía ojos pequeños y vivaces, tez morena, aspecto altivo y reservado; vestía una sotana negra, llevaba espada al cinto y en el cuello una gola de acero. Su aspecto era el propio de un viejo militar que pasaba sus últimos años dedicado a piadosos ejercicios.

Sentado ante una mesa de roble, recorrió ávidamente las primeras pruebas de imprenta del libro que había escrito *"acerca de mi Patria, gente y costumbres"*.

Faltaba una dedicatoria. *Meditó y después escribió: "A mis hermanos los indios, mestizos y criollos del grande y riquísimo Imperio del Perú, Salud y Felicidad"*. Y firmó con mano segura: *"El Inca Garcilaso de la Vega."*

### **Juventud en el Cuzco.**

Fueron necesarios muchos años y decepciones para que el joven Gómez Suárez de Figueroa se convirtiera en el Inca Garcilaso de la Vega.

El suyo fue un nacimiento emblemático: su madre, la *"ñusta"* Isabel Chimpu-Ocillo, pertenecía a la panaca imperial de Túpac Yupanqui; su padre era el turbulento *"wiracocha"* Garcilaso, ambicioso, tenaz y autoritario conquistador que se apropió de las tierras de los Túpac Yupanqui y las transformó en ricas encomiendas.

Su infancia transcurrió en el palacio donde su padre -admirado y temido- cobraba el tributo de sus vasallos, discutía privilegios y

precedencias, meditaba conspiraciones y actos de justicia, a veces traidor al Rey, a veces implacable represor de otros rebeldes.

El niño recibió la educación propia de un hidalgo destinado a heredar los bienes y eternizar el orgulloso linaje de los García Lasso de la Vega. El capellán de la familia fue su maestro de gramática, latín y aritmética. Un viejo soldado de su padre le enseñó a montar a caballo y a manejar la lanza, la espada y el arcabuz, armas de sus antepasados españoles.

Pero sus verdaderos maestros fueron sus tíos de linaje imperial y los amautas de la panaca Túpac Yupanqui, de quienes escuchó los mitos y la historia de sus ilustres antepasados, los Incas.

Una tarde que nunca olvidaría, el niño Gómez Suárez de Figueroa vio regresar al Cuzco a su tío abuelo Sayri Túpac y escuchó, conmovido, el saludo de su madre "*ñusta*" al Inca derrocado: "*trocósenos el reinar en vasallaje*".

Así, vio empezar la historia del que todavía no era Perú. Contempló la imponente cabalgata de Gonzalo Pizarro y sus encomendados rebeldes, empeñados en hacerse dueños del país; después vio morir a Gonzalo y quedó impresionado por la cristiana dignidad que mostró ante el verdugo el último conquistador; asistió a banquetes y ceremonias, ocupando siempre los lugares reservados a su noble familia; peleó como varón en alguna guerra civil, protagonizó temerarias fugas por tejados y escaleras para salvar la vida.

Pero su destino no estaba escrito.

### **El Destierro.**

Por orden del Rey, el viejo Garcilaso tuvo que casarse con una dama española; su madre, la "*ñusta*" Chimpu-Ocillo fue relegada a simple concubina y Gómez Suárez de Figueroa se convirtió en bastardo.

El Virrey, el temido "*Matador de Reyes*" Francisco de Toledo deportó a España a todos los hijos de conquistadores y entre ellos a Gómez Suárez: no quería en el Perú mestizos ricos, vinculados a

la raza imperial, potenciales organizadores de una nueva rebelión. En Castilla le esperaban nuevas decepciones. El tormentoso pasado de su padre le cerraba toda posibilidad de progreso: el Rey Felipe II nunca olvidaba a los rebeldes. Entonces Gómez Suárez de Figueroa debió desempeñar el papel de pariente pobre, segundón acogido a la protección de sus poderosos deudos, los García - Lasso de la Vega.

Una modesta pensión que llegaba del Cuzco mal y tarde, un hogar en Montilla -feudo familiar de los Garcilaso-, la misa dominical, una participación decorosa en la vida social de la provincia, resumen los siguientes cuarenta años de su vida.

Nunca se casó; tal vez no quiso implantar en España una nueva rama de la raza imperial destituida. Luchó contra los moros -vieja tradición de su familia- con valor pero sin fortuna. No pudo labrarse una carrera militar porque los generales de Felipe II desconfiaron siempre de aquel extraño oficial, descendiente de un traidor y de muchos Reyes.

### **Los “Comentarios”.**

Otra tradición de los suyos era la literatura: como su lejano bisabuelo, el primer Garcilaso, los hidalgos españoles del Renacimiento no la desdeñaban.

Inteligente, ávido de aprender, deseoso de brillar, Gómez Suárez emprendió la difícil hazaña de escribir en esa musical lengua castellana, que no era la materna. Tradujo del italiano los *“Diálogos de Amor”* de León el Hebreo y escribió *“La Florida del Inca”*, sobre la base de los relatos de su ayo Gonzalo Silvestre.

Pero su obra cumbre son los *“Comentarios Reales”*, la historia del Imperio conforme la habían narrado sus tíos los Incas y sus maestros los amautas.

En los *“Comentarios”*, el viejo deportado contempla su tierra con los ojos de la infancia. Desde la cálida Córdoba, vuelve a las nieves eternas y a las frías jalcas del Cuzco donde sus antepasados, Hijos del Sol, habían dominado muchas tribus salvajes para crear

una gran civilización. La suya es la versión de los Túpac Yupanqui, empapada por el rencor dinástico de la guerra civil.

En la segunda parte, -publicada en Córdoba como "*Historia General del Perú*"- es el hijo del conquistador quien escribe. Pretende, obviamente, desmentir las traiciones que se atribuyen a su padre. Pero va más allá y -cautelosamente- pone en tela de juicio la legitimidad del poder real. En el fondo, sigue pensando que la rebelión de Gonzalo Pizarro era justa; considera que el Perú debió ser un gran Estado ligado a los Reyes de Castilla pero regido por los descendientes de Incas y conquistadores. Exhorta a sus compatriotas a ejercitarse en las armas y las letras, a fin de que la vieja Europa conozca que el nuevo mundo es tan rico en luces intelectuales como en oro y esmeraldas.

Ya no era el niño Gómez Suárez ni el hidalgo pobre ansioso de integrarse a la nobleza española. Era un hombre maduro, que asumiendo su condición de mestizo y de peruano, firmaba orgullosamente como el Inca Garcilaso de la Vega.

Ciento setenta años más tarde, el Visitador Areche mandó descuartizar en el Cuzco a Túpac Amaru. Y para conjurar nuevas rebeliones, ordenó quemar todos los libros de Garcilaso de la Vega, el deportado de Córdoba que tuvo la audacia de imaginar al Perú como una Nación independiente, justa, dueña de su destino y gobernada por sus propios hijos.

Muchos historiadores contemporáneos consideran que "*Los Comentarios*" carecen de rigor científico, pero no pueden desconocer su valor testimonial. Garcilaso creía en lo que escribió: era su verdad. "*Los Comentarios*" son la primera obra literaria en que se deja de considerar al Perú como territorio salvaje o colectividad destinada a la servidumbre. Para Garcilaso, el Perú es "*mi Patria, el noble y riquísimo Imperio del Perú*". Raúl Porras Barrenechea señala que, por eso, Garcilaso fue el primer peruano.

## **El Señor de los Milagros.**

**(Lima, siglo XVIII)**

El “*bastonero*” encabeza la cuadrilla: moreno, alto, robusto, viste de morado y camina con solemnidad. Cada diez pasos, golpea el suelo con su bastón de madera forrado en plata y grita: “*Paso a nuestro Amo y Señor*”.

Detrás, los cordeleros: también vestidos de morado, forman una cadena humana alrededor de las andas conducidas por los cargadores, que aplastados bajo el peso de casi cinco toneladas de plata, madera y lienzo, caminan lentamente al compás imperioso que marcan los mayores.

La cuadrilla - inmensa cuña de color morado- abre una brecha en el mar humano, morado también, que acompaña la procesión.

En la periferia, los fieles:

Medio millón de personas orantes, afligidas, consoladas, sudorosas y agotadas, piden un milagro, el perdón de algún pecado, la curación de alguna enfermedad, o el eterno descanso para un difunto querido; cumplen una tradición entrañable heredada de los abuelos y que se transmitirá a los nietos; muchos caminan de espaldas para no perder de vista la imagen.

Cada año es más difícil distinguir en el lienzo -rodeado de exvotos y ofrendas, cubierto de flores- la figura sombría del Dios moreno bañado en sangre, clavado en una cruz, atrocemente martirizado, trazada por un pintor anónimo hace más de trescientos años.

Envuelto en nubes de humo, acompañado por la música marcial y fúnebre de una banda militar, precedido por sacerdotes que entonan cánticos gregorianos, el Señor de Los Milagros recorre las calles de Lima, celosamente custodiado por la Hermandad de Cargadores, virtual aristocracia religiosa que, desde hace tres siglos, mantiene intacto el centenario ritual de la procesión: *“Paso a nuestro Amo y Señor”*.

Las sahumadoras agitan incensarios; los penitentes se desplazan de rodillas; las mujeres llevan mantillas sevillanas; los hombres, grandes cirios de cera morada; desde balcones primorosamente decorados, los guitarristas entonan canciones criollas en homenaje al Señor; una lluvia de flores y papel picado cae del cielo de Lima, ceniciento en octubre, mes morado.

### **Pachacámac.**

Pachacámac, *“aquel que mueve al mundo”* era la más importante divinidad de la cultura yunga. Su santuario o huaca se hallaba unos veinticuatro kilómetros al sur de Lima.

La historiadora María Rotworowski de Diez Canseco, en su minucioso estudio sobre el tema, explica que Pachacámac tenía entre sus atributos el de ser Señor de los Temblores, poderoso domador de las terribles sacudidas sísmicas que asolan periódicamente la costa peruana.

Se creía que el menor movimiento de su cabeza podía desatar un temblor. Un temible prestigio rodeaba la huaca, cuyos sacerdotes profetizaban en nombre de la divinidad. El culto a Pachacámac adquirió una amplia difusión en todo el territorio. Dominada la costa por los Incas, Pachacámac mantuvo su condición de centro religioso y oracular.

En 1534 la huaca de Pachacámac fue destruida por los españoles. Enérgico y poderoso señor, hermano del conquistador y mayorazgo de la familia, Hernando Pizarro, como lo relata en su Carta a los Oidores de la Audiencia de Panamá, no temió: *“enfrentarme, como español, al mismo Diablo y así, entré sólo en su Mezquita y mandéla destruir”*.

El señorío de Pachacámac fue desarticulado después de la conquista y transformado en Encomienda..

### **Sincretismo.**

El sincretismo -conciliación de sistemas diferentes- es una concepción filosófica. El llamado sincretismo religioso está considerado por los antropólogos como *“fenómeno universal necesario para el establecimiento de nuevos cultos”*. Mediante el sincretismo, una nueva divinidad asume los atributos de su antecesor, al que reemplaza y con el cual en cierta manera se identifica. La implantación del cristianismo en la ciudad de Roma -cuando los templos de los dioses paganos fueron dedicados a los santos y mártires de la nueva religión- fue un caso típico de sincretismo.

Hernán González, encomendero de Pachacámac, destinó para el servicio de su casa en Lima a 24 indios de su encomienda. Para vivir, les asignó un viejo galpón ubicado en una de sus huertas y el lugar recibió el nombre de Pachacamilla, diminutivo castellano que significa pequeño Pachacámac.

Como todo español pudiente, González poseía esclavos negros. Se generó, de ese modo entre los indios de Pachacamilla, -superficialmente cristianizados- y los negros animistas del encomendero, una vinculación, una suerte de alianza: los esclavos, ante los movimientos telúricos tan frecuentes en Lima, unieron sus plegarias a las de los mitayos.

### **El Cristo Morado.**

Fueron negros, habitantes de Pachacamilla, quienes fundaron una cofradía en el lugar. Uno de ellos pintó la imagen de Cristo en una pared de la ermita donde se reunían los cofrades. Era un Cristo de piel oscura, martirizado y sufriente.

El primer milagro se produjo en 1665. El terremoto de ese año destruyó la ermita, pero la pared con el Cristo moreno quedó intacta.



El milenario culto al Señor de los Temblores se extendió así a todos los africanos de Lima y muy pronto a los mestizos y blancos pobres, habitantes del antiguo barrio del Cercado.

Según el sacerdote e historiador jesuita Rubén Vargas Ugarte, ese nuevo movimiento religioso no estaba dirigido por un sacerdote. Tal devoción clandestina suscitó pronto las suspicacias del Arzobispado de Lima, que en 1671 ordenó la destrucción de la imagen.

El segundo milagro se produjo cuando los albañiles contratados por el Arzobispo no pudieron echar abajo la vieja pared. Entonces las autoridades religiosas cambiaron de actitud: en 1681, una Real Cédula autorizó la construcción de una capilla *“destinada al culto del Cristo de los Milagros”*, en el solar de Pachacamilla.

Después del terremoto del 20 de octubre de 1687, el Arzobispo de Lima autorizó la primera procesión del Señor de los Milagros; con ese objeto se mandó confeccionar una copia en lienzo del Cristo pintado en la pared.

En 1753 se imprimió en Lima una relación de los milagros atribuidos al Cristo de Pachacamilla y el Papa Benedicto XIV autorizó que la imagen saliera en procesión cinco días al año, para pedir al Señor que librase a la ciudad de los temblores. El terremoto del 28 de octubre de 1746 -relata Vargas Ugarte- incrementó la fe en el Cristo de los Milagros, considerado como “especial abogado contra los temblores”. Se fijó entonces como fecha principal del culto los días 28 de octubre de cada año.

El 28 de octubre de 1771 todas las corporaciones de la ciudad, reunidas en la plaza mayor proclamaron al Cristo de los Milagros como *“Patrón Jurado de esta ciudad contra los temblores de que es amenazada”*.

### **El Mes Morado.**

En Lima -y en casi todo el Perú-, octubre es el Mes Morado.

El criollismo, entendido como una manifestación cultural antes que geográfica del nacionalismo peruano, cobra particular inten-

sidad en octubre, tiempo de comer anticuchos y turrone, de cantar vals, de practicar la bohemia, de ir a las corridas de toros, de tomar "pisco sour". No por casualidad, en octubre se celebra el "*Día de la Música Criolla*". En octubre murió Lucha Reyes, acaso la más popular intérprete de música peruana: la enterraron con hábito morado y al compás de las guitarras.

Pero octubre es, antes que todo, tiempo de venerar al Señor de los Milagros. Se le llama también Cristo Morado, Cristo Moreno, Señor de las Maravillas, Cristo de Pachacamilla.

La intensa y mayoritaria devoción popular se ha extendido a todos los sectores de la sociedad y ha trascendido las fronteras en brazos de la emigración, sin perder su carácter nacional. En Miami, en Buenos Aires, en Toronto, en Ciudad de México, dondequiera que se reúne un grupo de peruanos, se forma una Hermandad del Señor de los Milagros y se celebra, en octubre, una procesión morada.

La devoción al Señor de los Milagros representa, así, la unidad y la síntesis de los diferentes componentes étnicos y culturales que integran la nacionalidad peruana. Su origen se halla en la herencia indígena fecundada por un pasado milenario, que floreció en el Perú bajo el influjo una Fe nacida en Palestina.

## **La Toma de la Bastilla.**

**(Paris, 1789)**

Con una antorcha en las manos, el Marqués de Launay, gobernador de la Bastilla se precipitó en el polvorín en cuanto vio que los primeros insurrectos ingresaban en la fortaleza; quería hacer explotar sesenta quintales de pólvora, volar juntos a asaltantes y defensores antes de entregar el bastión cuya defensa le había encomendado el Rey.

Pero dos de sus propios guardias suizos le pusieron las bayonetas al pecho y entonces una bandera blanca se levantó en las almenadas torres de la Bastilla. El insurrecto Hulin consultó su reloj: eran las 3 y 30 de la tarde del 14 de julio de 1789.

### **La Bastilla del Rey.**

Vieja fortaleza edificada en el siglo XII, la Bastilla reforzaba las murallas de París junto a la Puerta de San Antonio, frente a la ruta del Sur. Tras varios siglos de expansión urbana la Bastilla estaba muy al interior del nuevo perímetro parisiense, junto al arrabal de San Antonio, habitado por obreros de manufacturas textiles, fábricas de loza, papelerías, imprentas y mercerías.

La Bastilla era “del Rey”, no de la Ciudad.

En el atestado París del siglo XVIII, bajo el gobierno absoluto de la Casa de Borbón, supervivía un relativo poder municipal, rezaño de la vieja estructura feudal.

El Ayuntamiento, elegido por los gremios burgueses, administraba la ciudad, cuidaba de la policía, la limpieza urbana y las pri-

siones. Algunos centenares de guardias municipales garantizaban el orden urbano y desempeñaban tareas de policía menor.

El Rey y la Corte vivían en Versalles, no en París. Así, el gobierno de la ciudad se desarrollaba un poco al margen de la realeza. También en la ciudad se acuartelaban unos mil guardias franceses, selecto cuerpo militar conocido por su adhesión tradicional a la monarquía.

Pero la Bastilla era del Rey. Viejas paredes de piedra de 15 metros de altura, nueve torres almenadas con sesenta piezas de artillería, una corta guarnición de mercenarios suizos y un gobernador nombrado por el Rey, convertían a la Bastilla en epicentro y símbolo del poder absoluto en una ciudad donde empezaba a reinar el descontento.

No era sólo una fortaleza, era además una prisión de Estado. Una simple orden del Rey, una *"leerte de cachet"* (carta sellada) podía disponer, -sin proceso ni sentencia-, el encarcelamiento de cualquier persona por tiempo indeterminado. El gobernador de la Bastilla sólo estaba sujeto a la autoridad del Rey. Ningún Tribunal podía averiguar siquiera el nombre de los encarcelados en esa enorme tumba de piedra.

El *"Hombre de la máscara de hierro"*, supuesto hermano gemelo de Luis XIV, había languidecido en sus calabozos, treinta años sin ver el sol. Filósofos y enciclopedistas, herejes, disidentes, periodistas y conspiradores conocían el temible espesor de las murallas de la Bastilla, donde no mandaban los Tribunales. Más que enclave militar, la Bastilla era, en el París del siglo XVIII, materialización de la monarquía absoluta. Sus murallas sordas e impenetrables inspiraban un miedo que se juzgaba necesario para asegurar el saludable respeto a la autoridad real.

### **Las Jornadas.**

Tres años de malas cosechas, dos bancarrotas del Estado y una estampida de accionistas en la Bolsa fueron los antecedentes inmediatos de ese julio de 1789 que cambió para siempre la historia de la Humanidad.

El pan, componente indispensable de la dieta popular francesa, había subido en un veinte por ciento. El trabajo escaseaba. En julio se pagaba la *"therme"*, la temida renta semestral de alquileres y préstamos. El dinero faltaba en bolsillos y mostradores. Los obreros y artesanos descontentos murmuraban en las atestadas tabernas del Barrio San Antonio. Los estudiantes disputaban en los cafés del Palais Royal. El Rey había cerrado los Tribunales, abogados y escribanos se sumaban al descontento. Circulaban periódicos que criticaban la autoridad real.

Agobiado por la crisis económica, el Rey convocó a una Asamblea de Notables y les pidió solucionar los problemas de Francia. Los Notables, a su vez, recomendaron convocar a los Estados Generales, una Asamblea de los tres estamentos feudales, nobleza, clero y estado llano.

Los Estados Generales se reunieron en Versalles y el conflicto entró en su etapa terminal cuando los delegados burgueses anunciaron que no pagarían impuestos hasta que el absolutismo real fuera reemplazado por una Constitución basada en la separación de poderes que había planteado Montesquieu.

El despechado monarca ordenó disolver la Asamblea, pero el diputado Mirabeau se negó a obedecer y se enfrentó a la guardia real: *"Decid a vuestro señor que estamos aquí por la voluntad del pueblo y sólo saldremos de este lugar con las bayonetas en el vientre"*.

Convocados por Mirabeau, los diputados se reunieron en una cancha donde se jugaba a la pelota y juraron permanecer en sesión hasta dictar una Constitución para Francia. Se constituyeron, con ese objeto, en Asamblea Nacional: ellos, y no el Rey, representaban a Francia.

### **La insurrección.**

La lucha abierta empezó en la tarde del doce de julio, cuando se supo en París que el Rey había destituido en Versalles al Ministro Necker, partidario de reducir los impuestos y gastos del Estado.

La ciudad se alzó en armas.

Los teatros cancelaron sus funciones y grupos de manifestantes empezaron a recorrer la ciudad, transportando bustos del Ministro destituido. Un joven de 22 años, Camilo Desmoulins, llamó a la revuelta a los estudiantes de la Sorbona. En el Palacio de Justicia, Dantón, un abogado sin empleo, encabezó la movilización de la "*Basoche*", temible fraternidad integrada por los abogados y escribientes de los Tribunales, que acudieron a la manifestación provistos ya de algunas armas de fuego.

Cuando la multitud llegó a la plaza Luis XV -hoy Plaza de la Concordia- fue atacada a sablazos por un cuerpo de mercenarios húngaros encabezados por el favorito de la Reina, Príncipe de Lambesc; pero los estudiantes y los escribientes armados de la "*Basoche*" rechazaron a la caballería, saquearon las armerías y cerraron con barricadas las calles de la ciudad.

A medianoche, el Ayuntamiento ordenó a la policía ponerse a órdenes de Dantón, considerado el jefe inicial de la revuelta. Los temidos guardias franceses anunciaron que no dispararían contra los ciudadanos armados.

En la mañana del trece, el Rey envió contra la ciudad dos regimientos de mercenarios suizos y alemanes, provistos de artillería. El combate fue duro, pero a mediodía los guardias franceses se plegaron a la sublevación y atacaron a los mercenarios suizos.

En la noche del trece, todo París estaba ya en armas contra el Rey. Sólo quedaba la Bastilla, imponente y solitario símbolo de la autoridad real.

### **La Toma de la Bastilla.**

Aquel 14 de julio de 1789, los primeros revolucionarios franceses sabían ya que la toma de la Bastilla era, antes que una acción militar, una indispensable decisión política.

El ataque empezó a mediodía. Sólo los guardias franceses disponían de alguna artillería para contestar el fuego la fortaleza. Los estudiantes de la Sorbona, los abogados y escribientes de la "*Ba-*

*soche*", los escasos soldados de la milicia burguesa, disponían apenas de su entusiasmo y de algunos fusiles.

Después de tres horas de fuego, se hizo evidente que la muralla era invulnerable. Entonces Hulin, oficial de la guardia francesa, mandó acumular contra las puertas de madera varias carretas de paja encendida: el fuego abrió una brecha y los insurrectos, perdiendo siete hombres de cada diez, atravesaron el rastrillo y se precipitaron, ebrios de sangre, en el interior de la fortaleza que había simbolizado el poder real.

En los calabozos de la Bastilla sólo se encontraron catorce prisioneros. El gobernador y sus oficiales fueron ejecutados, sin formación de proceso, por la multitud enfurecida que incendió los archivos y se apoderó de las armas.

### **El final del Antiguo Régimen.**

Por la noche, Dantón tomó el control del Ayuntamiento, mandó elegir un nuevo Consejo Municipal, integrado por insurrectos y decretó la organización de una nueva fuerza armada, la Guardia Nacional.

En la mañana del 15, el Rey Luis XVI despertaba, rodeado de cortesanos, en su palacio de Versalles. Conforme al ceremonial, correspondía al Gran Chambelán, Duque de Liancourt, informar al Rey sobre las novedades de la víspera. Cuando el Duque le dijo que los insurrectos habían tomado la Bastilla, el Rey no ocultó su sorpresa: *"pero, Liancourt, esto es un motín"*. Cortés y reflexivo, Liancourt dio a su Rey una respuesta que la Historia ha registrado para siempre. *"No, Sire -dijo-, es una Revolución"*

## **La muerte de un Rey.**

**(Paris, 1793)**

Luis XVI, Rey de Francia, se mostró valeroso por primera vez la mañana de su ejecución. El invierno había cubierto de nieve la ciudad y el condenado llevaba un grueso gabán: *"puedo temblar de frío y esta gente creerá que he tenido miedo"* dijo.

Aquel hombre tímido y obeso que detestaba la violencia, subió con serenidad la escala del patíbulo y se dirigió con paso firme al cadalso. El verdugo Sansón mostró a la muchedumbre la cabeza del condenado. Mientras la sangre real se escurría lentamente sobre el patíbulo, en la plaza se levantó un grito ensordecedor: *"Viva la República"*.

**"Ese pobre tirano".**

La Revolución Francesa fue inicialmente pacífica. Su meta era establecer una monarquía constitucional, basada en un conjunto de Derechos del Hombre elaborados sobre la base de las propuestas de filósofos como Montesquieu, Voltaire y Rousseau.

Casi mil años de monarquía habían establecido un lazo aparentemente indisoluble entre Francia y la familia real, la Casa de Borbón. La población confiaba en el Rey Luis XVI, pero éste carecía de las cualidades necesarias para gobernar un país en crisis. Dantón, enemigo del Rey pero hombre de corazón generoso, llamaba a Luis XVI *"ese pobre tirano"*.

Una educación muy limitada, un matrimonio desdichado, una esposa dominante, una juventud ajena a los asuntos del Estado, habían hecho de Luis XVI un hombre desconfiado, indeciso y



abúlico, que prefería los consejos de su confesor a los de sus ministros y se refugiaba en sus bosques de caza y su taller de herrería para escapar de las tareas propias del gobierno.

El Rey nunca aceptó sinceramente la Revolución ni se decidió a asumir los medios necesarios para derrotarla.

Así, intentó primero una fuga infructuosa y cuando fue capturado juró de mala gana una Constitución que confiaba el gobierno a ministros sujetos a una Asamblea Legislativa.

Los consejeros del Rey propusieron declarar la guerra a los gobiernos de Austria y Prusia. *“Si Vuestra Majestad vence, usaremos el ejército para ahorcar a los rebeldes, -aconsejó el ministro Breteuil- si el ejército es vencido, entonces serán los monarcas aliados quienes se encarguen de colgarlos”*. La victoria o la derrota conducirían por igual a una restauración de la monarquía absoluta.

### **La contrarrevolución**

La guerra empezó mal: austriacos y prusianos invadieron el país. Proveedores corruptos vendían al Ejército zapatos de cartón y fusiles oxidados. Los generales de la nobleza se dejaban derrotar alegremente. Los hermanos del Rey emigraron junto a numerosos nobles que ingresaron como oficiales y guías en los ejércitos invasores. Cuando el Ministro de Guerra, Servan, propuso movilizar veinte mil voluntarios para marchar contra el enemigo, el Rey vetó el proyecto y destituyó a Servan.

El juego estaba claro: siguiendo el funesto consejo de Breteuil, el Rey prefería confiar a sus parientes, los Reyes, la agradable tarea de ahorcar a los partidarios de la Constitución.

El 8 de agosto, los prusianos estaban a diez jornadas de París, la Asamblea Legislativa iba a culminar su mandato y en el palacio real se distribuían invitaciones para un gran baile en honor al Rey de Prusia.

De ese modo el sector republicano, hasta entonces reducido, se volvió mayoritario. A mediodía del 10 de agosto, la milicia burguesa atacó el Palacio Real, obedeciendo órdenes del Municipio

de París. El Palacio estaba defendido por mercenarios suizos que dieron muerte a casi dos mil insurrectos. Pero, al empezar el combate, el tímido Rey escapó de nuevo y se puso a disposición de la Asamblea Legislativa. Dantón, Ministro de Justicia, asumió todos los poderes, disolvió la Asamblea, convocó a elecciones para designar una Convención Nacional y decretó la movilización militar de todo el país.

Fue un decreto verdaderamente espartano: *“desde hoy y hasta que el esfuerzo francés haya expulsado a los invasores del territorio de la Patria, todos los hombres y recursos se dedicarán a ganar la guerra”*.

El 20 de septiembre, un reconstituido ejército francés rechazó a los prusianos en Valmy y el mismo día la Convención abolió la monarquía y proclamó la República.

### **El Juicio.**

Un Rey sometido a juicio era espectáculo insólito en la sociedad pre-revolucionaria. Un Rey podía ser destronado, encarcelado o asesinado, pero sus súbditos no podían juzgarlo. La sociedad feudal consideraba que el poder de los Reyes procedía directamente de Dios. La *“sangre real”* no podía correr en los patíbulos. Los republicanos de 1793 decidieron enjuiciar al Rey, poniendo en práctica el concepto sustancial de su doctrina: todos los hombres son iguales.

Los nuevos gobernantes no eran, contra lo que se cree comúnmente empobrecidos proletarios en busca de justicia social..

La Convención –el nuevo gobierno de Francia- estaba integrada por ricos industriales ansiosos de pagar menos impuestos, prósperos comerciantes partidarios de eliminar las trabas que el régimen feudal imponía al comercio, brillantes abogados deseosos de aplicar las tesis de los filósofos, prósperos arrendatarios que querían comprar –al contado- las tierras improductivas de la nobleza.

En un armario secreto del Palacio Real se hallaron las pruebas para procesar al Rey: su correspondencia con los invasores, las sumas de dinero pagadas a políticos corruptos, las instrucciones secretas para dispersar ejércitos y exportar capitales. Luis XVI había conspirado contra la Constitución y la soberanía de Francia.

La Convención se dividió en dos facciones: los moderados o girondinos y radicales jacobinos.

Los dos partidos dudaban ante la temible posibilidad de sentenciar al hombre que pocos meses antes encarnaba a la Nación entera; de ese modo, el proceso fue un amargo episodio político y un intenso debate sobre el futuro de la República.

Con argumentos legales, el girondino Vergniaud se opuso a la muerte del Rey: *“Cuidado -dijo a la Asamblea- este hombre era el gobernante legal del país. No sea que otros insurrectos vengan mañana a ésta misma sala y pidan también vuestra cabeza”*. Los girondinos señalaban que el Rey no tenía responsabilidad en los actos de Gobierno: según la Constitución no se podía juzgar al Rey, sino a sus ministros.

El joven jacobino Saint Just, conocido por su fogosa oratoria, pidió la muerte del Rey con un argumento político: *“no podemos juzgar al ex-Rey -dijo-, hay que matarlo. Juzgarlo implica la posibilidad de absolverlo. ¡Cuidado!, porque si es absuelto, entonces todos somos rebeldes”*.

El abogado Maximiliano Robespierre basó su intervención en las máximas de Maquiavelo: la República estaría en peligro si el Rey seguía vivo. Pidió la votación nominal, para que cada diputado sustentara públicamente su voto: *“Así sabremos quiénes quieren en verdad la República y quiénes están esperando nuestra derrota para rendir homenaje a su Rey -dijo- Cavemos un foso de sangre entre nosotros y la contrarrevolución”*.

Pese a la ardorosa defensa de sus abogados, el Rey fue sentenciado a muerte. Así empezó la Edad Contemporánea.

## **El Código Civil**

**(Paris, 1802)**

En un vasto salón del antiguo palacio real de las Tullerías, alrededor de una mesa iluminada por pesados candelabros de bronce, deliberan unos veinte hombres prematuramente encanecidos por las vicisitudes de la Revolución y firmemente resueltos a terminar con ella.

### **El Consejo de Estado.**

El inteligente Talleyrand, Obispo renegado y hábil diplomático, ha escapado tres veces de la guillotina y se siente muy cómodo en este palacio donde tantas veces ha ofrecido sus servicios a la vieja dinastía. El Ministro de Policía Fouché, tan inteligente como el Obispo, ha votado por la ejecución del Rey y se opone a toda posibilidad de una restauración monárquica. Sieyés, teórico impenitente que ha escrito y visto fracasar cinco Constituciones, también está presente. A su lado se sienta Tronchet, el abogado que contra toda posibilidad racional intentó defender la cabeza de Luis XVI en la tormentosa tribuna de la Convención. El obeso y sibarítico Cambacèrès, segundo Cónsul de Francia, toma nota de los debates, pero se abstiene prudentemente de intervenir: en doce años de Revolución aprendido las saludables virtudes del silencio. El último republicano en ésta reunión es Tallièn, el conspirador que derrocó a Robespierre y lo hizo guillotinar hace seis años. Se sienta junto a Portalis, católico devoto y defensor de los sacerdotes que no juraron fidelidad a la Revolución.

Estos hombres de tan diferente destino constituyen ahora el Consejo de Estado de Francia. No discuten medidas diplomáticas ni analizan planes militares: redactan el Código Civil.

Un hombre de treinta años, largos cabellos negros, tez pálida, corta estatura y mirada centelleante preside la mesa: es Napoleón Bonaparte, el mejor general de la República, que ahora la gobierna en calidad de Primer Cónsul.

## **La Revolución**

La Revolución Francesa no se hizo para defender la justicia social -concepto entonces desconocido- sino para facilitar el desarrollo económico y garantizar las libertades individuales que el sistema prerrevolucionario ignoraba.

El feudalismo consideraba al individuo solo como integrante de un sector social, un estamento, una casta que tenía sus propios derechos y privilegios. La Ley no era la misma para el hombre y para la mujer. Nobles y plebeyos tenían distintos derechos y obligaciones. Clérigos y laicos no estaban sujetos a la misma legislación. Tampoco el país era uno sólo: las distintas provincias de la Francia monárquica tenían sus propios impuestos, barreras arancelarias y privilegios regionales.

Las costumbres de los francos, el derecho romano, el derecho canónico y el derecho consuetudinario, habían establecido en el país un heterogéneo y contradictorio conjunto de normas legales y procesales.

La Ley no era la misma en Bretaña que en Normandía, los impuestos eran distintos, un contrato válido en una provincia podía ser nulo en otra. De ese modo, orden social y económico se basaba en la voluntad del Rey, supremo legislador y arbitro definitivo.

La Revolución echó abajo ese sistema anacrónico: anuló los privilegios feudales y los impuestos internos, impuso el sistema métrico decimal y postuló una sociedad libre donde todos los hombres eran iguales.

## **Bonaparte.**

Pero fue Bonaparte quien codificó esos derechos y los expresó jurídicamente en un documento destinado a cambiar la historia de la civilización occidental: el Código Civil.

Oficial de artillería proveniente de la nobleza pobre y dotado de una poderosa inteligencia, Napoleón Bonaparte ganó sus batallas aplicando al arte de la guerra sus conocimientos de matemáticas e historia, así como un valor personal casi suicida. Se mantuvo al margen de la política durante los diez primeros años de la Revolución, derrotó a los ejércitos extranjeros y se definió como servidor de Francia, no de sus gobernantes.

Cuando los partidos se devoraron entre sí, cuando la inflación, el caos y la restauración monárquica amenazaron a la República, Bonaparte tomó el poder con apoyo del Ejército y proclamó que, cumplidos sus fines, la Revolución había terminado.

Aquel militar demostró entonces que era un profundo político: proclamó la amnistía, llamó a todos los emigrados, colocó en el gobierno a los más capaces sin tener en cuenta su pasado y prometió que su gobierno garantizaría la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, compromisos aurales de la Revolución.

## **El Código Civil.**

Conocido durante mucho tiempo como Código Napoleón, el Código Civil fue redactado durante los cuatro primeros meses del año 1802.

Para redactarlo, Bonaparte llamó a los expertos, sin tener en cuenta su pasado político. Era necesario resumir los Derechos del Hombre y del Ciudadano -“retórica de diputados” según el Primer Cónsul-, en un documento práctico, fácil de comprender, aplicable a los problemas cotidianos de la sociedad. El Código debía combinar los principios fundamentales de la Revolución con los mejores elementos de la tradición jurídica francesa: el derecho romano y el derecho consuetudinario.

El matrimonio, el divorcio, la empresa, la herencia, la propiedad, la compra, la venta, la garantía, el nacimiento, la adopción, la defunción, el crédito, el interés, el domicilio, la asociación, la responsabilidad, debían ser normados de manera sencilla.

El Código fue discutido en cincuenta y siete sesiones del Consejo de Estado e incorporó a la legislación los conceptos fundacionales de la Revolución: la igualdad ante la Ley, el derecho a la propiedad, el matrimonio civil, las libertades de conciencia, asociación y trabajo. Políticamente, el Código Civil consagra la igualdad; socialmente, defiende y consolida la familia; económicamente, garantiza la propiedad.

Durante los debates, Bonaparte confrontaba las opiniones de monárquicos y jacobinos, pedía antecedentes, ofrecía ejemplos sencillos y debatía de igual a igual con todos. Mientras se discutía apasionadamente el tema del divorcio, Sieyès le dijo al hombre más poderoso de Francia: “¡Cállese, ciudadano!”. Bonaparte - que en cualquier otra circunstancia hubiera castigado al insolente - guardó silencio.

Fundado en el principio de que todos los hombres son libres e iguales, el Código asume que todos son igualmente responsables de sus actos. Sus 2,281 artículos, escritos en un estilo claro y comprensible, constituyen la expresión jurídica de la Revolución Francesa.

Instrumento fundamental de la civilización occidental y soporte jurídico del sistema capitalista, el Código Civil regula todos los actos de la vida del hombre, desde su nacimiento hasta su muerte.

Carlos Marx, irreconciliable crítico de Napoleón, escribía cincuenta años más tarde que “El Código Civil hizo posible el desarrollo del capitalismo”. El autor de “El Capital” explicaba que la confusa legislación previa a la Revolución Francesa había sido el principal obstáculo para el desarrollo de la actividad empresarial y la acumulación de capital.

El Código fue promulgado por Ley del 21 de marzo de 1804 con el nombre de Código Civil de los Franceses y en 1807 recibió el nombre de Código Napoleón. Al principio se impuso en toda Europa mediante la razón de la fuerza: las conquistas de Bonaparte extendieron su vigencia a todos los países incorporados al Imperio Francés.

Más tarde, el Código se impuso por la fuerza de la razón en el resto del mundo: las jóvenes repúblicas sudamericanas, hijas de la Revolución Francesa, aplicaron a su legislación la nueva normatividad.

En el Perú, fue el Libertador Ramón Castilla, -asesorado por José Gálvez- quien promulgó el primer Código Civil el 29 de diciembre de 1851.

Proclamado en 1804 emperador de los franceses, Bonaparte emprendió una larga lucha contra Inglaterra que lo llevó a conquistar toda Europa. En realidad se trataba de una pugna por la hegemonía mundial entre las dos grandes potencias de la Revolución Industrial: Francia e Inglaterra. Derrotado en 1815, Bonaparte fue encarcelado de por vida en la solitaria isla de Santa Elena, donde murió seis años más tarde.

Cuentan sus biógrafos que en las largas horas de su destierro, el emperador destronado analizaba su propia historia, recordaba las grandes batallas que había ganado y los ricos Estados que sus ejércitos habían conquistado. “Pero dentro de cien años, todo esto se habrá olvidado, -solía decir-: lo que siempre se recordará de mi obra es el Código Civil”.

Tenía razón.



## **La misión de Pierre Raulet.**

**(Lima, julio de 1821)**

Contempló con cierta aprensión la Portada de Guía, entrada de la ciudad custodiada por ocho centinelas y se consideró a sí mismo un pobre bocado para los 800 soldados del Rey que guarnecían aún Lima.

Acompañado por un ayudante y dos soldados, armado apenas con un sable, el comandante Pierre Raulet era el primer insurrecto en atravesar las murallas de la capital del Perú

Se encogió ligeramente de hombros y preguntó con voz autoritaria por la casa del alcalde, Marqués de Montemira: era portador de pliegos del General San Martín.

Entre los 350 oficiales del Ejército Unido Libertador, Raulet era seguramente el más indicado para la compleja misión que debería cumplir esa misma noche.

Nacido en la lejana Cahors, aquel veterano de 37 años había servido a Napoleón como oficial de caballería desde 1801, pero también como secretario del diplomático y militar francés Caulaincourt. Herido ligeramente en Waterloo, considerando que no le quedaba nada por hacer en Europa, Raulet entró al servicio de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Organizando un escuadrón de caballería, instruyendo reclutas, levantando mapas, enseñando balística, organizando partidas de guerrilleros, diseñando audaces operaciones de espionaje, Raulet participó en la larga marcha que desde el cruce de los Andes condujo a las batallas de Chacabuco y Maipú, la independencia de

Chile, el desembarco en Paracas y el largo asedio de Lima; aquel 11 de julio, su misión era precisamente poner fin al cerco de la ciudad y facilitar la proclamación de la Independencia del Perú.

### **Ciudad asediada.**

Lima estaba cercada.

El Ejército de San Martín, compuesto por unos cuatro mil chilenos y rioplatenses, ocupaba el territorio inmediato desde 1820, se reforzaba día a día con nuevos voluntarios peruanos y fomentaba sistemáticamente la desertión.

El Virrey Joaquín de la Pezuela había intentado primero ganar tiempo, a la espera de refuerzos que nunca llegaron de la Península. Los militares realistas depusieron al Virrey y confiaron el mando al general La Serna; pero el nuevo Virrey, también militar experimentado, no quiso arriesgar una batalla decisiva en la que se podía perder toda América del Sur.

Los víveres escaseaban, porque las haciendas, desde Huaral hasta Lurín estaban rodeadas por activos montoneros que se apoderaban de cosechas, bueyes y caballos para el Ejército independiente. Todos los caminos estaban interceptados y la correspondencia no era segura. Los esclavos se fugaban para alistarse como soldados, porque San Martín declaraba libres a todos los voluntarios. Algunas semanas atrás, el batallón realista Numancia se había pasado a los insurrectos, conducido por sus propios oficiales. Todo el norte estaba ya en armas contra el Rey.

El golpe final lo dio Álvarez de Arenales, un español de ideas republicanas que a la cabeza de mil doscientos expedicionarios recorrió la sierra, apoderándose de los minerales de Pasco y las cosechas del valle del Mantaro, después de derrotar a un Ejército del Rey.

Finalmente, el exasperado La Serna había empezado a evacuar la ciudad el 6 de julio retirándose al interior: esperaba reforzar sus debilitados batallones con reclutas del Cuzco y Puno, tradicio-

nalmente realistas, recuperar las minas de Pasco y el rico granero del Centro.

Encerrado en el puerto fortificado del Callao, el general La Mar, un peruano nacido en Cuenca, ofrecía pasarse a los independentes si San Martín entraba a Lima sin dañar vidas ni haciendas. Pero La Mar dijo también que si una sola casa de Lima era incendiada, defendería el puerto a todo trance, con mil soldados y doscientos cañones de que disponía en la fortaleza.

En esas condiciones, San Martín comisionó a Raulet para negociar con la nobleza realista de Lima.

### **Una tertulia en Lima.**

Esa noche, la tertulia del Marqués de Montemira fue la más concurrida de Lima.

Condes y Marqueses, hábitos de Santiago, ricos comerciantes realistas e importantes hacendados llenaban el salón. Damas escotadas y cubiertas de brillantes animaban la tertulia. Conocidos liberales, el célebre médico Unanue, el intelectual Salazar y Baquíjano y el millonario Riva Agüero se veían más bien aislados en ese salón realista. También asistía el influyente canónigo Luna Pizarro, secretario del Arzobispo Las Heras y realista moderado.

Cuando el anciano sacerdote Toribio Rodríguez de Mendoza entró en el salón, el Marqués invitó a los caballeros a pasar a la biblioteca.

Raulet fue al grano: durante 12 años, -dijo- Lima y el Callao habían sido la columna vertebral de España en América del Sur, el filo de su espada injusta. Con el dinero de los allí reunidos, el Virrey Abascal había enviado expediciones de reconquista contra Santiago, Quito, Buenos Aires, Bogotá y Caracas. Miles de platenes y colombianos habían muerto en batallas como Cancharrayada, Guaqui, Vilcapugio, Ayohuma, Queseras del Medio y Calabozo, a manos de soldados peruanos dirigidos por oficiales españoles. Las Provincias Unidas del Río de la Plata no estaban invadiendo el Perú, sólo querían garantizar su propia Independencia.

El Marqués de Montemira se mostró conciliador: los comerciantes no habían hecho más que pagar impuestos a la autoridad constituida: ¿qué otra cosa podían hacer?. Las incursiones de los corsarios chilenos estaban liquidando el comercio marítimo de Lima y el Callao. Montoneros dirigidos por oficiales como el propio Raulet, cometían incendios y asesinatos, amenazaban la propiedad de las personas y el orden establecido. El reclutamiento de los esclavos fugitivos atentaba contra el derecho de propiedad y podía provocar las mayores atrocidades. Los notables de Lima no querían la guerra, eran comerciantes que deseaban vivir en paz. Pero ahora, el señor coronel Raulet les pedía ni más ni menos que convertirse en rebeldes.

Luna Pizarro señaló que la causa de los independientes era sin duda justa, pero los limeños no eran republicanos. Con todo respeto, el canónigo dijo que Lima no era Buenos Aires ni Caracas: existía en la ciudad una nobleza comercial y militar, la mayoría de los asistentes tenían títulos de Castilla, el clero estaba sujeto al Patronato Real. Todos habían jurado fidelidad al Rey: era un compromiso sagrado. Pero se podía buscar una solución intermedia, insinuó, para eso estaban conversando.

Rodríguez de Mendoza, -el viejo conspirador chachapoyano a quien el Virrey Jáuregui había llamado “sembrador de las rebeldías”-, habló en su habitual tono didáctico.

América había alcanzado ya la mayoría de edad -dijo- pero las autoridades españolas no lo aceptaban. Las colonias habían mostrado su fidelidad al Rey durante la invasión francesa sin recibir recompensa alguna. Los impuestos recaudados en América se destinaban a España y las autoridades coloniales impedían a los maestros impartir una educación ilustrada a los hijos del país. Su propia biblioteca había sido requisada en tres oportunidades y sus mejores alumnos estaban condenados al ocio porque su condición de americanos les cerraba el camino a los altos empleos, la magistratura y el mando de los ejércitos. Los peruanos ricos como Montemira eran los más interesados en gobernar una nación independiente. Como sacerdote católico, Rodríguez de Mendoza

podía asegurar a su docto amigo Luna Pizarro que el Patronato Real no era materia de fe o de doctrina, sino una simple disposición de disciplina eclesiástica.

Entonces Raulet mostró sus cartas: si terminaba la guerra, terminarían las actividades de los corsarios, dijo. No era intención del general abolir los títulos de nobleza ni usurpar la autoridad del Rey. Sólo asumiría el mando en calidad de Protector, mientras se gestionaba el nombramiento de un príncipe español para reinar en estas tierras.

En ese caso, el propio Ejército Libertador se encargaría de poner en vereda a los montoneros. El General quería entrar a Lima invitado por el Cabildo y no proclamaría la Independencia sin consultar la voluntad de los pueblos.

Pero en caso de resistencia, dijo sin ambigüedades, San Martín tomaría la ciudad a sangre y fuego. Para ahorrar las vidas de sus soldados disciplinados, el General mandaría por delante a los montoneros y los esclavos sublevados. Sus Señorías eran libres de escoger lo más conveniente.

A la mañana siguiente, un satisfecho Raulet regresaba a su campamento con buenas noticias: los Notables invitaban a San Martín. Previa la consulta pertinente, el Cabildo firmaría un acta manifestando que la voluntad general de los pueblos estaba por la Independencia del Perú. El Acta se podía firmar el 15, la Independencia sería proclamada el 28. Misión cumplida, mi general.

## **Bolívar en Pativilca.**

**(Perú, 1824)**

Flaco y extenuado, recostado contra la pared de un pequeño huerto, el enfermo se abrigaba -pese a la ardiente temperatura- con un pesado poncho serrano de lana. Sudaba copiosamente y experimentaba de cuando en cuando los estremecimientos propios de la “terciana”, fiebre palúdica endémica en la costa norte del Perú.

Escuchó en silencio las malas noticias: el Virrey José de la Serna atacaría pronto con un ejército de quince mil cuzqueños. Los minerales de Cerro de Pasco estaban en poder del enemigo. En el Callao, la guarnición sublevada había entregado a los realistas las inexpugnables fortificaciones del Real Felipe. Una flota española podría desembarcar en el Callao otros ocho mil veteranos dentro de seis meses.

El Perú carecía de un ejército pero tenía, en cambio, dos Presidentes. En Lima el Presidente Marqués de Torre Tagle conspiraba ya, a través de su Ministro Berindoaga, para pasarse al enemigo en cualquier momento. En Trujillo el otro Presidente, Riva Agüero, recibía públicamente a emisarios del general español Canterac y se preparaba también para desertar. La chusma monárquica de la capital había asesinado al ex Ministro Bernardo Monteagudo.

Aristócratas como Aliaga, Conde de la Vega del Rhen y Salcedo, firmante del Acta de la Independencia, habían abandonado la capital para buscar refugio entre los realistas. Lima caería en

manos de los españoles en dos o tres días. Los refuerzos de Colombia no llegarían hasta mayo.

Cuando su secretario Joaquín Mosquera terminó la catastrófica relación, en los ojos del enfermo se levantó una llama de orgullo. Mosquera insistió: ¿qué piensa hacer Ud. ahora, mi general?

“Triunfar”, respondió Simón Bolívar.

### **El año admirable.**

Aquel fue, según Salvador de Madariaga, su “año admirable”.

En 1824 Bolívar desbarató las conspiraciones monárquicas, organizó un ejército multinacional, expulsó del Continente a los realistas y consolidó la independencia de América del Sur, utilizando su prodigiosa inteligencia, su inagotable energía y su firme convicción republicana.

Desde Pativilca a donde llegó el 1º de enero, enfermo de paludismo, escribió a su viejo maestro Simón Rodríguez, explicándole sus planes inmediatos: para libertar al Perú, era necesario derrotar al ejército realista y "liquidar a la canalla aristocrática que se ha refugiado en Lima". Enclavada entre Lima, Trujillo y la sierra, Pativilca le serviría de base para poner todo el Norte del Perú al servicio de la República. Terminaba la carta con un emotivo homenaje a su maestro "usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso".

El 10 de enero, Bolívar decretó la pena de muerte para todo funcionario que se apoderase de caudales públicos. Después tomó contacto con dos oficiales peruanos de firme vocación republicana: Antonio Gutiérrez de La Fuente y Ramón Castilla y Marquesado.

En una operación meticulosamente preparada, La Fuente arrestó a Riva Agüero en Trujillo el 2 de febrero. En Lambayeque, el mismo día y a la misma hora, Castilla tomaba el mando del regimiento “Coraceros” y el batallón “Legión Peruana” únicos cuerpos de tropa que le quedaban al Perú.

El 10 de febrero, liquidada la facción de Riva Agüero, Bolívar asumió a plenitud los poderes de Dictador "sin otra comisión ni mandato que salvar a la República". Apoyado en los sables y bayonetas de La Fuente y Castilla, estableció una capital provisional en Trujillo y designó Secretario General de la Dictadura al periodista republicano José Faustino Sánchez Carrión.

Después se dedicó a reclutar y entrenar soldados, concentrar refuerzos, acopiar recursos económicos y materiales. Reunió a su ejército entre Huamachuco y Cajamarca. Llaneros colombianos, voluntarios ingleses y franceses, endurecidos granaderos venezolanos, reclutas de Quito y Guayaquil, peruanos sobrevivientes de la campaña del Sur, chilenos y argentinos que habían llegado al Perú con San Martín en 1821, se adiestraban en las duras condiciones de la lucha en la sierra.

"Debemos aprender a caminar por la puna y a respirar el soroche como los huanacos, en cuyo país vamos a hacer la guerra", le escribió al general colombiano Lara.

El historiador militar Carlos Dellepiane dice de Bolívar que "le urgían recursos y los consiguió, sacrificando a los menos para obtener el bien de todos". Impuso drásticas contribuciones de guerra y requisó todos los bienes que pudieran ser útiles para el ejército: telas para vestuario de la tropa, cueros para correa, víveres, monturas y metales. Las iglesias debieron entregar "todas las alhajas y joyas que tuvieran a excepción de un cáliz, un incensario y una patena para celebrar la Misa". Se arrancaron las rejas de los templos y conventos para obtener hierro y se desarmaron muebles domésticos para sacar los clavos.

Bolívar insistía en que todas sus instrucciones se cumplieran al pie de la letra. Mandó fusilar desertores y exigió a sus subalternos mantener en la tropa la más severa disciplina. "La guerra no se hace por el amor de Dios, sino con el filo de la espada; muestre Ud. un carácter terrible, inexorable" le escribía a La Mar.



## **La Guerra.**

A fines de junio, a la cabeza de diez mil soldados entrenados y disciplinados, Bolívar emprendió la marcha al Sur por la ruta de la sierra.

El 6 de agosto, el regimiento “Húsares del Perú”, -reclutado por Castilla en Lambayeque y Paijan- ganó a los realistas la batalla de Junín, dispersando al ejército de Canterac. Bolívar, de ese modo, se apoderó de los minerales de Cerro de Pasco y el rico valle del Mantaro.

Dos días después, Torre Tagle desertaba.

Presidente del Perú designado por San Martín, pero en el fondo aristócrata recalcitrante, Torre Tagle se dejó engañar por un emisario realista que le anunció la supuesta victoria de Canterac en Junín. El 8 de agosto, publicó una injuriosa proclama llamando a los peruanos a unirse bajo la bandera del Rey para expulsar a los colombianos: “Bolívar -decía- es el mayor monstruo que existe sobre la tierra. Es enemigo de todo hombre honrado, de todo el que se opone a sus miras ambiciosas”.

Cuando llegaron a Lima los partes oficiales de la victoria de Junín, Torre Tagle se refugió en los castillos del Callao.

“Las batallas se darán en la Sierra, pero la guerra se ganará en la Costa” le dijo Bolívar a Lara el 6 de septiembre. Encomendó el ejército a Sucre y asumió la tarea prioritaria de asegurar la unidad política del país y castigar la traición de Torre Tagle: “nunca se fundó una República sin exterminar antes a la aristocracia” le había escrito el intransigente jacobino Sánchez Carrión, su hombre de confianza.

Entró en Lima el 22 de septiembre, puso sitio al puerto del Callao para cerrar la costa a los anunciados refuerzos españoles. Organizó el Tribunal de Sanción, inspirado en el modelo de los Tribunales Revolucionarios de la República Francesa: los acusados de conspirar contra la República -“sospechosos”- deberían probar su inocencia o ser condenados a muerte.

El 2 de octubre, Berindoaga, Vizconde de San Donás, fue fusilado a tambor batiente en la Plaza de Armas de Lima. El cadáver del primer aristócrata ejecutado por traición a la República fue colgado de la horca, “para reiterar al mundo la infamia de su delito”.

En cuanto a Torre Tagle -escribió Bolívar a Santander- “lo tengo encerrado en el Callao como en una ratonera. No saldrá de ahí sino para enfrentarse a un piquete de fusilamiento”. Torre Tagle murió en el Callao, víctima del escorbuto. Con su vida, quedó cancelada toda posibilidad de una restauración monárquica

### **La Victoria.**

El 19 de diciembre de 1824, Bolívar recibió el parte oficial de la Batalla de Ayacucho, ganada por Sucre al ejército realista de La Serna diez días antes. La guerra estaba ganada.

En diciembre de 1826, capturado el Callao y liberado el Alto Perú, Bolívar renunció a la Dictadura y entregó el poder al Congreso: “La misión de mi vida está cumplida -dijo entonces- porque no queda un sólo español en armas sobre el territorio de América”.

Hablando de Bolívar, su biógrafo Leguía y Martínez ha escrito: “...Cuando el huracán bate las alas prepotentes, cuando el mar se encrespa y silba y se remueve de superficie a fondo, la naturaleza no se detiene a gemir sobre los restos de las aves fulminadas en la arena, ni ante los peces que se asfixian en la playa. Su objeto es purificar, rehacer, reconstruir. Y reconstruye, en efecto, sobre las ruinas y hecatombes del pasado, porque es Ley humana que la muerte sirva de fuente y de comienzo a la aurora de otra vida”.

## **Los funerales de Gamarra.**

**(Lima, 4 de febrero de 1842)**

La nave principal de la Catedral de Lima estaba adornada con cortinas negras. Negros también eran los crespones que velaban cuadros, lámparas y hornacinas. La compañía de granaderos del Regimiento “Legión Peruana”, con las armas a la funerala y las charreteras veladas en negro, montaba guardia alrededor de una capilla ardiente donde se velaba un ataúd de roble cubierto con la bandera roja y blanca.

Rodeado de generales, ministros, magistrados y parlamentarios, el Presidente Ramón Castilla encabezaba la ceremonia fúnebre con que la Nación honraba la memoria del Mariscal Agustín Gamarra, vencedor de Ayacucho y Presidente de la República, muerto en la batalla de Ingavi, frente al ejército boliviano.

Después de la Epístola, el coro había entonado las notas solemnes y sombrías del “Réquiem”, de Mozart. Cuando se hizo el silencio después del Evangelio, todos pudieron ver en el púlpito la ascética figura del Deán de la Catedral y Rector del Convictorio de San Carlos, Bartolomé Herrera, designado para pronunciar la oración fúnebre.

### **Herrera.**

El orador empezó recordando a Gamarra, sus virtudes de militar y su muerte heroica en el campo de batalla. Recordó cómo, cuando ésta ya se hallaba perdida, cuando la caballería desobedecía la orden de atacar y una parte del Ejército se retiraba sin entrar en

combate, Gamarra se había precipitado entre los batallones enemigos gritando “aquí es preciso morir”.

Y murió en efecto, acribillado a balazos, dejando un ejemplo inolvidable de valor militar. Había sido, sin duda, una muerte digna de un soldado, pero ¿era en verdad la muerte propia de un Presidente del Perú?

Herrera no estaba en ese púlpito para exaltar la gloria del Presidente caído: *“hablaré de su muerte, castigo nuestro”*.

Recordó Herrera que el ejército boliviano era inferior en número, armamento y experiencia al que Gamarra había conducido hasta Ingavi con el propósito de reparar el error de Bolívar y reconstruir la gran Nación Peruana, dividida desde 1825 en tres anarquizadas Repúblicas. Sólo la desobediencia, esa lacra nacional, había hecho posible la derrota de los peruanos en Ingavi y la muerte gloriosa para el Presidente, pero ignominiosa para el país.

Lamentó especialmente la vergonzosa fuga de la Caballería, fuerza de choque del Ejército *“el lancero, el temible lancero del Perú, había, ¡ay ¡ antes que todos huído”* Sí, el hombre cuya persona encarnaba a la Nación Peruana había preferido la muerte antes que la fuga porque generales peruanos lo habían abandonado en el campo de batalla..

Entonces la poderosa voz del orador se levantó entre las columnas del templo y pronunció la trágica pregunta que iba a caracterizar su discurso: *“¿Y qué podré decir yo, señores, que nos consuele?”*

Recordó la vida de Gamarra, cuya carrera militar empezó desertando del ejército realista para incorporarse al de San Martín en 1821 y que inició su trayectoria política en 1829, con un golpe de Estado que derribó al Presidente La Mar, y lo condujo a la Primera Magistratura; ¿no estábamos cosechando las consecuencias de nuestros propios pecados?. Enumeró los 34 golpes de Estado que Gamarra debió debelar entre 1829 y 1834 para mantenerse en el

poder: todos los sublevados –dijo- no hacían más que repetir el ejemplo funesto de los conspiradores de 1829.

*“Veintiún años hemos vivido abandonados a los mismos pecados. No han servido para ponernos al camino del orden las continuas advertencias del Señor. Quiso al fin castigarnos y para que el dolor y la vergüenza nos fueran más sensibles escogió el brazo sin vigor, el miserable brazo de Bolivia... ¿qué podré yo decir que nos consuele?”.*

Tal era, explicó, la lógica de las revoluciones. Este país desventurado, nacido de una revolución, se hallaba ahora sentenciado a una sucesión de gobiernos revolucionarios, cuya legitimidad nacía del sable, destinados a caer tarde o temprano bajo el sable de otros insurrectos más afortunados. *“¿Qué podré yo decir que nos consuele?”*, repitió el sacerdote.

No había posibilidad alguna de buscar consuelo a la ignominia, insistió: era preciso que la verdad, a la manera de un hierro candente aplicado a las pústulas de una herida, cauterizara las llagas que la sedición, la traición y la intriga habían abierto en el Perú desde 1821. Era llegada la hora de una gran reflexión nacional. La derrota de Ingavi era un castigo, debía conducir a una gran reflexión nacional... *“¿Qué podré yo decir que nos consuele?”*

El Perú –agregó- se había convertido en República como producto de un evidente error filosófico: la falacia de que todos los hombres eran iguales y que todos estaban llamados a gobernar. El sufragio universal, ese espejismo propio de la Revolución Francesa, había impulsado a los rebeldes de 1821: ¿acaso los gobiernos del Perú eran elegidos mediante el sufragio universal? ¿Se podía imponer el sufragio universal en un país donde las tres quintas partes de la población no conocían el idioma castellano?

Gamarra, al menos, había gobernado cuatro años, pero a partir de 1834 la anarquía, hija legítima de la revolución, se había entronizado en el país. Herrera recordó al Presidente Orbegoso, traicionado por sus propios generales. Al Jefe Supremo Salaverry, fusilado en Arequipa por el invasor boliviano Santa Cruz, que

conquistó el país durante tres años. Rememoró de qué modo había sido necesaria una invasión chilena dirigida por militares peruanos para restablecer la precaria estabilidad nacional. *“¿Qué podré yo decir que nos consuele?”* insistió.

Herrera citó a Platón: el objetivo de todo gobierno es la felicidad de sus súbditos. Los peruanos no eran más felices ni estaban gobernados con más justicia desde que el Perú era una República. Los tribunales estaban regidos por la corrupción, el tesoro nacional se hallaba exhausto, miles de ciudadanos industriales se habían visto obligados a emigrar, las ciudades se hallaban asediadas por bandoleros y esclavos fugitivos. El progreso económico seguiría siendo un sueño imposible mientras el Orden y la Autoridad no presidieran la vida nacional. Las revoluciones desafiaban a Dios, Padre Común y Creador de un Orden Justo establecido a lo largo de los siglos, cuya modificación era la causa de la tragedia nacional. Una República laica, democrática e igualitaria: tal había sido el error.

La amarga situación del Perú era su necesaria consecuencia. Y una vez más el orador elevó, como una protesta al cielo, la pregunta obsesionante, resumen del pensamiento conservador frente a la ideología republicana: *“¿Qué podré yo decir que nos consuele?... que la sangre del Generalísimo Presidente nos recuerde siempre hasta donde puede conducir a las naciones el abandono y la desobediencia de sus hijos”*

Cuando terminó la Misa y el cadáver del Presidente fue conducido a Palacio a los acordes de la “Marcha Fúnebre” de Beethoven, los asistentes experimentaron la sensación de que algo había cambiado para siempre en el Perú: el sermón de Bartolomé Herrera había puesto en tela de juicio la existencia misma de la República Peruana.

Aquel día fúnebre, Herrera había sentado las bases del pensamiento conservador peruano. El historiador Jorge Basadre observa que, desde 1842, todos los gobiernos autoritarios han hecho suyos los argumentos contenidos en la oración fúnebre de Herrera: la necesidad de imponer el orden, la convicción de que

el país no puede gobernarse por sí mismo, la propuesta de una mano fuerte capaz de asignar a todos su lugar y su derecho han sido el razonamiento reiterado de todas las dictaduras.

La pesimista frase de Riva Agüero, "*Perú, país de desconcertadas gentes*", se halla inspirada por el discurso de Herrera. La sugerencia de que sólo un despotismo ilustrado puede organizar a la Nación no es nueva: fue planteada en 1842.

### **Gálvez.**

En la Plaza solitaria, el joven José Gálvez meditaba.

Aquel abogado de provincias era un republicano convencido: su ideología liberal se nutría de la lectura y la experiencia. Sus principios -la igualdad ante la Ley, el sufragio universal, la separación entre los poderes del Estado y entre éste y la Iglesia-, habían sido desafiados con sólidos argumentos. A la luz de la amarga realidad, sería fácil pensar que Herrera tenía razón. En ese momento, José Gálvez decidió dedicar su vida a la construcción de una propuesta nacional, republicana y liberal.

En el debate que se avecinaba, Herrera no estaría solo. Frente al pensamiento conservador, José Gálvez Egúzquiza trazaría los argumentos necesarios para construir una democracia en el Perú: una República Peruana, Firme y Feliz por la Unión.

## **El día que llegaron los chinos.**

**(Callao, 1846)**

Ah-Sién observó con asombro el Muelle y Dársena del Callao, tosca estructura de madera y metal precariamente edificada sobre un mar ceniciento. Primer cantonés en desembarcar en un puerto peruano, Ah-Sién abandonó satisfecho la pestilente cubierta del velero danés "Federico Guillermo", fletado por los empresarios Domingo Elías y Alberto Canevaro para conducir al otro lado del Pacífico la primera "partida" de 140 emigrantes chinos, contratados para trabajar por ocho años en haciendas de la costa. Vestido con una breve túnica, peinado con coleta, atravesó la pasarela, llegó al muelle y, ya en tierra peruana, fue encerrado en un galpón de madera y carrizo. Tres días después un intérprete le comunicó su nuevo destino: trabajaría en Palto, hacienda algodonera ubicada al sur de Lima, propiedad de la familia Aspíllaga.

### **Las "contratas"**

La historia empezó a mediados del siglo XIX., cuando el incipiente capitalismo agrario de la costa peruana, basado en el cultivo de algodón y azúcar para la exportación se vio amenazado por la falta de brazos.

La primera Constitución Política del Perú establecía que "nadie nace esclavo en la República; tampoco entra en ella ninguno que no quede libre". Desde el Congreso de Viena, en 1815, las grandes potencias europeas y especialmente Inglaterra perseguían el tráfico de esclavos procedentes del África. La prédica de intransigentes liberales como José Gálvez Egúzquiza convertía en inmi-



mente la emancipación de los pocos esclavos sobrevivientes. Así, el tiempo reducía implacablemente la "esclavatura", mano de obra indispensable para el desarrollo de las haciendas azucareras y algodoneras de la costa.

La migración china fue el producto de una meditada actividad empresarial. Los hacendados intuyeron el colapso y acudieron a la contratación de mano de obra migrante.

El contratista o enganchador fletaba un barco, viajaba hasta China y firmaba contratos individuales con los futuros "coolíes", quienes recibían un adelanto en dinero. Se comprometía a pagar un peso semanal y a sufragar los gastos de alimentación, vestimenta, tratamiento médico y similares del enganchado durante los ocho años de la "contrata". Garantizaba, además, al futuro "coolíe" tres días anuales de asueto, para celebrar actividades religiosas. Ya en el Perú, el "enganchador" transfería la "partida" y el contrato a uno o más hacendados a cambio de una suma de dinero.

En los veinticinco años subsiguientes, unos cien mil "coolíes" cruzaron el Pacífico en los "barcos chinos", por lo general viejos veleros precariamente acondicionados. En el Perú, la población migrante se concentró en la costa cuyas vastas extensiones agrícolas requerían mano de obra barata para cultivar azúcar y algodón.

### **Los emigrantes.**

Los "coolíes" recibían una muda de ropa y una frazada al año. Cocinaban su propio alimento: el patrón entregaba libra y media de arroz al día y una pequeña ración de cerdo o de pescado. El enganchado tenía que procurarse la leña y las legumbres.

Las condiciones de trabajo eran duras. Frugal y disciplinado, el "coolíe" cortaba la caña destinada al trapiche, apañaba el algodón a mano desnuda, garantizaba el riego nocturno, pastoreaba el ganado de la hacienda: jornadas de doce a catorce horas, bajo un sol implacable, respirando la ceniza de la caña quemada para el corte, entre el humo de los trapiches a vapor o apenas bajo la

luna, con las rodillas empapadas por el agua. Por la noche, eran encerrados en galpones, bajo la celosa custodia de mayorales armados.

Hacendados y caporales utilizaban el látigo, el cepo y el calabozo como indispensables instrumentos de trabajo. Servidores forzados del incipiente capitalismo agrario peruano, los chinos trabajaron en la construcción de ferrocarriles y la extracción del guano: era necesario llegar a la isla en lancha, arañar y envasar los nitratos petrificados en la costa desértica, aspirar las emanaciones sulfurosas del abono orgánico sin otra protección que un precario "tapabocas" de tela; había que subir la cordillera respirando "soroche", trabajar bajo el frío y la nieve, dormir a la intemperie.

La mortalidad de los migrantes -según el estudioso Humberto Rodríguez Pastor- llegaba al 15% durante el primer año. El suicidio, la fuga, la violencia individual, e incluso rebeliones colectivas como la protagonizada en Nepeña el año 1867, fueron algunas de las respuestas del "coolíe" a las opresivas condiciones en que se desarrollaba su trabajo.

Cumplidos sus ocho años de contrata el enganchado era por fin libre: podía quedarse en el Perú y emprender algún negocio o podía también volver a China.

En 1876, cuando las reiteradas reclamaciones del gobierno chino pusieron fin al tráfico "chinero", la mano de obra oriental representaba ya el 2% de la población peruana. El censo de ese año registra 24,298 de ellos viviendo en Lima, pero departamentos agrícolas como Lambayeque y La Libertad concentraban al 25% de la emigración china: 12,000 trabajadores.

### **La guerra.**

El historiador militar peruano Carlos Dellepiane señala que durante la invasión chilena el ejército enemigo enroló a unos dos mil chinos que recibieron uniforme, armamento y ración de infantería. Actuaron como auxiliares, cargadores, guías y espías contra una Patria que no era la suya. En el sur, Quintín Quintana,

prospero chino de Bujama, vistió el uniforme de Coronel chileno, sublevó a los "coolíes" de veinte haciendas y les ordenó prestar juramento de fidelidad al invasor. En el norte el sanguinario almirante chileno Patricio Lynch, puso sobre las armas a un millar de voluntarios chinos, decididos a saquear e incendiar el Perú entero. Un "batallón de chinos" participó, al servicio de Chile, en la batalla de Miraflores. En la trágica noche del 15 de enero, después de la batalla, la población pobre de Lima incendió y saqueó las tiendas y almacenes pertenecientes a chinos, dando muerte a unos trescientos orientales.

### **Aculturación.**

Los chinos aprendieron difícilmente el nuevo idioma, se casaron generalmente con serranas y así nació, cerca de los galpones, un nuevo tipo de peruano: el "chinocholo", el futuro "tusan".

Los chinos conservaron su religiosidad animista y desarrollaron su tradicional afición por los fuegos artificiales. A diferencia de otros emigrantes, se mostraron refractarios al cristianismo incrementando así su marginalidad.

Los "chinos de hacienda" conservaron su dieta nacional, basada en el arroz. Cuando faltaba ese cereal en una hacienda, eran inminentes los conflictos. Esa exigencia de orden cultural, generó un circuito de transporte y comercialización que empezaba en Asia, pasaba por Liverpool y llegaba al Perú. Pronto los hacendados comprendieron que era más barato sembrar arroz y encomendaron esa tarea a sus expertos peones chinos. El 12 de octubre de 1888, "El Comercio" constataba que la producción de arroz se extendía "no sólo a Lambayeque y la Libertad, sino también a las provincias de Santa, San Pedro, Casma, y últimamente hasta Piura y Morropón". El consumo de opio -importado de China- inspiró, andando los años, uno de los temas inmortales de la música criolla: "Sueños de Opio".

Pronto establecidos en Lima, cerca del Mercado Central y la Calle Capón, los chinos prosperaron mediante el comercio minorista, crearon su Sociedad de Beneficencia e instalaron sus restauran-

tes, primero despreciadas chinganas y más adelante verdaderos santuarios gastronómicos. El "chifa", palabra que sólo se utiliza en el Perú, es un particular estilo culinario que utiliza ingredientes peruanos y tecnología cantonesa.

### **Incorporación.**

Ciento cincuenta años después, los "tusán", peruanos descendientes de chinos, son ya casi dos millones. Muchos de ellos tienen apellidos españoles porque se convirtieron al catolicismo, porque adoptaron el apellido de sus patrones o como resultado de extraños errores fonéticos. Pero muchos también conservan sus apellidos originales. La dieta habitual del peruano tiene como componente indispensable el arroz, cereal favorito de Ah-Sién y sus compañeros de viaje. En el Perú, un agasajo o un cumpleaños es ocasión propicia para comerse un "chifa". En Lima se editan periódicos chinos, existen colegios bilingües destinados a una numerosa y progresista comunidad peruana orgullosa de su pasado y su tradición.

Los chinos se han incorporado así, penosamente, al Perú, "país de todas las sangres". Su larga y dolorosa Historia, es parte de nuestra Historia.

## **La saga de José Gálvez.**

**(Callao, 2 de mayo de 1866)**

Cuando la flota española entró a la bahía en son de combate, el Ministro de Guerra del Perú ordenó clavar con tres grandes escarpas de acero el pabellón nacional izado en la Torre de La Merced. Quería estar seguro de que esa bandera no sería derribada aunque todos los defensores fueran exterminados.

Después se acercó a una pieza de artillería y disparó personalmente el primer cañonazo contra la fragata blindada “Numancia” que comandaba el almirante Casto Méndez Núñez.

Durante tres horas y media, cincuenta cañones peruanos emplazados en las siete baterías del puerto dirimieron superioridades con las trescientas veinte piezas de artillería de los barcos de guerra españoles. Tres corbetas fueron incendiadas y dos se retiraron con graves averías. A las dos y media de la tarde, dos pescadores y tres aspirantes de la Marina se acercaron en bote a la fragata “Berenguela” e hicieron estallar en su costado de babor un enorme torpedo.

A las tres, la “Numancia” dio la señal de retirada y un victorioso clamor se levantó en todo el puerto. Entonces, una granada atravesó el blindaje de la Torre de La Merced, provocando la explosión de doscientos quintales de pólvora: al pie de su Bandera, José Gálvez Egúzquiza había volado a la Eternidad en alas de la Victoria.

## **Un abogado de provincias**

El hijo de los hacendados de Catudén José Gálvez Paz y María Egúzquiza y Aristizábal, nació en Cajamarca en 1819. Precoz lector de Voltaire, D'Alembert y Rousseau, estudió en el Colegio de Ciencias y Artes de Cajamarca y después en el Convictorio Carolino, cuyo famoso director, Bartolomé Herrera, no desdeñaba debatir con aquel joven impetuoso, de corta estatura y cabellos negros. Gálvez amaba y respetaba a Herrera, como puede amar un hijo díscolo a un padre autoritario

Abogado después, -carrera propicia para los provincianos pobres y estudiosos- se casó con Angela Moreno y Maíz y se estableció en Cerro de Pasco, dedicándose en forma exclusiva a la defensa de litigantes que tuvieran de su parte a la justicia. "Explíqueme su caso, yo seré su primer juez, -decía Gálvez a sus clientes- lo defenderé si tiene la razón y le cobraré lo que Ud. pueda pagarme".

Todos sus biógrafos consideran que el sermón de Bartolomé Herrera ante la capilla ardiente del Mariscal Gamarra decidió para siempre el destino de José Gálvez.

En la hora más trágica de la corta historia del Perú, ante los más altos dignatarios de la Nación, Herrera había lanzado un audaz cartel de desafío a la República: La Independencia había sido un error, el gobierno electivo era una falacia, la República era imposible, la igualdad era un espejismo y la Revolución un crimen.

Masón y admirador de los revolucionarios franceses de 1789, Gálvez se había mantenido al margen de la política hasta que la trágica admonición de su maestro: "¿qué podré yo decir que nos consuele?" golpeó para siempre la conciencia nacional.

## **Republicano intransigente.**

En 1844, mientras se iniciaba en el Perú el auge del guano, Gálvez volvió a Lima, donde alternó sus tareas de abogado con la docencia en el Colegio Guadalupe. Se incorporó a un círculo de estudios donde precoces liberales como Manuel T. Ureta, José

María Químper, José Toribio Pacheco y Simeón Tejada discutían el destino del Perú desde una óptica republicana.

La República era posible, decía Gálvez, pero era necesario construirla.

Frente a la prédica herreriana, Gálvez y los liberales pensaban que en realidad no existía una República a la que Herrera pudiera criticar. Una República era más que el nombre de un Estado o la nominación de un Presidente. La noción misma de República se hallaba vinculada a la existencia de Instituciones que ejercieran el gobierno del Estado en forma colegiada, responsable y reglada por la Ley.

Gálvez explicaba que para hacer realidad la promesa de 1821 era preciso diseñar un cuerpo de leyes regido por los principios de 1789 y respaldado por una estructura política capaz de hacerlos respetar.

Los liberales hallaron en el Colegio Guadalupe el campo fértil que necesitaban para sembrar su ideología: la polémica entre carolinos y guadalupanos, -discípulos de Gálvez y de Herrera-, se desarrolló durante cinco años y abarcó los diferentes campos de la vida nacional.

En 1850 Gálvez y los liberales estaban listos para gobernar.

### **El soldado y el político.**

La organización de una República Peruana, Firme y Feliz por la Unión -propuesta del Partido Liberal- fue posible por la confluencia de dos voluntades diferentes: José Gálvez y Ramón Castilla.

El soldado intuitivo, nacionalista e identificado con las mayorías, encontró en Gálvez la pluma certera y el análisis preciso que necesitaba para hacer realidad esa Patria por la que venía luchando hacía treinta años. El intelectual deseoso de una sociedad organizada sobre la base de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad, halló en Castilla la afilada espada capaz de imponer en todo el Perú la autoridad de un Estado republicano.

Esos dos hombres hicieron del Perú una República.

El país tuvo, por primera vez, un Código Electoral y un Presupuesto de la República. Cuando una procesión de damas enlutadas se manifestó en la Plaza de Armas de Lima contra la Ley que autorizaba el divorcio y el matrimonio civil, Castilla y Gálvez asistieron al matrimonio civil del líder liberal José María Quimper con una dama divorciada.

En 1851, Gálvez tuvo la satisfacción de asistir a la promulgación del Primer Código Civil: los principios de la Revolución Francesa eran, finalmente, Ley en el Perú.

Nombrado Ministro de Justicia y Culto, el masón Gálvez se negó a ponerse de rodillas para jurar ante la Cruz: “me basta jurar por mi honor, señor Presidente”, dijo. Castilla abrazó a su Ministro.

Gálvez redactó de propia mano los dos decretos que otorgaron a Castilla el título de Libertador: en 1854, -diez años antes que en los Estados Unidos- fue proclamada la libertad de todos los esclavos en el territorio nacional; ese mismo año Castilla, aplicando el principio de igualdad ante la Ley, decretó “queda abolido para siempre el ignominioso tributo que los peruanos de raza indígena han debido hasta hoy pagar por su sola condición de tales”.

Convencido de que la lucha ideológica es consecuencia necesaria de la lucha política, Gálvez aceptó en 1854 reemplazar a su amado maestro en el cargo de Rector de San Carlos: “acepto este encargo del Gobierno -escribió entonces- porque por encima de mis afectos personales está la necesidad de liberar a la juventud, amenazada por la perniciosa influencia del oscurantismo”.

Combatió sin tregua a los consignatarios del guano, a quienes calificaba de “cenáculo antinacional y parasitario”. Exigió que los recursos del guano se invirtieran en industrializar el país: “el pueblo que compra manda, el pueblo que vende sirve. Si no tenemos una industria, pronto dejaremos de tener una República”

En 1855, los caminos de Gálvez y Castilla se separan para siempre: el tribuno no aceptó el autoritarismo del Mariscal, que había



disuelto la Convención Nacional. Antes que participar en un gobierno anticonstitucional, Gálvez prefirió marchar al destierro.

### **La última batalla.**

Volvió a la política siete años más tarde, en 1862.

Una poderosa flota española amenazaba las costas sudamericanas y el débil gobierno conservador de Pezet transó con el enemigo, que reclamaba viejas deudas y se había apoderado de las islas guaneras de Chincha. Pezet firmó el Tratado Vivanco Pareja, que obligaba al Perú a pagar una indemnización a España y rendir homenaje al pabellón español.

“Nada de paz, sino guerra a todo trance: -escribió el tribuno- en territorio peruano es delito de traición saludar a otra bandera que no sea la del Perú”.

Fue su última batalla. Como Decano del Colegio de Abogados de Lima, Gálvez denunció ante la Corte Suprema, por delito de traición a la Patria, al Presidente, los ministros y parlamentarios que habían firmado o aprobado el nefasto Tratado y sustentó su denuncia ante la Corte con un impresionante alegato.

Cuando la Corte Suprema resolvió archivar el caso, Gálvez declaró a través de la prensa: “la Ley ha sido atropellada, se ha roto el Contrato Social, es hora de tomar las armas”.

Después viajó a Arequipa cuyo prefecto, Mariano Ignacio Prado, proclamó la destitución del Presidente Pezet. Tras seis meses de guerra civil, Gálvez entró en Lima como Primer Ministro y Ministro de Guerra de la Dictadura. El nuevo Gobierno anuló el tratado Vivanco Pareja y declaró la guerra a España: “no en procura de tierra o ventajas materiales, sino para lavar con sangre la injuria que se ha hecho a la República”.

Cuando se dirigió al Callao para tomar el mando de las baterías y enfrentarse a la escuadra española, José Gálvez Egúzquiza había cumplido 45 años y estaba listo para entrar en la Historia.

## **La "denuncia Bogardus"**

**(Lima, 1870)**

Guillermo Bogardus, ciudadano, revisó minuciosamente los veintisiete folios de papel sellado de su denuncia manuscrita y comparó el original con las copias. Después constató los "recaudos": doscientos ochenta y dos pliegos, legalizados por el Notario de Lima José Manuel Rada y Gamio.

Amparado en el Código Civil del 29 de diciembre de 1851 y la Ley de Responsabilidad de Funcionarios, Bogardus denunciaba criminalmente al ex Ministro de Hacienda y Director Gerente de la "Compañía Nacional Consignataria" Manuel Pardo y Lavalle, su cuñado Federico Barreda, los 27 accionistas de la empresa y los gerentes de nueve compañías francesas, norteamericanas, austriacas, belgas y británicas, como autores, cómplices y encubridores de una defraudación de diecisiete millones de libras esterlinas en agravio del Estado peruano.

Satisfecho, firmó y depositó el expediente en la Mesa de Partes de la Corte Suprema de la República. Se iniciaba así uno de los episodios más sombríos y menos conocidos de nuestra historia republicana.

### **La renta guanera.**

La explotación del "guano de las islas" empezó en 1839 y ya en 1846 aportaba el 13% de los ingresos estatales. La creciente demanda internacional del fertilizante generó una notable expansión del gasto público: el Presupuesto de 1862 era de veinte millones de soles, cuyo 40% se dedicaba al servicio de una crecien-

te deuda externa. En 1870, el Perú había exportado ya cuarenta millones de libras esterlinas en guano, unos doscientos millones de soles-plata.

La "renta guanera", equivalía, ese año, al 84% de las exportaciones del país.

El Estado explotaba el fertilizante mediante el sistema de "consignaciones": uno o más empresarios, "consignatarios" eran autorizados para extraer una determinada cantidad de guano y venderlo por cuenta del Gobierno. Los consignatarios formaron pronto un grupo de presión ligado por estrechas vinculaciones empresariales y familiares; se dedicaron a abastecer con bienes importados al mercado interno y a efectuar adquisiciones por cuenta del Gobierno. El Estado, siempre ávido de fondos, solicitaba de los consignatarios adelantos en efectivo, comprometiéndose a pagar intereses y a rembolsar en guano el capital.

En 1860, los consignatarios más importantes unieron sus capitales y formaron la "Compañía Nacional Consignataria", cuyo principal accionista era Manuel Pardo y Lavalle.

La exportación de guano financió la manumisión de los esclavos, la abolición del tributo indígena, la fraudulenta "Consolidación" de las deudas contraídas durante la guerra de la Independencia, la construcción de ferrocarriles, instalaciones de gas y redes telegráficas, la adquisición de armas y barcos de guerra, los sueldos y gastos corrientes del Estado y la importación de toda clase de bienes suntuarios.

Los consignatarios -a la vez exportadores, prestamistas, contratistas y agentes de compra del Estado-, controlaron la economía peruana a partir de la segunda mitad del siglo XIX y condujeron al país a la quiebra. No sin razón, Jorge Basadre califica el auge guanero como "la prosperidad falaz": la multiplicación de contratos guaneros y préstamos con cargo a ventas futuras, generó una crisis retroalimentada e irreversible. En 1865, todas las reservas de guano estaban hipotecadas a los consignatarios.

## **Defraudación.**

Según la “denuncia Bogardus”, la Compañía Nacional Consignataria había cobrado una comisión del 10% a los barcos que transportaban guano, elevando el precio de venta para obtener una ganancia adicional. Cobraba por “gastos de giro” el 3% de los fondos que remitía al Estado desde Europa. Pardo como Ministro de Hacienda, había aprobado varias liquidaciones de la Consignataria, con intereses superiores en un 4.5% a los previstos en el contrato. Además, la Consignataria había subvalorado sus propias ventas en un 8%.

Bogardus denunció también que Felipe Barreda había sobrevalorado en doscientas mil libras esterlinas las corbetas “Unión” y “América” comprados durante la guerra con España.

En 1865, la Consignataria emitió bonos de la deuda externa peruana por diez millones de libras esterlinas, a un interés del 12%. Pero al vender los bonos la Consignataria aceptó como parte de pago de sus propios accionistas cuatro millones doscientas mil libras en bonos de la deuda interna, cuyo interés era del 5%. En lugar de recibir dinero fresco, el Estado había convertido su deuda interna en deuda externa, asumiendo un 7% de intereses adicionales. Sobre ese crédito ruinoso, la Consignataria cobró un 2.5% de “corretaje”.

Pardo, Director Gerente de la Consignataria, diseñó la operación en 1865 y la aprobó como Ministro de Hacienda en 1866.

### **Impunidad.**

El 20 de febrero de 1867, el Fiscal de la Corte Suprema denunció a todos los implicados ante el Juez de Instrucción de Lima: pedía el encarcelamiento preventivo de cuatro ex ministros, once representantes al Congreso, nueve empresarios extranjeros, dieciséis accionistas y cuatro gerentes de bancos.

No pudo ser.

Alegando su condición de ex Ministro, Pardo solicitó el antejuicio parlamentario y el Congreso tomó conocimiento del proceso el 23 de febrero.

La investigación judicial quedó paralizada. El Congreso - integrado mayoritariamente por amigos de Pardo- debatió durante tres años las operaciones de la Consignataria sin llegar a ninguna conclusión. En 1870, una Comisión parlamentaria encargada de investigar la "denuncia Bogardus" viajó a Inglaterra para buscar pruebas.

Pero el 15 de agosto de 1870, el Presidente de la Comisión, Joaquín Torrico, denunció los hechos ante el Juez del Crimen de Liverpool, argumentando que algunos delitos se habían cometido en Inglaterra. Fue una evidente maniobra dilatoria, que postergó el proceso durante varios años.

### **Desenlace sangriento.**

En julio de 1872, Manuel Pardo y Lavalle, candidato del Partido Civil, fue elegido Presidente de la República.

El 20 de ese mes, una fracción del Ejército comandada por los coroneles Tomás, Silvestre, Marcelino y Marceliano Gutiérrez se sublevó, declarando nulo el proceso electoral "que entrega la Jefatura del Estado a un ladrón conocido".

Pero los consignatarios acudieron al "lock-out": ochenta y dos casas de comercio cerraron sus puertas en Lima. Las labores portuarias del Callao quedaron suspendidas. Doce mil trabajadores -empleados de comercio, estibadores, transportistas y marineros- quedaron sin trabajo y se precipitaron sobre Lima, protestando contra el golpe de Estado. El Congreso, reunido en los Castillos del Real Felipe, declaró "fuera de la Ley" a los golpistas.

Tras una semana de disturbios, -durante los cuales la multitud asaltó los cuarteles y dio muerte a tres de los cuatro coroneles insurrectos- Manuel Pardo prestó juramento ante el Congreso como Presidente de la República. En la Plaza Mayor, los cadáveres mutilados, semidesnudos y achicharrados de los golpistas colgaban de las torres de la Catedral.

El 23 de septiembre de 1873, el Honorable B. H. Hills, Juez del Crimen de Liverpool, dictaba sentencia en el "caso Bogardus".

Declaraba fuera del proceso a Manuel Pardo y Lavalle "considerando que el denunciado es Presidente de la República del Perú" y señalaba que "como los inculpados no se han presentado ante esta Corte y siendo contrario al Derecho sentenciarlos en ausencia, no es posible imponer sanciones penales". El Juez Hills sentenció únicamente los componentes civiles del proceso: impuso a los consignatarios procesados la obligación -que nunca cumplieron- de devolver al Estado peruano catorce millones y medio de libras esterlinas. Ninguno de los cuarenta y cuatro implicados en la "denuncia Bogardus" llegó a ser juzgado por Tribunales peruanos.

En 1878 Manuel Pardo, -entonces Presidente del Senado- fue asesinado por el sargento Melchor Montoya. Guillermo Bogardus murió tres años después, el 15 de enero de 1881, defendiendo el Segundo Reducto de Miraflores.

## **Chile declara la guerra.**

**(Lima 5 de abril de 1879)**

José Antonio Miró Quesada se apura por Espaderos rumbo a la Plaza de Armas, donde pronto irrumpirán delegaciones universitarias, fogueados veteranos del Dos de Mayo, patrióticos ciudadanos ansiosos de expresar su respaldo al Perú, la Patria amenazada.

A los 34 años de edad, más bien delgado, de corta estatura y redacción meticulosa, Miró Quesada es -con su socio Guillermo Carrillo- co Director de «El Comercio», seguramente el periódico mejor informado de la capital. Entre los seis diarios que se disputan el mercado local, “El Comercio” destaca por su capacidad de buscar noticias desde su fundación en 1839; es el periódico de mayor circulación en Lima porque ofrece las noticias más recientes y exactas: Miró Quesada es el mejor cazador de noticias de la ciudad.

Este mediodía, -como casi todo Lima- Miró Quesada sabe que la guerra es inminente: que el Embajador Extraordinario del Perú, José Antonio de Lavalle, está virtualmente sitiado en su residencia por las turbas han apedreado la legación peruana, arrancando y quemando el Escudo Nacional. Desde el 3 de abril, las relaciones diplomáticas entre los dos países están rotas y el Consejo de Estado chileno sesiona en secreto.

Todo este conflicto, cuestión de fertilizantes: las áridas tierras europeas exigen apetecidos nitratos sudamericanos. El Perú ha vendido 40 millones de libras esterlinas en guano desde 1843, pero el salitre de Atacama y Tarapacá parece ser un recurso aún

más valioso. Capitales chilenos y británicos explotan las salitre-  
ras bolivianas de Atacama, que producen seis millones de quinta-  
les anuales. En Tarapacá, se extraen nueve millones y medio de  
quintales de salitre al año. Se trata, aproximadamente, de cuatro  
millones anuales de libras esterlinas, suma doce veces superior  
al presupuesto de la República para este difícil año 1879.

Chile ha contraído importantes deudas con varios bancos londi-  
nenses para financiar un ejército moderno y una marina potente:  
piensa pagar en salitre.

Cerca de la plaza, el periodista conversa con el General La Cotera:  
el Perú tiene unos cinco mil soldados sobre las armas, veteranos  
disciplinados, organizados en doce batallones mandados por  
buenos oficiales. Claro, el armamento no es muy moderno, los  
fusiles franceses “chassepot” son lentos, se dispone de unos 40  
cañones comprados hace 20 años, no tenemos ametralladoras.  
Hay, en cambio, 26 generales y será difícil escoger un comandan-  
te único para las tropas.

Miró Quesada expresa sus dudas. Sabe que Chile tiene unos trece  
mil soldados, artillería “Krupp” de reciente modelo prusiano y 15  
ametralladoras norteamericanas.

De todos modos, -razona el general- la guerra se va a decidir en  
el mar, la costa es muy larga, casi no hay caminos: la Marina de  
Guerra garantiza que nadie invadirá el Perú.

Esta vez, Miró Quesada prefiere guardar un silencio prudente.  
Anoche, en el Club, ha interrogado largamente a su amigo Miguel  
Grau. Puedes estar seguro que la Marina cumplirá su deber, ha  
dicho el comandante. Pero es un secreto a voces que los dos blind-  
dados peruanos “Huáscar” e “Independencia” son inferiores en  
velocidad, artillería y blindaje a los acorazados chilenos “Cochra-  
ne” y “Blanco Encalada”, fabricados en 1872, cuando ya era evi-  
dente que Chile preparaba la guerra.

Miró Quesada tiene ganas de maldecir la estupidez del difunto  
presidente Manuel Pardo. “Mis dos acorazados se llaman Bolivia



y Argentina” había dicho Pardo, que prefirió confiar en el tratado de alianza y no quiso comprar buques de guerra.

Por la mañana, una breve conversación con el influyente empresario Manuel Candamo ha confirmado las peores previsiones financieras: el gobierno gestiona en los EE.UU. la compra de diez mil fusiles, cien cañones, veinte ametralladoras y material bélico complementario. Actuará como agente de compras el financista Henry Grace. Se trata de casi cien mil libras esterlinas, pero la Caja Fiscal apenas reúne 35 mil soles plata. Se piensa solicitar al Congreso una emisión extraordinaria de dos millones de soles papel, pero, -según Candamo-, esa medida sólo servirá para deprimir aún más la cotización del billete fiscal. Nadie cambia cañones por papel moneda.

Un agente confidencial del Ministro de Relaciones Exteriores pide que Miró Quesada publique el texto íntegro del Tratado de Alianza en la próxima edición de “El Comercio”. El Gobierno no asumirá ninguna responsabilidad en la divulgación de ese documento secreto.

El Tratado dice que Perú y Bolivia establecen una alianza defensiva, se comprometen a defenderse recíprocamente de cualquier ataque de un tercero.

Hace dos semanas, el Ministerio de Relaciones Exteriores pidió a toda la prensa nacional desmentir la existencia del malhadado documento.

Cuando Chile invadió en marzo el territorio boliviano de Atacama y se apoderó de los yacimientos salitreros, el Perú envió a Santiago la Misión Lavalle, pidiendo la desocupación del territorio invadido y ofreciendo su amigable mediación entre los dos países vecinos. Pero Chile no aceptó a Lavalle como mediador y denunció la intervención peruana como un acto de perfidia.. Cuando el congresista chileno Arturo Pratt - también oficial de la Marina de Guerra- denunció en la Cámara de Diputados la existencia de una alianza secreta entre Perú y Bolivia, los diarios limeños desmintieron a Pratt y negaron la existencia del Tratado.

Hoy, el Ministerio prefiere publicar este documento que nos conduce a la guerra.

Chile ocupa ya toda la costa boliviana, el ejército chileno empieza a concentrarse en Antofagasta y, para colmo de males, el Presidente de Bolivia Hilarión Daza nos exige cumplir el Tratado, promete enviar en el acto cinco divisiones a Arica.

Las primeras delegaciones llegan ya a la plaza, se concentran frente a Palacio de Gobierno, exigen fusiles y cantan el Himno Nacional. Elegantes caballeros con el sombrero en la mano, veteranos de otras guerras, estudiantes sanmarquinos y guadalupanos, robustos obreros del puerto, exigen fusiles. ¿Cuántos volverán de las batallas?

La solitaria figura del Presidente Mariano Ignacio Prado se presenta por fin en el balcón de Palacio. Antiguo profesor de filosofía, después montonero y Dictador de la República, Prado venció a la escuadra española el 2 de mayo de 1866. Hoy, personifica al Perú en su hora más sombría. Redoblan los tambores en la plaza, los clarines entonan el "Ataque de Uchumayo", el paso de ataque favorito de la infantería peruana. ¿Cómo enfrentar bayonetas con ametralladoras? Después del silencio, se levanta la voz del Presidente confirmando la noticia: estamos en guerra.

"Se nos ha declarado la guerra cuando abogábamos por la paz - dice Prado-, porque mediábamos en favor del más débil. Hicimos cuanto era posible para preservar la paz, ahora haremos cuanto sea necesario para ganar la guerra: el Perú la acepta con orgullo. En medio de su crisis económica y fiscal, tiene recursos para alcanzar la victoria, posee la energía y la dignidad necesaria para sostener sus derechos. Han querido la guerra y guerra tendrán, pero será una guerra terrible como la magnitud del agravio recibido." Después, el Presidente se dirige a los estudiantes: "¡jóvenes; id a llevar a todos los rincones la noticia de que el Perú ha sido ultrajado, decid a todos los peruanos que deben ponerse en pie para derrotar al enemigo".

Esa tarde, en “El Comercio”, Miró Quesada enciende un cigarrillo para definir los titulares de la segunda edición, que la rotativa reproducirá en 15,000 ejemplares dentro de un par de horas. El general Juan Buendía es nombrado Jefe del Ejército. La División Bustamante sale al sur esta misma noche. Se pedirán al Congreso recursos adicionales para sostener la guerra. Se ha nombrado Jefe de la Escuadra de Operaciones al Comandante Miguel Grau. Hoy se presentaron novecientos voluntarios para el Ejército. La División Cáceres debe bajar a pie desde el Cusco hasta Arica en quince días.

Escuchó desfilar a los estudiantes, adivinó el entusiasmo con que los demás diarios anunciarán mañana una inminente victoria. Experimentado periodista, Miró Quesada sabe que no sólo es necesario decir la verdad, a veces es preciso presentarla de modo conveniente. “El Comercio” no alentará mañana ninguna ilusión funesta. Cogió un afilado lápiz negro y escribió con su fina letra de calígrafo el gran titular de primera página: “El Perú va a la Guerra en defensa del Derecho”.

## **La tragedia de Angamos.**

**(8 de octubre de 1879)**

El comandante Grau ordenó entrar al espolón exactamente a las 9:20, cuando comprendió que no había retirada posible: por el norte, el Blanco Encalada, la Covadonga y el Matías Cousiño se acercaban amenazantes. Por el sur, el Cochrane, la O' Higgins y el Loa se preparaban ya a abrir el fuego. Acorralado entre seis buques enemigos, la costa desértica y la pedregosa península de Punta Angamos, Grau ordenó a la Unión emprender la retirada, para salvar al menos un buque peruano, y se dispuso a vender cara su vida y las de sus doscientos hombres. Atacaría al Cochrane, el más poderoso de sus enemigos, convertiría su buque en un enorme ariete de acero y se iría al fondo del mar, llevándose el mejor acorazado de la armada chilena.

Desde el Blanco Encalada, el corresponsal del "Mercurio" de Valparaíso contempló incrédulo como el Huáscar ponía proa al sur y se precipitaba a toda máquina contra el blindado chileno. Entonces tomó su libreta, describió la maniobra y agregó: "fue aquel un hermoso movimiento que manifestaba la destreza y el arrojo del Comandante Grau".

Los dos barcos avanzaban sin disparar, pero a quinientos metros de distancia, el Cochrane giró bruscamente, evitando el choque y abriendo fuego con sus seis cañones de 250 libras. También el Huáscar disparó a corta distancia y durante un momento las dos naves parecieron difuminarse en una interminable bruma azul.

A las 9:32 el teniente segundo Pedro Gárezon asomó al interior de la torre de mando del Huáscar, convertida en un lago de san-

gre: una granada chilena, perforando el blindaje, había explosionado en el recinto. Gárezon dio parte al segundo comandante, Elías Aguirre: “el Almirante ha muerto”. Sin decir palabra, Aguirre tomó el mando y ni siquiera necesitó consultar a sus hombres. Aquí morirán todos.

### **Grau.**

“Sólo soy un pobre marino que trata de cumplir con su deber” solía responder invariablemente Grau a los elogios y homenajes que recibía. Era robusto, de corta estatura y cerrada barba negra. Su carrera naval había empezado a los ocho años. Primero grumete, marinero mercante, después oficial aventurero, Grau había recorrido el Mar de la China transportando “coolíes”, el Pacífico, conduciendo guano y el Atlántico, piloteando los orgullosos “tunna clippers” de su Majestad, la Reina Victoria. Sobreviviente de dos naufragios, había delgado pistola en mano un motín de marinos rebeldes. Se enorgullecía de mantener un excelente estado físico y todas las mañanas, antes de desayunar, daba una vuelta a nado alrededor de su buque. Reclutado por Castilla como oficial de la naciente Marina de Guerra del Perú, comandaba el Huáscar desde 1866.

Ese marino autoritario, era feliz esposo y padre ejemplar de ocho hijos. Cuando oficiales y marinos “bajaban a puerto” para disipar en turbias noches de vino y rosas las angustias del mar, Grau permanecía invariablemente a bordo, leyendo un libro. Era católico devoto y bajo la polaca llevaba siempre una imagen de Santa Rosa. Elegido diputado al congreso de la República, Grau había renunciado a su curul cuando empezó la guerra para tomar el mando del Huáscar y de la escuadra de operaciones.

Victorioso en Iquique, Grau salvó a los náufragos del enemigo y devolvió la espada y las joyas del derrotado capitán enemigo Arturo Pratt a su viuda. Cuando sus amigos del Partido Civil le ofrecieron un banquete en el Club Nacional para celebrar el combate de Iquique, Grau agradeció el homenaje con frase digna de un espartano: “sólo puedo ofrecerles que si el Huáscar no re-

gresa victorioso al Callao, yo tampoco he de volver”, dijo. Cumplió su palabra.

### **El Huáscar.**

Construido en 1865 en los astilleros británicos de Liverpool, el Huáscar era un blindado relativamente débil: dos cañones pequeños y una coraza de cinco pulgadas constituían su armamento principal. Los dos acorazados chilenos tenían, cada uno, seis cañones modernos y estaban protegidos por corazas de nueve pulgadas.

La única ventaja relativa del Huáscar era su velocidad: doce millas por hora frente a diez u once de los pesados barcos de Chile. Grau explotó a fondo la velocidad de su barco y condujo durante seis meses una campaña naval audaz y afortunada, con el propósito de ganar tiempo y evitar la invasión de Tarapacá, objetivo de la guerra.

13,000 soldados chilenos se aburrían en Antofagasta, porque Grau, rápido y temerario, propinaba al enemigo sorpresivos golpes de mano, aprovechando la velocidad de su blindado para rehuir el combate con fuerzas superiores.

Entre mayo y octubre, Grau hundió en Iquique a la Esmeralda, incendió o hundió siete buques chilenos destinados al transporte de tropas, cañoneó Antofagasta, Taltal, Caldera, Charañal y Coquimbo poniendo en jaque a la flota de Chile e inmovilizando al ejército invasor.

Cuando Grau capturó el 23 de julio el transporte Rímac que llevaba 230 soldados de caballería con armas y ganado, se levantó en Chile una ola de indignación y protesta contra la incompetencia del comando naval. El jefe de la Armada, Juan Williams Rebolledo fue destituido y el nuevo comandante, Galvarino Riveros, recibió una única misión: capturar el Huáscar. Con ocho buques de alto poder, era cuestión de tiempo y de paciencia: el ocho de octubre, mientras Grau se dirigía al norte para tomar carbón y municiones, se halló acorralado en Punta Angamos por casi toda la flota chilena. Pero Grau no se rindió.

## **La hora final.**

Una vez muerto Grau, una extraña embriaguez pareció apoderarse de los hombres del Huáscar: el pequeño buque peruano empezó a trazar círculos cada vez más estrechos en las azules aguas de Angamos, disparando contra sus numerosos enemigos. Los soldados de infantería de marina mandados por el capitán Arellano abandonaron la protección del blindaje y salieron a la plataforma para disparar a pecho descubierto. Nadie pensó en reparar las averías, todos -cuenta Elías Bonnemaison- “se dedicaron a disparar contra el enemigo con lo que tenían a la mano, como si procurasen hacer el mayor daño posible antes de irse a pique”.

El Huáscar era ya, a las diez de la mañana, buque perdido: uno de sus cañones estaba desmontado, el timón de cremallera había sido despedazado, el blindaje tenía cinco perforaciones, varios incendios estallaban bajo cubierta, la tercera parte de la tripulación estaba fuera de combate. Cuando una ráfaga de ametralladora del Cochrane derribó la bandera nacional izada en el palo mayor y pareció por un momento que el buque se rendía, el oficial Enrique Palacios cogió otra bandera entre los dientes, trepó las cofas en medio de una lluvia de balas y aseguró la bandera al tope nuevamente. Al regresar a tierra, Palacios recibió siete heridas de bala.

A las 9:52 murió Elías Aguirre, con la cabeza destrozada por una explosión. El nuevo comandante, Melitón Rodríguez, dio una sola orden: “fuego a todo trance”. Tomó el control del buque y con un supremo esfuerzo intentó de nuevo estrellarse contra el flanco del Cochrane, repitiendo la maniobra ensayada por Grau al empezar el combate.

Quince minutos después, una ráfaga de ametralladora cosió literalmente a balazos al oficial: por tercera vez consecutiva, el Huáscar quedaba sin comando.

A las 10:15, una bala del Blanco Encalada atravesó el blindaje, y prendió fuego a la sala de máquinas. Una caldera estalló, precipitando un torrente de agua hirviendo en los camarotes de popa,

donde el cirujano Santiago Távara se esforzaba por atender a 96 heridos. A las diez y treinta el Huáscar había recibido ya el impacto de 103 cañonazos cuando la explosión de una granada se llevó al comandante Rodríguez. Entonces Pedro Garezon, tomó el mando. Sin municiones, las ametralladoras del Huáscar dejaban de disparar. Todos los cañones estaban fuera de servicio. La pequeña guarnición de infantería de marina estaba ya casi exterminada y, desde el Cochrane, tres lanchas de asalto cargadas de tropa se dirigían al Huáscar para tomarlo al abordaje.

Sin municiones para rechazar éste ataque, Garezon no dudó: bajó a la sala de máquinas y ordenó abrir las válvulas para echar el barco a pique. El teniente Santillana tomó la bandera, envolvió con ella una bala de cañón y la echó al fondo del mar: el Huáscar no se rinde. A las 10:55 pararon la máquina para empezar la evacuación de los heridos: el barco se hundía.

Los marinos chilenos que escalaron el barco por el costado de babor y arriesgando la vida llegaron a la sala de máquinas para cerrar las válvulas, comprobaron que el Huáscar estaba inundado en sus tres cuartas partes. La mitad de la tripulación había muerto y casi todos los demás se hallaban heridos. A las 11:10 un victorioso clamor saludó a la bandera de Chile, por fin izada sobre la humeante chatarra en que se había convertido el mejor buque de guerra del Perú.

El camino a Tarapacá y sus valiosos yacimientos de salitre quedaba abierto.



## **Revista en el desierto.**

**(Tarapacá, 5 de diciembre de 1879)**

A lo largo de la línea del ferrocarril que comunica Pisagua con Agua Santa, el batallón “Zepita” desfila por compañías ante el coronel Cáceres, comandante de la 2º División. Los oficiales saludan con la espada y los sargentos de semana marcan el compás imperativo del paso redoblado: “¡un, dos, un, dos!”.

El horizonte desértico termina en la aguada de Dolores, capturada ayer por los invasores.

La 2º División es la vanguardia de infantería del Ejército del Sur. Antes de la batalla, el coronel ha querido pasar revista a sus dos batallones: “Zepita” y “Dos de Mayo”

Un escuadrón peruano de caballería mandado por el coronel Ventura Sepúlveda ha sido sorprendido ayer por los chilenos en la remota estación salitrera de Germania. Noventa contra cuatrocientos, todos los “Húsares de Junín” han sido acuchillados. El Ejército del Sur ya no tiene vanguardia de caballería. La 2º división está por el momento sola, frente al enemigo.

Inmóvil sobre el caballo, rodeado de un corto Estado Mayor, el coronel Cáceres examina minuciosamente el uniforme, las armas y el porte de los 35 oficiales y 606 individuos de tropa que componen el batallón: “¡un, dos, un, dos!”.

### **Tarapacá**

Para Chile, Tarapacá es el objetivo de la guerra.

Este desierto de mil ochocientas leguas cuadradas alberga casi doscientos mil habitantes.

En Tarapacá están los puertos de Patillos, Iquique y Pisagua, completamente equipados para la explotación del salitre. El Perú ha tendido en Tarapacá 200 millas de líneas telegráficas y ferrocarrileras, valorizadas en cuatro millones de libras.

En el departamento hay unos cuarenta yacimientos salitreros valorizados en veintiocho millones de libras esterlinas. Sus playas, penínsulas y caletas contienen otros doce millones de esterlinas en guano. En el desierto hay bórax y en la cordillera minas de plata.

### **La invasión.**

El dos de noviembre, Chile ha empezado a invadir el codiciado departamento de Tarapacá. La flota enemiga bombardeó durante seis horas la caleta de Pisagua, cuyos defensores resistieron el fuego hasta quedar casi exterminados. A media tarde, la infantería chilena desembarcó desde veinte lanchas armadas con ametralladoras.

Ubicada entre Arica, base de operaciones del Presidente Mariano Ignacio Prado, e Iquique, cuartel general del Ejército del Sur, Pisagua ha sido tomada y Chile empieza ya a desembarcar dieciséis mil soldados, varios escuadrones de caballería y treinta y seis cañones "Krupp" de reciente modelo prusiano.

Separando al Ejército de Sur de los refuerzos que empiezan a concentrarse en Arica, el desembarco chileno ha dividido en dos partes el dispositivo militar de la alianza.

### **Estrategia.**

El Perú ha concentrado en Tarapacá unos seis mil veteranos al mando del general Juan Buendía. Y, además, unos tres mil aliados bolivianos, mal instruidos y poco disciplinados. En total, unos nueve mil hombres con dieciséis cañones anticuados.

En el desierto existen depósitos secretos de alimentos, ropa y municiones estratégicamente distribuidos para facilitar el abastecimiento y la marcha de las tropas. Para eso había muerto Grau: para dar tiempo a que los escasos recursos militares de la Alianza se concentren en Tarapacá y detengan la invasión a sangre y fuego.

En los próximos días el Ejército del Sur marchará en busca de los chilenos concentrados entre Pisagua y San Francisco. Al mismo tiempo, un ejército boliviano se desplazará de Arica a Pisagua para atrapar “en tenaza” al enemigo. El Presidente Mariano Ignacio Prado ha decidido pasar a la ofensiva: nada peor que esperar al enemigo, no conviene dar tiempo a que Chile concentre en Pisagua nuevos hombres y elementos de guerra.

Si Chile pierde la primera batalla, si se le toman dos o tres mil prisioneros, si se captura una parte de la poderosa artillería enemiga, se habrá paralizado la invasión y el gobierno tendrá tiempo y crédito para comprar buques y armamento.

Prado piensa que la guerra todavía se puede ganar

### **El "Tuerto" Cáceres.**

A los 42 años, Andrés A. Cáceres Dorregaray es el mejor soldado del Perú. Nacido en Ayacucho, el joven Cáceres inició su carrera militar a las órdenes del mariscal Ramón Castilla, fundador del Estado Peruano.

En una remota guerra civil, Castilla advirtió que un oficial desmayado y cubierto de sangre seguía vivo, pese al balazo que le atravesaba la sien. “La Patria lo guarda para algo importante” dijo el Mariscal y ordenó prodigar los mejores cuidados al joven Cáceres. Después lo envió a Europa, para estudiar en la Escuela Militar de Saint Cyr y lo comisionó para adiestrarse sirviendo en el ejército prusiano.

A diferencia de otros oficiales peruanos, Cáceres es un profesional de la guerra.

Frío, inflexible, enérgico y disciplinado, rige su vida militar por la más estricta ordenanza. Come aparte de su tropa y oficiales, pero no acepta otro alimento que el rancho de mote y charqui de sus subalternos. Es excelente tirador de revólver y fusil, buen jinete, diestro esgrimidor con espada, sable y bayoneta. Puede soportar más sed y más cansancio que cualquiera de sus hombres. En campaña duerme en el suelo, con una montura por almohada. Un buen caballo es su único lujo y su equipaje consiste en dos mudas de ropa, algunos útiles de aseo y un paquete de cartuchos de revólver.

### **El “Zepita”.**

El recio batallón que desfila ante los ojos escrutadores de Cáceres, es el predilecto del coronel que lo comanda desde 1872, y ha dirigido personalmente la instrucción de sus reclutas cuzqueños. Para entrenarlo en las más duras condiciones y forjar una disciplina de hierro, Cáceres se llevó al “Zepita” a explorar la selva de Chanchamayo. Al empezar la guerra, el “Zepita” marchó a pie desde el Cuzco hasta Arica sin perder un hombre. Entre los oficiales están el subteniente Juan Cáceres, hermano del coronel, y los estudiantes Torres Paz, Bedoya y Lecca. Ellos velan por el Estandarte que el Convictorio de San Carlos ha confiado al “Zepita” para que lo conduzca a la batalla: jamás será rendido.

El “Zepita Nº 2”, como toda la infantería del Ejército Peruano acantonada en Tarapacá, viste uniforme de loneta blanca y calza ojotas de cuero en lugar de los zapatos hace tiempo destrozados. Cáceres conoce por su nombre a todos los cabos y sargentos del batallón; mantiene una relación de disciplina y cordialidad con los oficiales. En Arica, ha gastado 276 soles de su propio peculio en confeccionar argelinas de tela blanca para proteger del sol del desierto a los soldados de su división.

Los “zepitas” están armados con largos fusiles “Castañón”, menos rápidos que los “comblain” de repetición que posee Chile: tienen un alcance eficaz de trescientos metros y disponen de una larga bayoneta de acero. Requisito indispensable a criterio del coronel, cada soldado conoce perfectamente su fusil, puede limpiarlo y

desarmarlo sin errores y ha efectuado treinta disparos de práctica en los últimos tres meses. Los hombres del “Zepita” tienen una cantimplora de latón, una cartuchera de cuero para 120 cartuchos y una manta de lana cuzqueña. Pasan rancho tres veces diarias. En los días de marcha o de combate, los sargentos distribuyen a la tropa generosas raciones de coca, que el coronel ha comprado en Sicuani...”¡un, dos, un, dos!”.

Después de la revista, Cáceres conversa con sus oficiales. El “Zepita” -dice- es el mejor cuerpo de tropa de que dispone el Perú en su hora más difícil. Cumplirá su deber.

## **Victoria en la quebrada**

**(27 de noviembre de 1879)**

El toque de diana inaugura la jornada. Estamos en Tarapacá. El Coronel Cáceres recuerda que aquí nació Ramón Castilla. Piensa que si el viejo estuviera vivo, no tendríamos que afrontar la vergüenza de esta invasión. Derrotado ocho días antes en San Francisco, reducido a unos tres mil hombres sin cañones ni caballería, el ejército peruano se ha concentrado en esta quebrada antes de emprender una larga retirada en busca del puerto de Arica.

### **Acorralados.**

La quebrada empieza en el macizo andino y termina en el desierto del Tamarugal; angosta en la mayor parte de su recorrido, caudalosa en el invierno, casi seca en el verano, irriga la pequeña población de Tarapacá, a 1380 metros sobre el nivel del mar. La localidad tiene unos 1200 habitantes y está rodeada de cortijos y alfalfares, algunas hortalizas y pocos, muy pocos frutales. La población se halla al fondo del barranco, dominada por el cerro Tarapacá, de unos novecientos metros.

En la madrugada del 27 de noviembre, una fuerte división chilena alcanzaba Tarapacá después de una silenciosa marcha nocturna y se fraccionaba en tres columnas con el objeto de cerrar los accesos de la quebrada para cercar y destruir al Ejército del Sur. No esperaban mayor resistencia: se proponían tomar prisioneros a todos los peruanos.

## **La carga del “Zepita”.**

El coronel Cáceres tomó la ofensiva apenas se enteró -por el informe casual de tres arrieros- que el enemigo avanzaba en silencio por la quebrada y el cerro.

Comprendió que era necesario tomar el cerro Tarapacá. Si los chilenos llegan antes, si apoyan sus rifles en el borde del barranco, si los fusilan de arriba abajo, si terminan de acorralarlos por el cerro y la quebrada, tendrán que rendirse o serán exterminados hasta el último hombre.

Sin esperar órdenes, puso su división sobre las armas: el “Zepita” adelante, detrás el “Dos de Mayo”.

¡Paso al trote! Bayoneta calada y bala en boca los soldados, espada y revólver en mano los oficiales, sin disparar un tiro ni levantar las notas de un clarín, los hombres del “Zepita” escalan el cerro Tarapacá. Las duras ojotas de cuero pisan con seguridad este terreno escarpado, tan familiar a los cuzqueños. Frío e impasible como en una parada, el coronel Cáceres anima el vigoroso trotar de sus soldados.

Los “zepitas” llegaban a la mitad de la cuesta cuando las cornetas chilenas tocaron ataque: “viva Chile, mierda”, grita el enemigo atrincherado en la cresta. Cuatrocientos balazos trizaron al batallón. Cáceres contesta con voz más alta que los cañones: “¡viva el Perú, carajo!”. Todo el “Zepita” grita “viva el Perú” y se precipita contra los chilenos.

A doscientos metros, los peruanos apuntan con calma y abren un fuego preciso y acompasado, a la voz de mando de sus oficiales. Los chilenos retroceden. Pronto un jubiloso griterío anuncia que ya los “zepitas” clavan sus bayonetas en los artilleros enemigos.

Cuando ven a los chilenos emprender una acelerada fuga cuesta arriba, cuando comprenden que han empezado a ganar la batalla, cuando los cuatro cañones enemigos se hallan ya en su poder, los “zepitas” no saben que la mitad del batallón ha caído en esta increíble carga a la bayoneta cuesta arriba que, a las nueve y cua-

renta y cinco de la mañana, ha tomado el cerro Tarapacá y roto las líneas enemigas.

### **En la quebrada.**

A las nueve, el poderoso regimiento chileno “2º de línea” avanza quebrada arriba para tomar el poblado de Tarapacá. Doscientos artilleros sin cañones intentan detener a los chilenos con el fuego de sus carabinas.

Frágil anciano de cabellos blancos y corta estatura, el coronel Francisco Bolognesi cede terreno sin dejar de combatir. Estaciona en las alturas otros doscientos hombres que disparan de costado contra el regimiento chileno que poco a poco va entrando en una trampa cuidadosamente meditada.

A las once, el 2º de Línea alcanza el poblado de Tarapacá y se dirige a la plaza del lugar. Ahí lo espera Bolognesi con su mejor batallón, el “Arequipa”. Toma la ofensiva, gana las alturas, abalea al enemigo por el flanco izquierdo y, cuando el regimiento chileno empieza a retroceder, lo ataca a la bayoneta

El soldado Mariano Santos avanza paso al trote: delante, sólo la afilada bayoneta de su viejo fusil. Dispara, se lanza a fondo, atraviesa el pecho del abanderado chileno que intenta defender el estandarte del 2º de Línea: “Viva el Perú, ya es nuestro”. Cuando Mariano Santos levanta el estandarte chileno capturado, un victorioso aullido se escucha en la quebrada.

### **En el cerro.**

A las doce, Cáceres está a punto de ser derrotado: los vencidos vuelven a la carga, reforzados por mil doscientos chilenos de infantería, dos nuevos cañones y ciento veinte granaderos a caballo que arremeten sable en mano para acuchillar a lo que queda de la 2º división.

Retroceder, imposible: serían arrinconados entre el enemigo y la quebrada. Si nada más se detienen, si dan la menor muestra de desaliento, todo está perdido. A menos de cincuenta metros, pe-



ruanos y chilenos se fusilan sin ceder un palmo: si nadie se rinde, si ninguno retrocede, aquí morirán todos.

Cáceres toma un fusil con bayoneta calada y grita: “seguirme”. Solitaria y altiva figura, el coronel avanza seguido de mil quinientos peruanos que se precipitan contra el enemigo gritando vociferando: “Viva el Perú”.

Cáceres pelea como el mejor soldado de infantería, dispara, hiere y corta, ve caer los hombres alrededor suyo. Sus soldados no sienten el incalculable agotamiento de la jornada. A las tres de la tarde, los chilenos empiezan a ceder terreno.

### **La victoria.**

¡Sálvese quien pueda! A las cuatro, los chilenos corren; han perdido ocho cañones, casi dos mil fusiles, toda su impedimenta. A las seis, Cáceres contempla sus diezmados batallones. Ha perdido la mitad de su gente, pero los sobrevivientes levantan la cabeza y miran a su coronel como diciendo: “hemos cumplido”. Cada soldado lleva a la espalda dos y hasta tres fusiles capturados al enemigo.

Pero la campaña del Sur se ha perdido y también el departamento de Tarapacá con sus ricos yacimientos de salitre.

Cuando termina la jornada, cuando la tropa arma pabellones para dormir, cuando el clarín del “Zepita” disemina en la noche las notas melancólicas del toque de silencio, el coronel Cáceres busca la soledad de una chacra vecina para permitirse el desusado lujo de una lágrima.

## **El último cartucho.**

**(Arica, 7 de junio de 1880)**

Sobre una humilde mesa de madera, a la luz esquiiva de un lamparín de kerosén, Francisco Bolognesi, jefe de la plaza militar de Arica, escribía una carta a su esposa:

*“Esta será, seguramente una de las ultimas noticias que te lleguen de mi. Los días y las horas pasan como golpes de campana trágica que se esparcen sobre este peñasco engrandecido por un puñado de patriotas que tiene su plazo contado y su decisión de pelear sin desmayo en el combate para no defraudar al Perú.*

*¿Qué será de ti, amada esposa? Tú, que me acompañaste con amor y santidad. ¿Qué será de nuestros hijos que ya no podré ver en el hogar común? Dios va a decidir este drama en que los políticos que se fugaron y los que asaltaron el Poder tienen la misma responsabilidad. Unos y otros han dictado, con su incapacidad, la sentencia que nos aplicará el enemigo. No pidas nada para ti ni para mis hijos, para que no se crea que mi deber tuvo un precio”.*

Después firmó la carta, se abrochó la polaca, entregó el sobre cerrado al subprefecto de Arica, colgó del cinturón sable y revólver y se dirigió a su puesto de mando, en las baterías del Morro, para escribir con sangre la página más bella de la historia del Perú.

## **Un veterano.**

Bolognesi tenía 64 años, cabellos blancos, corta estatura y la tez sonrosada propia de un hombre que nunca conoció el insomnio de los remordimientos. Había terminado su carrera militar sin

que el lodo de la corrupción ni la sangre del asesinato llegaran a manchar su gastado uniforme de coronel. Disfrutaba de un honroso retiro cuando la Guerra del Salitre se abatió inesperadamente sobre el Perú, la dispendiosa República sudamericana que había derrochado cuarenta millones de libras esterlinas en ferrocarriles, fiestas y exposiciones.

Desmovilizado el Ejército, casi desarmado el Perú, Bolognesi se presentó con su viejo uniforme en el cuartel de Santa Catalina a las tres de la tarde del cinco de abril y no pidió, exigió un puesto en la primera línea.

Como Comandante de la 3ª División, Bolognesi combatió en la dura campaña del Sur. Dos protagonistas destacan en la batalla de Tarapacá, única victoria peruana: el joven Cáceres y el viejo Bolognesi. Mientras Cáceres conducía en una interminable carga cuesta arriba a sus soldados procedentes del Cuzco y Puno, Bolognesi, resistía en la quebrada con dos batallones de ayacuchanos y arequipeños al famoso regimiento chileno 2º de Línea. Cuando Cáceres, después de perder casi la mitad de su gente, tomó a la bayoneta el cerro Tarapacá y empezó a cortar la retirada de los chilenos, el viejo pasó también al ataque, acuchilló al enemigo, incendió las trincheras del 2º de Línea y le tomó prisioneros, banderas y artillería.

### **La derrota.**

La guerra, técnicamente hablando, estaba perdida.

Muerto Grau, el Perú no tenía ya una marina de guerra. El Presidente boliviano Hilarión Daza había desertado frente al enemigo. Los principales bancos de Lima se habían declarado en quiebra; previamente, -como se demostró más adelante- los accionistas habían exportado a Inglaterra y los Estados Unidos ingentes capitales en moneda y plata sellada. Cinco Ministros de Economía fracasaron sucesivamente en la imposible tarea de ordenar las finanzas del Estado.

Para colmo, la discordia civil, -vieja calamidad nacional- se había hecho también presente: pradistas y pierolistas no tardaron en

disputarse a balazos el dudoso privilegio de gobernar la República. A fines de diciembre de 1879, mientras el Presidente Mariano Ignacio Prado viajaba al extranjero con el declarado propósito de comprar armas, una guerra civil de tres días entregaba la presidencia a su peor enemigo, Nicolás de Piérola. El rico departamento de Tarapacá, objetivo militar y económico de la guerra, estaba ocupado por Chile, que en tres batallas sucesivas había destruido al ejército del Perú. Un consorcio de tenedores de bonos y acreedores del Perú organizado en Londres negociaba ya con Chile, nuevo posesionario de los yacimientos

### **La respuesta de Bolognesi.**

En tales condiciones, el cinco de junio de 1880 Francisco Bolognesi recibió al parlamentario Juan de la Cruz Salvo, un oficial del ejército chileno que, hablando en nombre de los seis mil quinientos hombres y sesenta cañones que rodeaban la plaza, pedía la capitulación y ofrecía la vida.

El oficial chileno explicó la absoluta, abrumadora superioridad en hombres y materiales de sus fuerzas. El general Baquedano, como una deferencia ante la enérgica actitud de la plaza, ofrecía una capitulación honrosa. Ni siquiera serían hechos prisioneros. Si los peruanos capitulaban, -dijo- podían ser todavía útiles a su país, retirarse a Puno o Arequipa con armas y bagajes.

La respuesta de Bolognesi ha entrado para siempre en la historia: “tengo deberes sagrados que cumplir y los cumpliré hasta quemar el último cartucho”. Consultó después a sus oficiales. Moore, el marino que había perdido la “Independencia”, Inclán, veterano oficial de carrera que hacía de la disciplina una religión, Ugarte, el millonario tarapaqueño convertido en coronel improvisado, todos compartieron la decisión heroica de su jefe: Arica sería defendida contra toda esperanza.

Bolognesi cumplió su palabra, al precio de la vida.

No lo hizo solo. Con él murieron, mártires voluntarios del amor a la Patria y la disciplina militar, casi todos los oficiales y las cuatro quintas partes de la tropa que defendió Arica.

## **La epopeya de Arica.**

El puerto de Arica estaba precariamente fortificado por hileras concéntricas de sacos de arena que rodeaban el Morro, último reducto. Pesados cañones instalados al principio de la guerra apuntaban al mar y protegían al puerto contra cualquier agresión de la flota chilena. Pero la ciudad no estaba adecuadamente fortificada para un ataque por tierra: la escasa guarnición tuvo defenderse casi a pecho descubierto.

La batalla de Arica duró casi tres horas y fue una defensa encarnizada, tenaz, sangrienta: los defensores retrocedían palmo a palmo, dejaban una posición para reagruparse en otra, se iban concentrando cada vez más débiles, cada vez menos numerosos, en la cumbre del Morro, donde se escenificó el último episodio.

Caídos casi todos los jefes, el viejo Coronel peleó como un joven soldado y murió con las armas en la mano en el minuto final de la batalla. Tal es la imagen del héroe que ha rescatado para la historia el cuadro de Lepiani. Así lo recordamos: un anciano herido, rodeado de enemigos, que en el último instante de la vida encuentra todavía las fuerzas necesarias para erguirse sobre el suelo empapado en sangre y disparar, cumpliendo su palabra, el último cartucho.

## **El contenido moral.**

La epopeya de Bolognesi y sus compañeros es acaso el más alto timbre de gloria que registra la historia del Perú: su contenido moral rebasa todas las limitaciones pragmáticas.

En el abismo sombrío de la derrota, la actitud de los héroes de Arica se levanta como una estela de luz brillante y pura; esos hombres decidieron inmolarsse para que, por encima del dolor y la vergüenza, el Perú pudiera un día volver a levantarse como Nación. Querían que su sacrificio sirviera para levantar el espíritu de los peruanos del futuro por encima de la invasión, la mutilación nacional y la derrota. Como ya lo adelantaba el general Montero en sus instrucciones escritas al jefe de la plaza: “la de-

fensa, como estertor de la muerte, conmovió hasta las últimas fibras del corazón de la Patria”.

Lo consiguieron.

Si el Perú no se balcanizó después de la derrota del Pacífico, si la nuestra siguió siendo una Nación por encima de la crisis política, económica y moral que trajo consigo la invasión chilena, fue porque ningún peruano se hubiera atrevido jamás a renegar de la bandera por la que había muerto Bolognesi.

Desde entonces, y a lo largo de las generaciones posteriores, los jóvenes del Perú nunca debimos inclinar la cabeza al estudiar la historia infausta de la Guerra del Pacífico. Para ellos -para nosotros- esa derrota nunca estuvo desprovista de gloria y de consuelo, porque nos dejó a todos el derecho a reconocernos como compatriotas y herederos de Francisco Bolognesi.

Han pasado los años, tal vez las heridas de la guerra han cicatrizado. Tal vez no.

Pero cuando cae la noche sobre el Peñón de Arica, cuando la neblina acaricia las viejas y derruidas fortificaciones, cuando un peruano se acerca a ese lugar que el sacrificio ha santificado, es posible todavía adivinar el fantasma del viejo coronel, erguido y desafiante, aferrado al enorme Pabellón que no quiso rendir y en cuya defensa dio la vida.

## **El secreto de Miguel Iglesias.**

**(Cajamarca, 1883)**

Tal vez Miguel Iglesias firmó la paz con Chile porque le pareció la mejor manera de derrotar a José Mercedes Puga: eran enemigos irreconciliables. Los dos terratenientes, los dos coroneles, los dos protagonistas habituales de las más acerbadas contiendas del poder local cajamarquino.

Cajamarca había enviado al lejano Sur hombres y recursos; los hacendados proporcionaron peones para la leva, los clérigos aceptaron contribuir con alhajas y privarse de ingresos parroquiales. Las tropas cajamarquinas que condujo Miguel Iglesias hasta Lima pelearon con valor y el propio Iglesias vio morir en el Morro Solar a uno de sus hijos, sin derramar una lágrima; esa tarde sangrienta, Iglesias se enfrentó a casi todo el ejército chileno en el Morro Solar y sólo se entregó prisionero cuando no le quedaban municiones. Liberado bajo palabra, se retiró a su hacienda Udima, donde tenía trece mil cabezas de ganado.

### **Dos caudillos.**

La guerra del Pacífico llegó a Cajamarca en 1882, cuando un capitán chileno apellidado Dell'Orto condujo hasta la ciudad unos veinticinco soldados del batallón Concepción, impuso los habituales cupos y se retiró después de recibir algunas pedradas de las mujeres del barrio de San José.

Los historiadores se muestran reticentes ante la enigmática y sombría figura de Miguel Iglesias; los más tolerantes elogian su determinación de salvar al Perú, su silenciosa inmolación políti-

ca. 27 años Obispo de Cajamarca, prelado de voz autoritaria y figura ascética, José Dammert Bellido se muestra severo con Iglesias: señala que en cuanto aceptó el cargo de Jefe Superior del Norte emitió una proclama admitiendo la necesidad de firmar la paz.

Si viejo rival, José Mercedes Puga contestó de manera despectiva: "si no le es posible continuar la guerra -le escribió -, sírvase Ud. poner a mi disposición la fuerza existente, que pertenece a la Patria y que tan inmensos sacrificios ha costado reunir".

La guerra entre Puga e Iglesias fue una verdadera guerra feudal, donde se dieron batallas encarnizadas, se incendiaron haciendas y caseríos y se cometieron todos los actos de violencia y saqueo imaginables. No terminó hasta 1885, cuando Puga murió con las botas puestas, combatiendo en Huamachuco a los soldados de su eterno enemigo, Iglesias.

Mientras Iglesias negociaba la paz con Chile y hacía la guerra a Puga, los cajamarquinos habían reaccionado con indignación ante la asonada chilena de Dall Orto; organizaron cuerpos de voluntarios y hasta los colegiales del San Ramón hicieron recortar los largos fusiles Chassepot para adaptarlos a su corta estatura y participar en el combate; pero fueron en realidad los expertos macheteros chotanos quienes, llegando casi al final de una batalla que ya parecía perdida, ganaron la victoria de San Pablo.

Después, Iglesias reabrió las negociaciones de paz: acaso esperaba evitar la contraofensiva de los chilenos; cuando éstos vinieron ordenó una nueva retirada y dejó la ciudad inerme ante el ejército invasor ansioso de venganza.

### **Represalias.**

Las represalias del comandante chileno Carvallo Orrego después de la batalla de San Pablo merecen ser citadas como prototipo del proceso de saqueo y rapiña que padeció Cajamarca durante la Guerra del Pacífico. Carvallo se comportó en Cajamarca como cualquier oficial iglesista en las haciendas de Puga, incendió Chota con los mismos métodos que usaban los soldados de Puga para



reducir a cenizas las casas-hacienda de Iglesias. Impuso cupos, incendió templos, se apoderó de las joyas eclesiásticas, raptó mujeres, fusiló convalecientes, se apropió de rebaños enteros y mandó quemar los trigales que no tuvo tiempo de cosechar.

Impasible ante la sanguinaria incursión chilena, sordo al reclamo nacional que exigía la guerra a todo trance, ajeno a consideraciones estratégicas que aconsejaban aprovechar el terreno de la sierra para resistir la invasión, Iglesias proseguía por medio de su cuñado Castro Zaldívar las negociaciones secretas con el almirante chileno Patricio Lynch, en busca de un Tratado de Paz que Chile consideraba indispensable.

La guerra estaba liquidando la economía chilena y el salitre de Tarapacá no podía ser vendido si no se firmaba la paz. No podía haber paz mientras Cáceres siguiera armado en la sierra. La sierra es el corazón geopolítico del Perú, y Cáceres la defendía brillantemente, aprovechaba el terreno, reclutaba soldados andinos, se alimentaba de mote y charqui, atacaba por sorpresa los destacamentos aislados del ejército de Chile, quitándoles armas y municiones.

Los irritados chilenos le decían “el Brujo de los Andes”.

Pero Iglesias pidió la paz.

Ministro de Guerra provisto de plenos poderes, Patricio Lynch decidió finalmente conceder un empréstito confidencial al único peruano dispuesto a firmar la paz cediendo a Chile la tierra, el guano y el salitre de Tarapacá.

### **El “Grito de Montán”.**

El enojoso asunto se resolvió rápida y discretamente, en armonía con las mejores tradiciones del Intelligence Service donde había servido el irlandés Lynch antes de volverse chileno: la batalla de San Pablo el 13 de Julio, el saqueo de Cajamarca el 8 de Agosto, el incendio de Chota el 28 de Agosto eran para Iglesias incidentes secundarios. Pero el 31 de ese fatídico mes, mientras en todos los templos de Cajamarca se rezaban responsos por los muertos de

San Pablo, lanzó su célebre “Grito de Montán”, desde la hacienda de ese nombre, propiedad de su partidario Rufino Espinoza: pedía la paz.

El día de Navidad, mientras se cantaban villancicos al Hijo de Dios recién nacido, Iglesias reunió en Cajamarca a siete hacendados que se constituyeron a sí mismos en Asamblea Nacional, presidida por su sobrino, Vidal García y García. ¿No eran, después de todo, los dueños de la tierra? A su vez, en nombre del pueblo peruano, los siete asambleístas nombraron a Iglesias Presidente Regenerador del Perú. El Presidente no se hizo de rogar y designó a su hermano Lorenzo Iglesias Ministro General de Todos los Ramos y a su cuñado Mariano Castro Zaldívar Embajador Extraordinario y Plenipotenciario ante los ejércitos de ocupación.

En estas condiciones, gobernado el Perú por la familia Iglesias, el Tratado de Ancón era cosa decidida.

Entonces Cáceres cometió el único error de su brillante carrera militar: invadió el Norte para restaurar la unidad nacional amenazada. Llegó con un ejército extenuado hasta Huamachuco, donde las fuerzas chilenas al mando de Gorostiaga exterminaron sin dar cuartel a los soldados de la Breña, obligados a dar la batalla sin municiones ni artillería en un esfuerzo desesperado para evitar el Tratado de paz.

El doce de julio 1883, enterado de la catástrofe peruana, Castro Zaldívar mandó celebrar oficios religiosos de acción de gracias, ordenó quemar vistosos fuegos artificiales y por la noche presidió una suntuosa recepción en su casa de Cajamarca, sede transitoria del gobierno regenerador. El 14 de julio, mientras Leoncio Prado era fusilado en Huamachuco, Lynch ordenaba entregar a Iglesias todo el departamento de la Libertad con sus aduanas, ferrocarriles y recursos financieros.

### **Conclusión.**

Con armas, uniformes y dinero proporcionados por Chile, Iglesias organizó un ejército, condenó a muerte a los pocos guerrille-

ros que seguían izando la terca bandera de Cáceres y firmó el Tratado de Ancón.

Pero no duró en el poder. El Tratado provocó una nueva y sangrienta guerra civil que llevó al gobierno a Cáceres, tenaz defensor de la soberanía nacional. Cuando regresó a Udimá para terminar sus días en un silencioso ostracismo, Iglesias seguramente pudo comprobar que el campo cajamarquino estaba definitivamente devastado: nada volvería a ser igual.

Murió en el olvido, nunca escribió sus memorias; los historiadores guardan un pudoroso silencio ante la trágica figura de Miguel Iglesias, ni héroe ni traidor, que se llevó a la tumba el secreto de su inexplicable conducta política.

## **El “affaire” Dreyfuss.**

**(Paris, 1894)**

El marqués Du Paty de Clam, oficial del Estado Mayor encargado de los interrogatorios, exhortó al preso a evitar las consecuencias de un proceso por alta traición que seguramente terminaría en la guillotina. Sacó del bolsillo una pistola y la puso sobre la mesa, al alcance del detenido. “Las pruebas son abrumadoras -le dijo- le ofrezco a Ud. la oportunidad de lavar con sangre su vergüenza y el honor del Ejército Francés.”

Pero el oficial se negó a suicidarse: era inocente, creía en la justicia de Francia, dijo. Du Paty ordenó trasladar al prisionero a una celda de la cárcel de Cherche-Midi, donde permanecería a disposición de la Corte Marcial. Eran las 9 de la noche del 15 de agosto.

En la Francia de la “belle époque”, empezaba el “affaire Dreyfuss”.

### **Un Oficial Judío.**

Alfred Dreyfuss era un típico oficial francés de artillería. Hijo de un próspero fabricante de tejidos, ingresó a los 19 años en la famosa Escuela Politécnica, donde ganó la reputación de atrevido jinete y diestro esgrimidor. A los 30 era ya capitán, oficial meritorio del Estado Mayor, disfrutaba de una renta independiente de 25,000 francos al año, estaba casado con una joven atractiva y tenía tres hijos. La carrera al generalato parecía abierta para aquel oficial joven y estudioso, que alcanzaba todos sus ascensos por “alta nota”.

Pero Dreyfuss era diferente a los demás oficiales franceses, herederos de una casta militar casi tan vieja como la propia Francia.

En la sociedad republicana de fin de siglo, donde ya no se otorgaban títulos de nobleza, los oficiales que podían rastrear la huella de sus antepasados hasta las batallas de Napoleón y las guerras de la Casa de Borbón compartían una tradición nacionalista y aristocrática, una vasta red de lealtades, alianzas y afinidades cultivadas a lo largo del tiempo.

A diferencia de sus aristocráticos compañeros, Alfred Dreyfuss era judío, el único judío del Estado Mayor.

Por eso, nadie quedó sorprendido cuando el “2º Bureau”, el departamento de inteligencia del Ejército, anunció el arresto de Dreyfuss, como espía al servicio del Agregado Militar de Alemania en París. Algunas comunicaciones interceptadas demostraban que, por lo menos en tres ocasiones, “el judío” había recibido documentos relativos a nuevos modelos de artillería, líneas defensivas y planes de movilización de carácter secreto. Se habían interceptado documentos manuscritos que podían servir para identificar al traidor.

El verdadero culpable era el comandante-conde Fernando Walzin Esterhazy, un oficial de aristocráticos antecedentes y caótica situación económica, que durante cinco años había vendido secretos militares franceses a Alemania. Pero nadie pensó en interrogarlo. Una rápida investigación secreta ejecutada por oficiales sin formación jurídica determinó el arresto del único judío que prestaba servicios en el Estado Mayor.

### **Un proceso militar.**

El juicio fue breve y arbitrario.

A las puertas de la prisión, una multitud enfurecida gritaba “¡Muera el judío!”. Para burlar el artículo 101º del Código Penal que ordena mostrar al reo y su defensor las pruebas de cargo, éstas fueron clasificadas como secreto militar. El Tribunal no

tomó en cuenta los testimonios discordantes de cinco expertos calígrafos.

El Fiscal ofreció como pruebas documentos alemanes en clave, que -dijo- habían sido descifrados por expertos del Ejército, precisamente la entidad agraviada. Cuando el abogado defensor Demange desbarató fácilmente las acusaciones iniciales, el Presidente del Tribunal pidió pasar a sesión secreta: enseñaría nuevas pruebas que le habían sido proporcionadas por el Estado Mayor, afirmó.

Un abultado legajo de documentos firmados por el Ministro de la Guerra, General Mercier, fue examinado por los tres Vocales de la Corte Marcial, que una vez más se negaron a exhibirlos ante el acusado y sus defensores. Finalmente, el comandante Hubert Henry, oficial del “2º Bureau”, declaró que tenía conocimiento “por fuentes irrecusables” de la existencia de un traidor en el Estado Mayor: tenía, dijo, la “convicción moral” de que el espía era Dreyfuss.

Tras una deliberación de 20 minutos, la Corte Marcial condenó a Dreyfuss a degradación y confinamiento de por vida en una prisión militar, como reo de alta traición.

La degradación se cumplió el 5 de enero de 1895, en el campo de revistas de la Escuela Militar: vestido de gran uniforme, el condenado fue conducido a presencia del general Darras, jefe de la Guarnición. «Alfred Dreyfuss -dijo éste- es Ud. indigno de llevar armas. Por eso lo degradamos en nombre del pueblo francés». Después un sargento arrancó las charreteras del capitán, rompió en dos su espada y le arrancó las franjas rojas que indicaban su condición de oficial de Estado Mayor.

El reo tuvo aun fuerzas para gritar: “Acaban de deshonorar a un inocente. ¡Viva Francia!”. Después fue conducido a su destino final: la temida Isla del Diablo, en La Guayana francesa.

Tres años más tarde, un hermano del condenado reunió pruebas de la inocencia de Dreyfuss y la culpabilidad de Esterzhazy. El famoso criminalista Alfonso Bertillón, autor del sistema de iden-

tificación que lleva su nombre, declaró que los escritos examinados no correspondían a Dreyfuss. Pero la opinión pública y los periódicos antisemitas, presionaban en su contra. En un segundo proceso, Esterhazy fue absuelto.

### **Un Desafío Heroico.**

“Nunca han faltado en la historia hombres valerosos que han desafiado a los tiranos -escribió el abogado Georges Clemenceau- pero es menester verdadero heroísmo para desafiar la tiranía de la opinión pública”.

Tocaría a Emile Zolá asumir aquel heroísmo, con todas sus consecuencias. El 13 de enero de 1898, Zolá -famoso periodista y escritor- decidió afrontar todos los riesgos para defender la verdad y publicó “Yo Acuso”, documento periodístico de formidable vigor: demostraba cómo el Estado Mayor, después de acusar por error a Dreyfuss, se había visto obligado a mantener una acusación injusta para salvar el prestigio de la casta militar. “Acuso al Consejo de Guerra de haber violado todos los derechos humanos al condenar a un acusado sobre la base de testimonios que se han mantenido en secreto. Acuso al Ministro de la Guerra de encubrir aquella ilegalidad para salvar su carrera política. Acuso a los tribunales militares de cometer un crimen judicial sentenciando a un inocente por orden superior”, decía.

Zolá sabía que iba a ser procesado. “Este acto tiene por objeto apresurar la explosión de la verdad y la justicia. Que me procesen y que se abra una investigación a plena luz del día”. En el proceso, que se condujo ante tribunales militares, Zolá manifestó a los jueces que no era él quien estaba sometido a juicio y tampoco Dreyfuss, sino Francia: la cuestión era saber si Francia continuaba siendo fiel a su tradición histórica de guardián de la justicia y la humanidad. Pero el Estado Mayor impuso su prestigio. El Tribunal dictaminó que Zolá había cometido difamación y lo sentenció a un año de cárcel y 300,000 francos de multa. En las calles la multitud celebraba la sentencia con bailes y vino.

Pero el proceso debía ser revisado en la Corte Suprema. En medio de una tormenta política y periodística sin precedentes, el más alto tribunal de Francia resolvió que, antes de sentenciar a Zolá, era preciso revisar el proceso Dreyfuss: si el capitán resultaba inocente de espionaje, entonces el escritor no era culpable de difamación en agravio del Estado Mayor.

“Los Tribunales Militares se hallan sujetos a la casación de ésta Suprema Corte”, decía la sentencia. Así, la revisión del proceso Dreyfuss se volvió inevitable.

### **Reivindicación.**

Después de 9 años de aislamiento celular en la Isla del Diablo, Dreyfuss compareció finalmente ante un segundo proceso militar en la pequeña localidad de Rennes. Apenas cumplidos los 40, era ya un débil anciano de cabellos grises. Esta vez, las sesiones serían públicas. Antes de abrirse el juicio, se supo que el conde Walsin-Esterhazy había fugado a Inglaterra. El peritaje caligráfico de Bertillón fue decisivo. En el proceso se demostró que muchos de los documentos probatorios habían sido elaborados en las oficinas del Estado Mayor. Convicto de falsificación, el comandante Henry se suicidó con una navaja de afeitar. Pero los jueces militares, sujetos a consigna, sentenciaron de nuevo a Dreyfuss, esta vez a diez años de prisión.

No pudo ser.

El mundo respondió a la sentencia con una tempestad de indignación. Las embajadas y consulados de Francia en todo el mundo fueron asediadas por manifestaciones de protesta. Clemenceau escribió entonces: «no es Dreyfuss el condenado, la condenada es Francia». La Corte Suprema ordenó en 1906 la revisión del proceso por un Tribunal Civil, que después de tres días de sesiones decidió absolver a Dreyfuss de todos los cargos, reintegrándolo a sus funciones militares “con los ascensos, honores y condecoraciones que le hubieran correspondido si la sentencia de 1894 nunca hubiera sido pronunciada”.



Rehabilitado, Dreyfuss vivió aun quince años, mudo testimonio del carácter frágil de la civilización y los estragos que pueden ocasionar el antisemitismo y la intolerancia, aun en una sociedad que se consideraba a sí misma como la más democrática del mundo.

## **El final de Benel.**

**(Cutervo, 1927)**

El Arenal de la Merendana se había convertido en un vasto campo de tiro en cuyos extremos tomaban posiciones de combate treinta guardias civiles y numerosos campesinos armados.

El viejo comprendió que pronto estarían rodeados y habló con sus hijos: debían huir, dijo. Él estaba herido en una pierna y no podía montar a caballo, pero aún podía disparar, cubrirles la retirada. Tenían que escapar a pie, alcanzar el lejano Marañón y la hacienda Jancos, donde un mayordomo les ofrecería refugio.

Acumuló municiones, escogió un cómodo refugio entre dos piedras, apuntó cuidadosamente y disparó. Cuando vio volar el primer sombrero entre las rocas, su famosa puntería lo llenó de un extraño regocijo, pero siguió disparando metódicamente.

Durante media hora, en el largo camino cuesta abajo, los muchachos escucharon el monótono paqueo de los fusiles máuser. A la mañana siguiente, la Guardia Civil transportó hasta Cutervo un cadáver sucio y ensangrentado que fue sepultado con honores militares. Eleodoro Benel Zuloeta había muerto con las botas puestas.

### **Un “Civilista”.**

Ni romántico guerrillero ni bandolero sanguinario, Benel era un típico gamonal chotano, a la vez hacendado y comerciante, poseedor de una sólida fortuna en tierras y ganado acumulada mediante una combinación de actividad empresarial y proselitismo

político a favor de la poderosa familia Pardo, dueña de Tumán y en cierto modo co-propietaria del Partido Civil.

Desde 1903, el Perú vivía la “República Aristocrática”. Los “civilistas”, grandes hacendados de la lana, el algodón y el azúcar, gobernaban con paz pero sin justicia.

En el norte, la poderosa familia Pardo había dado al país dos presidentes y designaba alcaldes, diputados y senadores. En las provincias del interior, hombres duros como Benel ejercían el poder por cuenta de los Pardo y ganaban para ellos las elecciones, a revólver y machete.

Antiguo montonero, Benel era dueño en Santa Cruz de la rica hacienda La Samana, de cinco mil hectáreas, que junto al fundo Achiramayo de su esposa Domitila Bernal, constituía el mayor latifundio de la sierra Norte. Después compró en Cutervo las haciendas Sedamayo y Silugán; así llegó a ser dueño de 25 mil hectáreas, desde Santa Cruz hasta el Marañón. También era comerciante: vendía en Tumán ganado en pie, mantequilla de vaca, aguardiente, maíz y manteca de cerdos engordados en sus haciendas.

Compraba en Puerto Eten kerosén, velas, fósforos, telas, monturas, herramientas y menaje doméstico que vendía al por menor en sus tiendas de Bambamarca, Chota, Hualgayoc y Santa Cruz y también en los “estancos” sus haciendas. Después, Benel empezó a vender hombres: se contrató como enganchador de mano de obra serrana para las grandes haciendas azucareras, ávidas de macheteros baratos.

### **Temible prestigio**

Un ejército particular reclutado, armado y pagado por el propio Benel, garantizaba la paz, el orden, la propiedad... y la victoria electoral del Partido Civil.

Un temible prestigio rodeaba a su persona: en 1912 -por medio de su apoderado Bernardino Guerrero- ganó en subasta pública el arriendo de la hacienda Llaucán, donde esperaba reclutar nue-

vos “enganchados” para Tumán y Cayaltí. Cuando los campesinos se amotinaron, la gendarmería de Cajamarca dio muerte a ciento cincuenta sublevados. En las turbulentas elecciones de 1917, sus hombres asesinaron al subprefecto de Chota, Domingo Merino Pereyra.

Encarcelado, Benel deslumbró en Cajamarca por sus gastos ostentosos, su conducta cortés y su aplomo en el juego de la “pinta”. Importantes hacendados lo visitaban en la prisión para hacer rodar las esterlinas sobre el tapete verde y disfrutar de la hospitalidad que el recluso ofrecía en su cómodo calabozo.

Escapó de la cárcel y se refugió en su hacienda fortificada de La Samana, donde nadie se atrevió a buscarlo. Mitad hacendado, mitad proscrito protegido por los Pardo, Benel llegó a constituir entre Chota y Santa Cruz una especie de poder paralelo al Estado. Pero la “República Aristocrática” colapsó en 1919, cuando el caucho, la lana, el azúcar y el algodón bajaron de precio en el mercado internacional.

En las elecciones de ese año crítico, Benel respaldó al candidato civilista Antero Aspíllaga -dueño de Cayaltí-, pero esta vez había escogido malos naipes. El vencedor fue un hombre nuevo, desvinculado de los latifundios azucareros y deseoso de modernizar el país según el modelo norteamericano: Augusto B. Leguía.

### **El Leguismo.**

El nuevo Presidente envió al exilio dorado en Europa a los hacendados civilistas y Benel debió afrontar sólo el rencor acumulado en Chota, Santa Cruz y Cutervo durante los duros años del civilismo. Cuando mataron a su primogénito Castinaldo Benel en plena plaza de Santa Cruz, la venganza de los benelistas ensangrentó cuatro provincias.

Todavía intentó un golpe de mano: el 19 de noviembre de 1923, acompañado del político Arturo Osorio y el coronel Samuel del Alcázar, tomó Chota por asalto para iniciar una rebelión civilista contra Leguía.

El ejército profesional derrotó fácilmente a la montonera. Alcázar fue fusilado en Chota y Benel volvió a la Samana, desde donde mantuvo hasta 1927 una especie de “paz armada” salpicada de incidentes parciales con las autoridades.

Pero el tiempo estaba en contra suya.

Leguía organizó una eficiente Guardia Civil adiestrada por oficiales españoles para reemplazar a la vieja y torpe gendarmería. Con créditos norteamericanos y un sólido signo monetario, inició un ambicioso programa de obras públicas en el Norte: construyó el Ferrocarril y Muelle de Eten y contrató al “gringo” Sutton para irrigar los sedientos arenales inmediatos a Chiclayo.

Los hombres de Sutton denunciaron a la montonera benelista que desde las alturas de Santa Cruz amenazaba todo el valle, exigía cupos y jaqueaba ya el futuro reservorio de Tinajones.

### **El final.**

Entonces Leguía se acordó de Benel y decidió exterminarlo: nombró subprefecto de Cutervo al sanguinario fusilador Francisco Moreno Descalzi y envió contra Benel a cuatrocientos guardias civiles provistos de ametralladoras y reforzados por varios aviones con base en Chiclayo.

Fue una guerra cruel y larga. Los mensajeros y espías de Benel eran lentos e ineficientes frente al telégrafo eléctrico que delataba todos los movimientos. Los “guapos” de Benel disparaban igual o mejor que los guardias civiles, pero disponían de menos munición. La Samana, El Triunfo, Achiramayo, Sedamayo y Silugán fueron ensangrentados escenarios de sucesivas batallas. Los hombres de Benel defendían el terreno palmo a palmo, pero finalmente fueron empujados al Este, cada vez más cansados, menos numerosos, con menos parque. La Policía organizaba grupos de civiles armados y reclutaba benelistas cansados de la guerra para organizar un eficiente servicio de espionaje.

Después de cada escaramuza, el subprefecto Moreno mandaba fusilar a todos los heridos y prisioneros. Cuando la Guardia Civil

atacó Silugán en julio de 1927, Benel solo tuvo veinte hombres para acompañarlo en su última retirada.

Moreno Descalzi aprovechó los últimos meses del verano para derrotar a varias bandas menores aliadas a Benel y en noviembre emprendió la ofensiva final, arrinconando al rebelde en la escarpada serranía que separa a Pallac y Silugán, ya casi encima del Marañón.

El 26 de noviembre, un exhausto Benel y sus tres hijos visitaron a su antiguo caporal Antonio Cotrina, a quien dieron dinero para comprar comida y municiones. Pero también Cotrina estaba harto de aquella guerra sin esperanzas; secretamente, se había puesto al servicio del subprefecto Moreno.

Citó a su antiguo patrón para el día siguiente en el Arenal de la Merendana y se dirigió a Cutervo, donde dio aviso a la Guardia Civil.

## **Así cayó Leguía.**

**(Lima, 1930)**

El negro Arzola se atrincheró en una ventana cuando vio que la chusma civilista se precipitaba contra el portón de la casa del presidente Leguía en la calle Pando: no eran sólo mandaderos, choferes o más numerosos desempleados. También estaban los jóvenes de la aristocracia limeña y los socios del Club Nacional que habían multiplicado reverencias en el último cumpleaños del presidente. Miró Quesadas, Aspíllagas, Pardos, Osmas, Barredas y Goyeneches encabezaban la turba.

Eran las diez de la mañana y todo Lima sabía ya que el presidente Leguía, depuesto por una Junta de Gobierno había sido deportado a bordo del BAP Grau.

Miles de limeños venían, un poco a saquear la casa, pero sobre todo en busca de venganza. El negro Arzola comprobó que estaba sólo, la policía abandonaba la casa por la puerta de servicio.

Zambo de Malambito, presidiario regenerado, guardaespaldas predilecto de la familia Leguía, Arzola disparó su fusil Máuser cuando el primer golpe de hacha se abatió sobre la puerta. De la calle contestaron al fuego y el zambo se batió durante diez minutos, pero finalmente cayó con siete balas en el cuerpo. Entonces la multitud enfurecida irrumpió en la mansión: toda la fina vajilla europea, un baúl lleno de condecoraciones, muebles y joyas, incontables libras esterlinas, la biblioteca, tres automóviles Hispano-Suiza, cuadros y menaje, hasta la ropa interior de las tres hijas del presidente cayeron en manos de la muchedumbre que se ensañó con el cadáver del negro, lo arrastró por las calles y

finalmente arrojó al Rímac los restos mutilados del único hombre que había tomado un arma para defender al presidente tres veces re-electo del Perú, aquel que había sido llamado Gigante del Pacífico y Washington latinoamericano.

### **La Patria Nueva.**

Elegido democráticamente, Augusto Bernardino Leguía prefirió hacerse cargo por sí mismo del poder y el 3 de julio de 1919: encabezó un golpe de Estado, depuso al presidente Pardo, disolvió el Parlamento, modificó la Constitución y se hizo reelegir ganando tres elecciones consecutivas.

Leguía tuvo más poder que ningún gobernante peruano desde Huayna Cápac: Virreyes y presidentes habían estado siempre sujetos a la celosa supervisión del Consejo de Indias, a un Parlamento más o menos contestatario, a la posibilidad de una sublevación o un cuartelazo.

Pero Leguía gobernó sólo, sin trabas ni obstáculos; el suyo fue un poder suprainstitucional, orientado a un único objetivo: “La Patria Nueva”.

La concepción de que nada anterior a Leguía valía la pena en el Perú, el ánimo de reconstruir el país, la posibilidad de una gran Nación basada en la eficiencia, el orden y la autoridad, la confianza en el despotismo ilustrado y paternal de un gobernante predestinado, caracterizaron a la política peruana durante los once años del leguismo.

Hombre de corta estatura, afectada elegancia, cuidada dicción y ademanes británicos, Leguía abrió el mercado financiero a los capitales norteamericanos, desplazando a las casas de banca inglesas y francesas. El crédito exterior le permitió hacer un gobierno exitoso, caracterizado por frecuentes inauguraciones de obras públicas. Centralizó las finanzas en la Caja de Depósitos y Consignaciones, mantuvo la estabilidad de la “libra peruana”, equivalente a la esterlina británica. Ejecutó grandes irrigaciones en el Norte, modernizó Lima y el Callao, llevó el alumbrado eléctrico a numerosas poblaciones del interior, construyó el 95% de



la carretera Zarumilla-Tacna, hoy Panamericana. Por primera vez, el Perú tuvo una clase media: la administración y los negocios incorporaron a miles de peruanos de cuello y corbata, verdadera columna vertebral de la Patria Nueva.

¿Quién necesitaba Parlamento?

Había uno, de todos modos, y se renovaba cada cuatro años: su labor era aprobar con entusiasmo las decisiones del presidente. El presidente designaba periódicamente alcaldes y concejales, recomendaba la nominación de los rectores universitarios y mediante respetuosas cartas a Su Santidad el Papa proponía a los sacerdotes mas capacitados para gobernar los 13 obispados de la República.

Leguía fomentó la industria y la agricultura. Sobre el modelo español, creó una eficiente Guardia Civil para contrapesar el poder del Ejército, exterminar a los bandoleros que amenazaban los caminos y poner en vereda a los díscolos hacendados del interior.

El despotismo ilustrado de Leguía prefería las deportaciones a los fusilamientos. Fue una blanda tiranía que oficializó las fiestas de carnavales, las carreras de caballos a la inglesa y sobre todo, el culto a la personalidad del Presidente.

Miles de estatuas de Leguía adornaban las plazas de la República, su imagen coronada de laurel se estampaba en las monedas y la fiesta oficial del Presidente, el “Día del Carácter”, era una solemnidad tan importante como el Aniversario Nacional. Nombró Presidente del Senado a su pariente Germán Leguía y Martínez y a su hijo Juan jefe de la Fuerza Aérea. Sus caballos ganaban siempre las carreras del hipódromo. Al inaugurar una estatua del Presidente en la flamante Avenida Leguía, hoy Avenida Arequipa, el Alcalde de Lima Luis Gallo Porras le dijo: “Señor, no hemos encontrado nada más digno de ofrecerlos que vuestra propia imagen”.

Sin opositores, Leguía ganó su tercera reelección en 1929.

## **La caída de un ídolo.**

Pero la bolsa de Wall Street se derrumbó el 24 de octubre del mismo año. Cuando el crédito internacional terminó abruptamente, cuando colapsaron las exportaciones de azúcar, algodón y lanas, cuando cerraron las casas comerciales y el Estado se quedó sin fondos, Leguía no perdió la calma, no había conspiradores posibles: “todos están comprados, deportados o desprestigiados” le dijo a su confidente, el periodista Federico Moore.

Cuando un desconocido comandante llamado Sánchez Cerro se sublevó el 22 de agosto de 1930 al frente de dos o tres batallones acantonados en Arequipa, el presidente ignoró la revuelta y, como todos los domingos, acudió el 24 a las carreras de caballos.

Esa misma tarde, en el hipódromo, un grupo de damas de la aristocracia recibió al presidente con una violenta silbatina. Leguía no se inmutó y celebró la victoria de dos de sus caballos favoritos. Pero cuando el presidente se retiró del hipódromo la silbatina creció, se oyeron vivas a Sánchez Cerro y la escolta presidencial tuvo que desenvainar los sables para abrir paso al cortejo.

Fue el principio del fin.

En la noche, Leguía recibió el informe del general Sánchez Salazar, jefe del Estado Mayor: todo estaba perdido, los oficiales se negaban a combatir contra Sánchez Cerro. El Gabinete Ministerial presentó su renuncia y Leguía nombró un nuevo Consejo de Ministros, presidido por el general Sarmiento.

El gabinete Sarmiento duró tres horas. Simple subteniente de servicio en Palacio de Gobierno, el historiador Víctor Villanueva cuenta que “esa noche, los generales se disputaron el poder pistola en mano”. Finalmente se designó una junta de gobierno presidida por el general Ponce, que aceptó la renuncia de Leguía y lo deportó a Europa a bordo del Grau.

Pero en las calles la multitud amotinada exigía la presidencia para Sánchez Cerro. En un escueto telegrama, el sublevado exigió

a Ponce la entrega del poder y de la persona del presidente de-  
puesto.

Ponce ordenó el regreso del Grau y Leguía fue conducido a la  
penitenciaria.

Soportó con estoicismo tres años de prisión, en la que murió po-  
bre y escarnecido. En la cárcel escribió un libro llamado "Yo Ti-  
rano, Yo Ladrón", testimonio doloroso del hombre que ejerció  
todo el poder en el Perú: "... de mis enemigos, lo esperaba todo.  
Ellos me han combatido con las armas legítimas de la política.  
Pero mis amigos, a quienes llené de riquezas tolerando sus latro-  
cinios y peculados, ellos me han traicionado y calumniado, ha-  
ciendo más duras las horas de mi cárcel y cubriendo mi nombre  
de ignominia. En la puerta de la tumba, dejo para ellos mi maldi-  
ción de anciano".

## **Los ocho marineros.**

**(Callao, 1932)**

Corto de estatura, flaco, vestido con sombrero e impermeable negros, el Ministro de Gobierno Luis A. Flores levantó la cabeza. Exactas y frías, sus pupilas recorrieron la Estación Sanitaria de la Isla de San Lorenzo, escudriñando la posibilidad de una insubordinación.

Satisfecho de su autoridad inapelable, impartió una breve orden al Auditor de Guerra: “proceda Ud., doctor”.

La voz metálica e impersonal del abogado dio lectura a la sentencia pronunciada media hora antes por la Corte Marcial de la Marina: Eleuterio Medrano, de 29 años, marinero; Telmo Arrué Burga, de 18 años, mecánico; Gregorio Pozo Chunga, de 22 años, timonel; Arnulfo Ojeda, de 22 años, mecánico de segunda; Rogelio Delgado de 21 años, fogonero; Fredemundo Hoyos, de 21 años, cabo de mar; José Vidal Monzarret, de 27 años, marinero y Pedro Gamarra, de 22 años, marinero, eran sentenciados a muerte y degradación como autores de los delitos de insulto al superior, motín en buque de guerra y rebelión militar.

De acuerdo a la Ley 7060, la sentencia sería ejecutada de inmediato.

El sacerdote Ernesto Cotte, de la Iglesia Matriz del Callao, confesó brevemente a los sentenciados. Un oficial pidió un saludo para los reos. Lívidos, con las manos atadas a la espalda, los cuatro primeros condenados enfrentaron al pelotón de fusilamiento, integrado por doce guardias republicanos, seis arrodillados y

seis de pie. ¡Fuego!. Los sentenciados se desplomaron como muñecos y el oficial al mando les disparó cuatro misericordiosos balazos en la cabeza. Mientras la voz del sacerdote elevaba a un cielo indiferente los responsos del “de profundis” los otros cuatro reos avanzaron en silencio, empapándose los pies descalzos en la sangre de sus compañeros.

Cuando se apagó el estampido de la segunda descarga, el Secretario de la Presidencia Pedro Ugarteche y Tizón consultó su reloj: eran las siete y cuarenta y cinco de la mañana del 11 de mayo.

### **1932.**

Cuatro días antes, había sido arrestado Haya de la Torre.

El país se hallaba en estado de sitio desde que el 4 de enero una manifestación de desocupados que exigían trabajo fue dispersada a sablazos por la Guardia de Asalto.

El gobierno de Luis M. Sánchez Cerro responsabilizó al APRA de los disturbios, clausuró “La Tribuna” y promulgó la Ley de Emergencia: se prohibía a los civiles portar armas y se autorizaba a la policía para allanar “locales sospechosos”. El 28 de enero, el diputado Luis Heysen Incháustegui denunció la existencia de un plan destinado a deportar a los diputados apristas y asesinar a Haya de la Torre.

El 12 de febrero, la policía allanó las viviendas de ocho diputados apristas y los sacó a culatazos. Pero el “Cuco” Heysen se defendió a balazos durante tres horas, hasta que el Presidente del Congreso Luis Antonio Eguiguren impuso un alto al fuego provisional: Heysen disfrutaba de inmunidad y el propio Congreso decidiría su suerte por votación.

Por la noche, el Ministro de Gobierno Luis Flores exigió en la Cámara el encarcelamiento de once diputados apristas y cuatro descentralistas.

En una dramática sesión, los congresistas Seoane y Sánchez exigieron la censura de Flores. La cámara no adoptó decisión alguna y a las once de la noche Eguiguren levantó la sesión. A las tres de

la mañana del trece de marzo, tropas de la Policía allanaron el Congreso, arrestaron a todos los diputados apristas y descentralistas y los deportaron a Guayaquil y Valparaíso.

El 12 de marzo, fracasó el primer intento de asesinar a Sánchez Cerro: el joven aprista José Melgar Márquez disparó tres veces contra el Presidente en el interior de una iglesia de Miraflores. El gobierno puso en vigencia al derogado decreto Ley N° 7060, que autorizaba el funcionamiento de Cortes Marciales y sancionaba con pena de muerte a los responsables y cómplices de delitos políticos cruentos.

El jefe del APRA dirigía su partido desde una apacible clandestinidad en la casa de la familia Plenge, en la Avenida Pardo. Rodeada de árboles, separada por un jardín de la Embajada de México, la mansión era visitada por mensajeros misteriosos, damas veladas y apurados choferes que activaban una vasta correspondencia y aseguraban la publicación de “La Tribuna” clandestina.

En la madrugada del siete de mayo de 1932, un centenar de policías de la Brigada Política dirigidos por el jefe de Investigaciones Damián Mústiga, rodearon la mansión Plenge, ocuparon el jardín inmediato a la embajada de México y despertaron sin ceremonias al jefe del APRA: estaba arrestado, sería conducido de inmediato a la Penitenciaría.

A la mañana siguiente, se sublevó la escuadra.

### **El Motín.**

Aunque los amotinados negaron toda vinculación con el APRA y atribuyeron la insurrección a la mala alimentación y el retraso en el pago de sus propinas, es indiscutible que el arresto de Haya de la Torre precipitó la sublevación.

Los marineros Medrano y Chunga, jefes del motín, se habían entrevistado en Panamá con los desterrados apristas Luis Alberto Sánchez y Manuel Seoane Corrales. Cuando el APRA volvió a la legalidad, en 1945, los marineros fusilados fueron exhumados de

la fosa común de San Lorenzo y enterrados en el cementerio de Baquíjano, con todos los honores partidarios.

El motín fue un fracaso. Dirigidos por Medrano, los marineros se apoderaron de los cruceros “Grau” y “Bolognesi” pero no pudieron hacer funcionar las calderas de los blindados. Intentaron desembarcar en el Callao, pero fueron rechazados por el 7º de infantería, atrincherado en el muelle.

A mediodía, los sublevados intentaron apoderarse del submarino R-4 y fugan en dirección a Chile, pero un oficial cerró a tiempo la escotilla de la nave, dejando encerrado al cabecilla Medrano. A las tres de la tarde del 7 de mayo, los submarinos abrieron fuego de cañón contra los barcos sublevados y la aviación disparó algunas ráfagas de ametralladora. A las seis, los amotinados se rindieron.

### **La represión.**

Sesenta y cuatro marineros fueron sometidos a la Corte Marcial, que juzgó como instancia inapelable en la Estación Sanitaria de la Isla de San Lorenzo.

Por falta de tiempo, sólo se llegó a tomar la instructiva de treinta y siete: no se les permitió escoger un abogado defensor. En la tarde del nueve de mayo, el Decano del Colegio de Abogados de Lima Dr. Diómedes Arias Schreiber publicó un dramático pronunciamiento jurídico en todos los diarios: señalaba que la Ley 7060, que sancionaba con la muerte los delitos políticos cruentos, era contraria a la Constitución de 1920 y no estaba prevista en el Código Penal vigente. “Nuestra tradición jurídica repudia el cadalso político. Constituidas por oficiales que han combatido contra los insurrectos, las Cortes Marciales carecen de la imparcialidad indispensable a todo Tribunal. Emiten sentencias inapelables y por ende violatorias del principio de la pluralidad del juzgamiento. La pena de muerte nunca se ha aplicado en el Perú como sanción a los delitos políticos” recordaba el Decano.

Solitaria e inútil protesta: la Corte Marcial sentenció a muerte a ocho amotinados e impuso penas menores a otros 29. El Ministro

de Gobierno Luis A. Flores comisionó para la ejecución a la Guardia Republicana y para vigilar el cumplimiento de sus órdenes asistió personalmente al suplicio.

En la madrugada del 12 de mayo, activistas del APRA comandados por Luis Chanduví Torres se acercaron a la casa de Flores en Barranco y pintaron en la pared con grandes letras negras este cartel: **“ocho estrellas rojas guían tu destino/ ocho estrellas rojas te perseguirán/ ocho gritos juntos: ¡muera el asesino!/ en tu oído siempre repercutirán”**.

En el Perú, había empezado El Año de la Barbarie.



## **Magnicidio en Santa Beatriz.**

**(Lima, 1933)**

Abelardo Mendoza Leiva, homicida, saltó al estribo del automóvil presidencial y disparó ocho balas de nueve milímetros con la pistola Browning N° 325872 que le había entregado Luis Heysen Incháustegui tres días antes. Alfonso Tealdo, periodista, anotó ávidamente la hora en su libreta: once y treinta de la mañana. Jorge Idiáquez Ríos, guardaespaldas personal del jefe del APRA, escondió la granada de mano que tenía preparada para hacer volar a Sánchez Cerro: ya no era necesaria. El mayor Alfonso Llosa González Pavón, Jefe de la Casa Militar, saltó a tierra y abrió fuego contra el asesino. Leopoldo Pita, médium, espiritista y organizador del asesinato, encendió con calma un cigarrillo: misión cumplida. Los lanceros de la Escolta Presidencial se precipitaron sobre el magnicida, en medio de un fuego cruzado cuyo origen nadie podía identificar. El capitán Marcial Merino Pereira, edecán del Presidente, sacó la pistola y disparó sobre dos individuos vestidos de civil que a su vez disparaban contra el auto desde una palmera. Se escuchó una ráfaga de ametralladora. Siete guardias republicanos abrieron fuego con sus pesados fusiles Máuser. La multitud empezó a dispersarse, alguien gritó que los aprietas estaban en la vecina bodega Palacios. Julio Bobadilla, chofer del Presidente, aceleró el acribillado vehículo y llegó en once minutos al Hospital Italiano: Sánchez Cerro agonizaba. Luis Chanduví Torres, conspirador, se perdió entre la multitud en busca de un teléfono público. Con un balazo en la frente, murió el gendarme Teodoro Rodríguez Pisco. Heridos de bala, los guardias republicanos Fortunato García Bedoya, Juan Nuñez Lázaro,

Juan Acuña Soncco, Humberto Castillo Paredes y Julio Bustamante Saavedra clamaban por atención médica. Ángel Millán Ramos, ladrón, recogió la pistola del victimario y se la guardó en el bolsillo: conocía a un reducidor que pagaba al contado.

Cuando terminó el tiroteo, Mendoza Leiva yacía en medio de un charco de sangre: los médicos legistas hallaron más tarde en su cadáver veinte impactos de bala y siete heridas de lanza. En la celda número cinco de la Penitenciaría de Lima, a las once con cincuenta, el carcelero Octavio Rimache transmitió un escueto mensaje al prisionero Víctor Raúl Haya de la Torre: “salió la suerte”. A las doce con veinte los médicos Juan Raffo, Abel Delgado, Carlos Brignardello, Juan José Mostajo y Carlos Monge constataron que una operación quirúrgica sería inútil: el Presidente tenía tres heridas de bala y registraba lesión cardiaca, estallamiento del pulmón izquierdo e intensa hemorragia.

A las doce y cuarenta, Oscar R. Benavides, general de división, convocó una reunión de oficiales en el Cuartel de Santa Catalina y anunció que asumía la Comandancia General del Ejército. A la una y diez de la tarde la Bandera Nacional fue izada a media asta en el Hospital Italiano: Luis Miguel. Sánchez Cerro, general y Presidente de la República, había muerto tan violentamente como había vivido.

### **El Presidente.**

Solía decir que “los cobardes no entran a Palacio”. Luis M. Sánchez Cerro despreciaba a los cobardes y aborrecía a quienes le disputaban el poder. Enérgico, audaz, autoritario, gobernaba al Perú con mano de hierro en medio de una guerra civil no declarada que empezó el 29 de agosto de 1930, cuando el propio Sánchez Cerro derribó al corrupto gobierno de Augusto B. Leguía y empezó a gobernar con el respaldo del Partido Civil.

Al otro lado, el APRA. Las elecciones que ganó Sánchez Cerro en 1931 fueron fraudulentas. El propio Presidente se encargó de polarizar al país deportando a todos los diputados apristas del

Congreso Constituyente y promulgando una Ley de Emergencia que convertía a su propio gobierno en una dictadura.

El encarcelamiento del jefe del APRA Víctor Raúl Haya de la Torre precipitó al país en una crisis terminal: Sánchez Cerro respondía a las insurrecciones con fusilamientos. Ocho marineros fueron fusilados en San Lorenzo. Seiscientos insurrectos trujillanos padecieron igual pena en las ruinas de Chan Chan. Las ejecuciones fueron menos numerosas en Huaraz y Cajabamba: apenas ocho fusilados. Cuando el prestigioso comandante Gustavo Jiménez se sublevó en Cajamarca a principios de 1933, cuatro oficiales y un civil fueron fusilados después de la derrota.

El país vivía la peor crisis económica de su historia y afrontaba, además, un conflicto militar en la lejana frontera con Colombia. Fracasadas catorce conspiraciones sucesivas, encarcelado Haya de la Torre, deportados o presos casi todos los líderes del partido, Luis Heysen Incháustegui asumió la secretaría general del APRA y decidió que la única salida política pasaba por la muerte de Sánchez Cerro.

### **El magnicidio.**

Se organizaron, en realidad, dos conspiraciones paralelas.

El “cuco” Heysen quería tender una emboscada a Sánchez Cerro en las calles de Lima, cuando el Presidente se dirigiera al Hipódromo de Santa Beatriz para asistir a una revista militar. Seleccionó a quince jóvenes apristas de absoluta confianza. Cinco atacarían el vehículo presidencial con granadas de mano; los otros diez dispararían sobre el auto para cubrir la retirada del primer equipo. La fecha estaba señalada: 30 de abril.

En la cárcel, Haya de la Torre tenía conocimiento del plan. El largo brazo de Heysen no tardó en consolidar el siguiente indispensable contacto: el general Oscar R. Benavides. Julio Cárdenas Ramírez, “El Negus”, ingeniero civil y activista clandestino del APRA hizo llegar a Benavides un sibilino aviso: el 30 de abril ocurriría algo importante, el general debía estar preparado, el partido aprista estaba dispuesto a apoyarlo.

Pero Leopoldo Pita trabajaba por su cuenta.

Antiguo anarquista, promotor de huelgas y organizador de sindicatos, Pita era jefe de un cuerpo de choque aprista conocido como "los tucuyricucs". Entre ellos, Pita no tardó en descubrir la conflictiva personalidad de Abelardo Mendoza Leiva, vendedor ambulante de chocolates, antiguo peón en la Escuela de Agricultura, fanático y desempleado. El escritor Guillermo Thorndike Lozada afirma que Pita convenció a Mendoza Leiva mediante una serie de manipuladas sesiones de espiritismo. Percy Murillo Garraycochea, historiador oficial del APRA, niega esta posibilidad y sostiene que el magnicida actuó aisladamente.

De una u otra manera, en la noche del 27 de abril, en una casa del Jr. Trujillo, Heysen recibió a Pita y a un individuo delgado, moreno, de aspecto frágil y pobre vestimenta: Mendoza Leiva. Se le había encargado una misión importante -explicó Pita- y necesitaba un arma segura. Heysen se la proporcionó.

Involuntariamente, el Presidente facilitó su propio asesinato. Deseoso de popularidad, decidió asistir al Hipódromo en un carro descubierto, en lugar del auto blindado que utilizaba regularmente e invitó a sentarse a su lado al Presidente del Consejo de Ministros José Matías Manzanilla: disfrutarían del aplauso popular.

Para mayor comodidad, dispuso que su edecán y los oficiales de la Casa Militar utilizaran un vehículo cerrado.

De ese modo, cuando Mendoza Leiva saltó al estribo del automóvil, halló al Presidente indefenso.

### **Epílogo.**

A las dos de la tarde del 30 de abril, tropas del Cuartel de Santa Catalina y la Escuela Militar ocupaban la ciudad, obedeciendo órdenes del general Benavides: según la versión oficial, se trataba de impedir una inminente insurrección aprista. El Consejo de Ministros declaró el estado de sitio en todo el país, suspendiendo las garantías constitucionales y los espectáculos públicos. Por

orden expresa de Benavides, el Director de la Penitenciaría Coronel Valdez Munte apostó veinte hombres armados alrededor del calabozo de Haya de la Torre. Benavides salvó así la vida del jefe del APRA, a quien un comando de exasperados sanhecerristas se disponía a ejecutar extrajudicialmente. A las once de la noche del mismo día, el Congreso Constituyente elegía Presidente de la República al general Oscar R. Benavides, ignorando a los dos vice presidentes elegidos con Sánchez Cerro.

Una Corte Marcial juzgó a veintisiete presuntos responsables del asesinato de Sánchez Cerro. La sentencia, dictada el 21 de junio de 1933, puntualizó que “el ejecutor del delito fue Abelardo Mendoza Leiva, contra quien no procede acción penal por haber fallecido el día del crimen”. Señaló que hubo un complot previo a la ejecución del crimen y que “al no existir pruebas concluyentes que permitan identificar a cómplices o responsables, procede absolver a los otros 26 encausados”, entre ellos Luis Heysen, Leopoldo Pita, Alejandro Cortijo, Luis Chanduví, Luis Felipe de las Casas, Pablo Vázquez y Manuel Guerrero.

El 9 de agosto de 1933, Benavides promulgó la Ley N° 7782, que concedía amnistía para los enjuiciados por delitos políticos. El mismo día, Haya de la Torre salió en libertad.

## **Insurrección a mediodía.**

**(Cajamarca, 1935)**

El “Cuco” Heysen secretario general clandestino del APRA impartió la contraorden apenas supo que Ricardo Revilla Castro había caído frente al Cuartel de la Guardia Civil. Se abrigó con un poncho de vicuña, montó a caballo, se despidió de sus enlaces y - haciendo honor a su apelativo- desapareció sin dejar huellas en la serranía de Combayo.

### **Una Larga Historia.**

El APRA conspiraba en Cajamarca mucho antes de aquel ensangrentado atardecer.

Eudocio Ravines, cajamarquino, había sido uno de los fundadores del partido; cuando se volvió comunista, el comando del APRA en Cajamarca recayó en el periodista celendino Nazario Chávez Aliaga, que condujo con éxito la campaña electoral de 1931. El departamento acreditó seis diputados apristas al Congreso Constituyente, pero el Jurado Electoral anuló las elecciones en Cajamarca y Chávez Aliaga dirigió un primer golpe de mano: el cinco de diciembre de 1931 intentó infructuosamente, apoderarse de los cuarteles a la cabeza de setenta conjurados.

El 12 de julio de 1932, en una acción coordinada con el levantamiento aprista de Trujillo, los apristas se levantaron en Cajabamba. La ciudad fue recapturada por una compañía del 11º Regimiento de Infantería cuyo jefe, el capitán Daniel Villafuerte Arguedas, mandó fusilar a dieciséis insurrectos.

Apenas nueve meses después, Villafuerte había volteado la casa. En la noche del 11 de marzo de 1933, el famoso “Zorro” Gustavo Jiménez tomó el mando del 11 de Infantería, mandó formar las tropas frente a la Recoleta y se proclamó Delegado Nacional de las Organizaciones Revolucionarias. Se proponía derrocar a Sánchez Cerro y devolver la legalidad al partido aprista.

Designado Jefe Político y Militar del Departamento por Jiménez, el capitán Villafuerte movilizó como choferes, guías y auxiliares a los apristas cajamarquinos más destacados; entre ellos, su propio cuñado, un mozo turbulento, de unos treinta años: Ricardo Revilla Castro.

Los insurrectos se dirigieron a la costa, pero en Paiján fueron rodeados por cinco batallones sanchecerristas y el “Zorro” se suicidó para no caer prisionero.

Pero el capitán Villafuerte, condenado a muerte por una Corte Marcial, fue fusilado en las ruinas de Chan Chan junto a cuatro oficiales comprometidos y al abogado aprista Luis Benjamín Gálvez. La misma Corte Marcial que mandó fusilar a su cuñado, sentenció a Revilla a diez años de penitenciaría, por delito de rebelión militar.

### **La clandestinidad.**

El país vivía una guerra civil no declarada.

Después de su sangrienta derrota en Trujillo, los apristas habían intentado nuevos golpes de mano en Huancavelica, Huánuco, Apurímac, Pasco y el Cuzco. La fórmula era sencilla: apoderarse de un cuartel o una ciudad, proclamar la revuelta y esperar la rápida adhesión del resto del país. Desde la clandestinidad, los apristas intercambiaban informes, compraban armas, comprometían sargentos, forjaban innumerables planes con el mismo objetivo. Cuando Ricardo Revilla Castro dio con sus huesos en la famosa isla penal de El Frontón, se encontró en medio de una activa escuela de conspiradores.

Hombres duros como Luis Chanduví, organizador del asesinato de Sánchez Cerro; Julio Garrido Malaver, sobreviviente de Trujillo; Carlos Steer Lafont, asesino de los esposos Miró Quesada; Pedro Muñiz, jefe de la fracasada insurrección de Huancavelica y el propio Chávez Aliaga, constituían en la cárcel un auténtico estado mayor aprista, dedicado a preparar una nueva sublevación. Revilla les sugirió un nuevo objetivo: Cajamarca.

Fue indultado en septiembre de 1933 y se incorporó al equipo conspirativo del APRA, que mandaba Luis Heysen Incháustegui.

### **Conspiración.**

Revilla visitó a Haya de la Torre en su escondite de "Incahuasi". Recibió una corta suma de dinero y una credencial de plenos poderes, firmada por el jefe del partido aprista.

En Cajamarca, Revilla asumió de inmediato la secretaría general del APRA y empezó a preparar la revuelta. Se compraron algunas armas y se reclutaron sargentos licenciados para servir de instructores. Escarmentada por los fusilamientos de Chan Chan, la clase media aprista no participó en la conjura: los hombres de Revilla eran artesanos, pequeños comerciantes, mecánicos, arrieros y agricultores.

Tras la rebelión de Jiménez, el 11<sup>o</sup> de Infantería estaba disuelto; para tomar Cajamarca bastaba apoderarse de los cuarteles de la Guardia Civil y la Policía de Seguridad. Revilla esperaba capturar suficientes fusiles para equipar a los contingentes apristas que, procedentes de Bambamarca, Cajabamba y Porcón, debían llegar a la ciudad en la noche del seis de enero. Simultáneamente, se sublevaría en Paiján el 5<sup>o</sup> de Caballería, cerrando todos los accesos a la sierra.

Entonces el "Cuco" Heysen asumiría públicamente el mando; el objetivo era tomar Trujillo para iniciar una nueva guerra civil.

### **La Insurrección.**



Ni balazos en la madrugada ni viejas empavorecidas asomando a la ventana bajo la luz de los candiles: Revilla se sublevó a mediodía del seis de enero.

La población dormía una siesta pesada, después de la tormentosa “Bajada de Reyes” de la víspera. Los excesos alcohólicos de la noche anterior habían adormecido el cuartel policial, donde unos pocos centinelas apenas podían ofrecer resistencia.

Pero el guardia tacneño Pablo Rivera -famoso por su puntería- dormía con el fusil al alcance de la mano y disparó sin hacer preguntas. Cuando terminó el asalto y los insurrectos tomaron el cuartel, Revilla yacía en la calle, bañado en su propia sangre. Entonces Heysen -veterano conspirador que conocía de muchos fracasos- comprendió que no había nada que hacer. “Los demás ni me conocían, Revilla lo manejaba todo” contaba Heysen muchos años después.

La contraorden de Heysen hizo abortar la rebelión.

Tropa desconcertada, los rebeldes se precipitan por la calle Junín: van a Chontapaccha para tomar el cuartel de la Policía de Seguridad, donde se acuartelan los temidos “rurales”. El tiroteo estremece a la ciudad; cuando los insurrectos llegan a las chacras inmediatas al cuartel, ya los espera la policía reorganizada, mejor armada y provista de abundante munición.

Sin idea de maniobra, los rebeldes procuran “entrar” a toda costa, disparan sin orden ni concierto. El fuego policial, más preciso y disciplinado, los abate uno por uno. No sólo insurrectos caen abaleados, los rurales disparan a bulto y muchos curiosos mueren esa tarde sangrienta. La joven enfermera Sarah Mac Dougall organiza, a toda prisa, una Cruz Roja para atender a los heridos.

A las cuatro, los sublevados retroceden en desorden: muertos todos los jefes, agotadas las municiones, dispersados los refuerzos, la rebelión aprista de 1934 termina lentamente y los últimos rebeldes organizados se retiran por las chacras vecinas. Hasta el anochecer prosiguen los disparos por toda la ciudad. La Guardia Civil rompe puertas, registra altillos, arresta fugitivos. A la ma-

ñana siguiente, llega de Paiján el 5º de Caballería: el regimiento no se ha sublevado, por el contrario viene a sofocar la rebelión.

Unos treinta apristas cajamarquinos, juzgados por la Corte Marcial, recibieron diversas penas de prisión.

Para escarmentar a futuros conspiradores, las autoridades exhibieron el cadáver de Revilla en la Morgue de Belén, sobre un catre portátil que había pertenecido a su cuñado, el fusilado capitán Daniel Villafuerte Arguedas.

## **La Revolución de carnavales.**

**(Lima, 1939)**

La cuarta década del siglo llegaba a su fin.

En el Perú, gobernaba con puño de hierro el prestigioso mariscal Oscar R. Benavides. Llamado al poder después del asesinato de Sánchez Cerro, Benavides puso presos a toda clase de revoltosos y sindicalistas, resolvió el conflicto fronterizo con Colombia, redujo el presupuesto, mandó construir carreteras y organizó una eficiente policía política para liquidar al APRA.

En 1936, después de derrotar 17 insurrecciones apristas, Benavides prorrogó su propio mandato por tres años adicionales y nombró Ministro de Gobierno a su hombre de confianza, el general Antonio Rodríguez Ramírez.

### **El APRA en las catacumbas.**

Todos los líderes apristas de la primera hornada estaban presos o desterrados y el propio Haya de la Torre tuvo que asumir la conducción del partido.

Organizó una nueva estructura partidaria, integrada por conspiradores jóvenes y resueltos como Armando Villanueva, Julio Cárdenas, Carlos Delgado y Luis Felipe de las Casas, que imprimían clandestinamente "La Tribuna", repartían volantes y hacían estallar por la noche inofensivos petardos de dinamita para mantener un clima de zozobra e insurrección.

Fue una sórdida lucha que duró tres años: austero, cruel, disciplinado e incorruptible, Rodríguez Ramírez presidía los arrestos, ordenaba los interrogatorios, autorizaba las torturas. El APRA

respondía a cada allanamiento con un nuevo petardo y apenas la policía lograba descubrir una imprenta clandestina, el partido montaba otra vieja y destartalada máquina para editar La Tribuna, el "pan caliente" de la clandestinidad.

A fines de 1938, Rodríguez Ramírez parecía estar ganando la partida: el Comité aprista de Trujillo estaba desbaratado, su jefe Manuel Arévalo había sido asesinado, diecisiete escondites partidarios habían sido allanados, cuatrocientos cincuenta militantes se pudrían en la cárcel, el dinero escaseaba y una facción disidente, dirigida por el cajamarquino Nazario Chávez Aliaga quería ya pactar con Benavides.

Pero el temible Ministro era espiritista.

Haya de la Torre supo que el hombre de confianza de Benavides se reunía todos los jueves, en una joyería de la calle Lezcano, con un grupo esotérico dedicado a comunicarse con seres del otro mundo.

El hombre de acción del partido, Jorge Idiáquez, propuso secuestrar al Ministro o, aún más fácil, ponerle una bomba bajo el auto; pero Haya de la Torre decidió que Rodríguez valía más vivo que muerto.

### **La conspiración de los espíritus.**

El eficiente aparato clandestino del APRA no demoró en infiltrarse en la logia espiritista: en noviembre de 1938, el propio jefe del partido asistía, convenientemente disfrazado, a las sesiones.

Los apristas lograron convencer al "médium": puesto que así lo deseaba, el general Rodríguez recibiría mensajes del otro mundo. Mediante una escenografía cuidadosamente montada, los conspiradores convencieron a Rodríguez Ramírez que próceres como Castilla, Bolognesi y Cáceres veían en él a un futuro redentor del Perú. Los supuestos fantasmas explicaron al ingenuo general que Benavides era un dictador y el Perú necesitaba un gobierno democrático.

Una noche de enero, el Ministro recibió un mensaje procedente del propio Simón Bolívar: debía reunirse con el jefe del APRA en una casa cercana al bosque de Matamula; juntos debían terminar con la dictadura, convocar a elecciones y establecer un régimen democrático. Rodríguez debía acudir solo y desarmado, manejando su propio vehículo: era una orden del general Bolívar.

Una madrugada de febrero, Haya de la Torre vio transponer la puerta de su escondite al Ministro de Gobierno y comprendió que la Conspiración de los Espíritus se había convertido en realidad. Los dos hombres no tardaron en ponerse de acuerdo: Rodríguez tomaría el poder, devolvería la legalidad al APRA y convocaría a elecciones. Para sí mismo, el general no pedía nada: volvería a servir en el Ejército.

Los detalles del golpe de Estado eran sencillos: Rodríguez Ramírez tomaría Palacio en la madrugada del domingo de carnavales, mientras Benavides disfrutaba de su habitual paseo por mar. Las tropas estaban a órdenes del Ministro. Cuando Haya de la Torre le sugirió asegurarse el control de la compañía de ametralladoras que custodiaba Palacio de Gobierno, el general no ocultó una sonrisa: que ocurriera, el jefe era su ahijado, el mayor Rizo Patrón. Ni siquiera sería necesario avisarle.

De ese modo, en la madrugada del 19 de febrero de 1939, el general Antonio Rodríguez Ramírez vistió su uniforme, se armó con una pistola calibre 6:35, tomó un cartapacio con nueve Decretos Supremos listos para la firma y se dirigió a Palacio de Gobierno para cumplir su cita con el Destino.

### **Asesinato político.**

En el asiento trasero de un automóvil Hispano-Suiza estacionado en la calle Pescadería, Víctor Raúl Haya de la Torre fumaba un cigarrillo Lucky Strike para amortiguar la tensión y abreviar la espera: dentro de unos minutos entraría en la Casa de Pizarro. En el Patio de Honor de Palacio de Gobierno, el mayor Luis Rizo Patrón revisó el pesado fusil-ametralladora ZB-30 y esperó el momento oportuno para disparar.

Lima, perezosa ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes, despertaba de mala gana, después de la turbia noche de aquel sábado de carnavales. Terminaba la fiesta en el Hotel Bolívar, las panaderías empezaban a vender, los tranvías iniciaban a desgana su rutina matinal. La ciudad estaba llena de tropa, pero el pobre-río de Santoyo, Cocharcas y Malambo igual se preparaba para seguir el cortejo de la Reina del Carnaval.

A las siete de la mañana, el golpe de Estado era un hecho, el gobierno había sido derrocado y casi tres mil soldados controlaban la ciudad en nombre del nuevo Jefe Supremo, General Antonio Rodríguez Ramírez. El Director de la Penitenciaría no salía de su asombro: se le ordenaba poner en libertad a todos los presos políticos que el propio Rodríguez había mandado encarcelar como Ministro de Gobierno. No lejos, en la calle de La Rifa, los canillitas asediaban las puertas de "El Comercio": el número no salía a la venta, los redactores del diario se negaban a publicar el Comunicado Oficial que devolvía la legalidad al partido aprista.

Pero el mayor Rizo Patrón, enérgico y ambicioso, había decidido jugarse el todo por el todo a favor de Benavides.

A las ocho de la mañana, mientras el flamante Jefe Supremo escuchaba el Himno Nacional en el Patio de Honor, Rizo Patrón disparó a boca de jarro veinte balas calibre 7.62 que fulminaron al nuevo gobernante, al alférez Lucio Valladares y al guardia Serafín Salazar. Después asumió el mando e hizo transmitir un radiograma al Mariscal Presidente: Su Excelencia podía regresar a Lima, Rizo Patrón garantizaba el orden.

Entonces Jorge Idiáquez Ríos -secretario, chofer y guardaespaldas de Haya de la Torre - encendió el motor y el auto se perdió a toda máquina por Carabaya y la Plaza San Martín: el aprismo volvía a la clandestinidad, porque la Revolución de Carnavales había fracasado.

## **El Crimen Graña.**

**(Lima, 1947)**

Eudocio Ravines, jefe de Redacción de "La Prensa", puso su revólver sobre la mesa en cuanto supo la noticia: Francisco Graña Garland, principal accionista del periódico, había sido asesinado a las siete y treinta de la noche, frente al Instituto Sanitas

El victimario era un hombre "gordo y acholado". Lo escoltaba un sujeto alto, vestido de impermeable y provisto de una pistola-ametralladora. Ravines redactó una corta crónica sindicando como autor del crimen al diputado Alfredo Tello Salavarría y la mandó publicar en primera página, con un gran titular a ocho columnas: "BÚFALOS DEL APRA MATARON A GRAÑA".

## **El Frente Democrático.**

El Presidente José Luis Bustamante y Rivero gobernaba el país desde 1945 con métodos democráticos; procuraba una restauración del ordenamiento jurídico, tras quince duros años de guerra civil. Abogado y catedrático de apacible aspecto, candidato de un Frente Democrático Nacional patrocinado por el poeta José Gálvez, Bustamante tenía el apoyo de personalidades de prestigio, deseosas de conducir el país por los caminos de la Constitución de 1933.

Pero también el APRA apoyaba al Frente, que le permitiría volver a la legalidad. "El Frente Democrático es un ómnibus: llegamos al Congreso y nos bajamos", había dicho a sus partidarios Víctor Raúl Haya de la Torre.

En la oposición estaban los civilistas, los hombres que habían gobernado el país desde la Guerra del Pacífico.

Dueños de las haciendas, los bancos y el gran comercio, los civilistas tampoco creían en el Frente y consideraban a Bustamante una especie de muñeco en manos del APRA. La poderosa familia Miró Quesada, propietaria de “El Comercio” constituía un poder aparte y tenía que saldar una cuenta de sangre con el APRA: en 1935, el Director del diario Antonio Miró Quesada y su esposa María Laos habían sido asesinados por el joven aprista Carlos Steer Lafont.

Desde el Parlamento, el APRA anunció un enérgico programa de reformas sociales. El mejor orador del Partido, el famoso “Cachorro” Manuel Seoane se encargó de explicar ese programa a las masas apristas congregadas en la Plaza San Martín. El Partido -dijo Seoane- pondría fin a la economía de “cholo barato y dólar caro” que beneficiaba a los hombres del Partido Civil, los “barones del algodón y del azúcar”. Sería, según Seoane, un proceso pacífico, pero si los civilistas mostraban resistencia “colgarán chicharrones gigantes en las torres de la Catedral.”

La representación parlamentaria aprista había jurado fidelidad a Víctor Raúl. Además, éste disponía de la formidable maquinaria conspirativa del partido. Unos tres mil activistas, veteranos en quince años de guerra civil, estaban organizados en células y disponían de armas, fondos y locales de seguridad. Un Tribunal Disciplinario del APRA, sujeto al Jefe del Partido, juzgaba sumariamente, distaba sentencias y ordenaba ejecuciones: el aprista Marcial Rossi Corsi, “soplón” que delató a Manuel Arévalo, fue condenado a muerte y ejecutado por un grupo de activistas en el Bosque de Matamula.

En 1947 se organizaron Juntas Transitorias Municipales para administrar las principales ciudades del país; el eficiente aparato partidario aprista no demoró en copar las Juntas. Ese mismo año, la crisis económica de la posguerra trajo consigo una devaluación monetaria del 100% y un incremento similar en el precio de los artículos de primera necesidad. El Parlamento aprobó la creación



de “estanquillos” municipales que venderían a precios subsidiados arroz, kerosén y otros bienes de consumo inmediato. Casi todos los “estanquillos” estaban administrados por activistas del APRA y la prensa civilista no demoró en afirmar que para comprar un kilo de arroz, era necesario estar inscrito en el Partido.

### **Un anticomunista.**

Nacido en Cajamarca en 1896, interlocutor de Mariátegui y Haya de la Torre, fundador del partido comunista, comisario político en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil Española, Eudocio Ravines abjuró del marxismo en 1942 y dedicó el resto de su vida a luchar contra toda forma de socialismo.

Su experiencia política, su pluma aguda y polémica, su capacidad para analizar a fondo y polarizar sin tregua, lo convirtieron en el mentor intelectual del Partido Civil. Los hacendados y exportadores de azúcar y algodón agremiados en la Sociedad Nacional Agraria, los “barones del algodón y del azúcar” de que hablaba Seoane aceptaron sin dudar la dirección política de Ravines.

Convertido en ideólogo del civilismo, Director de “Vanguardia” y Jefe de Redacción de “La Prensa”, Ravines articuló un programa para la que él mismo llamaba “la pobre y boba derecha peruana”.

Criticó el Contrato de Sechura, firmado entre el gobierno y la International Petroleum Company; cuestionó la política de subsidios, propuso devaluar el sol y liquidar el control de cambios para resolver la crisis fiscal. Denunció la existencia de un “ejército clandestino” integrado por los disciplinarios apristas que mandaba Alfredo Tello Salavarría, diputado por Bolívar y Secretario Nacional de Defensa del partido aprista.

El APRA preparaba –afirmó Ravines– un golpe de Estado.

### **Crisis.**

Desde el Congreso, el APRA respondió a la oposición periodística con una severa Ley de Imprenta: los diarios debían publicar una relación nominal de sus accionistas; éstos podían ser enjuiciados

colectivamente por los “delitos de prensa” que se cometieran a través de sus periódicos.

Era un golpe dirigido al plexo solar del civilismo: la Ley de Imprenta podía poner en el banquillo de los acusados a Pedro Beltrán y Francisco Graña, dueños de “La Prensa” y a toda la familia Miró Quesada, propietaria de “El Comercio”.

La derecha acudió a la manipulación económica. Los exportadores se negaron a repatriar sus capitales y contrajeron grandes deudas en moneda nacional, a la espera de una inminente devaluación.

La violencia callejera no se hizo esperar.

### **Violencia.**

El APRA copó las calles de Lima con manifestaciones que denunciaban las maniobras de la derecha y quemaban los puestos de venta de “El Comercio” y “La Prensa”. Víctor Andrés Belaúnde, senador por Arequipa invitó a los conservadores a disputar la calle a los apristas: “las masas –dijo- se combaten con las masas”.

Pero los grupos de choque del APRA desbarataron, a golpe de cadena y “pirulo”, las frágiles concentraciones de los civilistas. El 11 de octubre de 1946, comandos apristas atacaron el local de “La Prensa” en la calle Baquíjano e intercambiaron disparos con el personal del periódico.

El 7 de enero de 1947, mataron a Graña. Ravines no dudó un minuto en responsabilizar al APRA. Fue una acusación política, sin investigación previa.

### **La investigación.**

Al día siguiente, renunciaba el Consejo de Ministros y un gabinete militar, presidido por el almirante Roque Saldías, iniciaba una política de confrontación con el APRA. Ministro de Gobierno, el autoritario General Manuel A. Odría, conocido por sus opiniones antiapristas. “El mejor aprista es el aprista preso” solía decir

Odría, que convirtió la investigación Graña en una cacería de brujas contra el APRA.

El Poder Judicial pidió al Congreso el levantamiento de la inmunidad parlamentaria de Tello, como presunto victimario de Graña; el secretario de defensa del APRA era un hombre “gordo y acholado”. El 7 de enero, Tello no había asistido a la habitual sesión de su Cámara.

Tello negó los cargos: afirmó que la noche del 7 de enero estaba en un chifa, en compañía de veinticinco personas dispuestas a atestiguar. Pero el Juez Instructor no admitió la prueba testimonial: los veinticinco testigos, sostuvo, eran apristas.

La investigación se desarrollaba en un ambiente tenso, condicionado por la coyuntura política. Desde “La Prensa” Ravines acumulaba argumentos políticos y económicos, responsabilizando al APRA del crimen Graña y del alza de precios.

Una trabajadora del Instituto Sanitas identificó a Héctor Pretell Cobosmalón, veterano de varias insurrecciones apristas, como el hombre del impermeable que escoltaba al asesino. Torturado durante tres días, Pretell desmintió toda participación en el asesinato: sí, conocía a Tello, era aprista, integraba la Brigada de Defensa, pero ese día se hallaba en Trujillo. Podía probarlo, tenía pasajes y facturas de hotel.

El Juez Instructor ordenó la detención definitiva de Alfredo Tello Salavarría y Héctor Pretell Cobosmalón como presuntos responsables del asesinato. Pese a su condición de diputado, Tello fue “fichado” por la policía y exhibido en traje de presidiario sin que se hubiera dictado sentencia.

### **Un juicio político.**

Un detective canadiense, contratado por el gobierno para investigar el crimen, informó en agosto de 1948 que “no existen pruebas suficientes para responsabilizar, según la legislación criminal peruana, a los señores Tello y Pretell en el asesinato del señor Graña”.

Pero la famosa “médium” y espiritista Madame Dubois -cuyo testimonio figura en el proceso- declaró ante el Juez que Tello y Pretell eran los asesinos: lo aseguraba nada menos que el espíritu de Graña. La secretaria de Graña y su esposo, el agente viajero de Sanitas Edmundo Olavegoya, habían desaparecido dos días después del crimen.

El periódico aprista “La Tribuna” ofreció cincuenta mil soles de recompensa a quien pudiera identificar a los asesinos de Graña y diez mil soles a quien diera razón de la pareja Olavegoya.

Emplazado por la prensa civilista como autor intelectual del delito, Víctor Raúl Haya de la Torre se defendió políticamente: “el partido no tenía nada que ganar en el crimen Graña y lo perdió todo”.

### **Polarización.**

El “Crimen Graña” polarizó al país.

La minoría parlamentaria, vinculada a los exportadores, dejó de asistir a las sesiones, privando a las cámaras sin el “quórum”, necesario para sesionar. Descentralistas, socialistas e independientes renegaron de toda vinculación con el APRA. La inflación no tardó en volver impracticable el control de cambios. Convenidos de que un desenlace violento era inevitable, apristas y civilistas comenzaron a conspirar.

El encarcelamiento de Alfredo Tello Salavarría provocó una fractura interna en el APRA. Los integrantes de las brigadas de defensa protestaron por la indiferencia del partido ante el tratamiento de delincuente común al que era sometido Tello en la prisión.

Preso Tello, el Comando de Defensa del APRA cayó en manos del mayor Víctor Villanueva, un ex militar ambicioso y autosuficiente, que decidió tomar para sí mismo el control de las fuerzas de choque.

Dirigido por Villanueva, el cuerpo de choque aprista respondía con golpes rápidos y contundentes, pero inconvenientes políti-

camente. Conocidos antiapristas fueron asesinados: el industrial Pedro P. Díaz en Arequipa y el prefecto Tovar Belmont en Cerro de Pasco. En septiembre del 47, la policía abaleó a una manifestación integrada por estudiantes del Colegio Guadalupe y dio muerte al alumno Edilberto Avellaneda. Censurado por el Congreso, Odría renunció al Ministerio y Bustamante cometió el más funesto de sus errores: lo nombró Jefe de la Guarnición Militar de Arequipa, la más poderosa del país.

Desde "La Prensa", Ravines publicó el padrón secreto de las brigadas apristas de defensa y demostró que el partido tenía unos tres mil hombres listos para tomar las armas. El organismo paramilitar se consideró traicionado porque esa información sólo la conocía Haya de la Torre.

El jefe del APRA intentó controlar personalmente la maquinaria militar, pero los hombres de la clandestinidad decidieron tomar el poder por cuenta propia.

### **Golpe de estado.**

El 3 de octubre de 1948, fracasó una mal organizada sublevación de marineros y defensas del APRA, dirigidos por Víctor Villanueva, César Enrique Pardo, Luis Chanduví y Oscar Luzquiños

En el Callao, la marinería se sublevó en la madrugada del tres de octubre, dirigida por algunos oficiales y contramaestres que obedecían instrucciones del Comando Militar Aprista. Pero en Lima el complot fracasó: los líderes del APRA, encabezados por Ramiro Prialé, Manuel Seoane, Jorge Idiáquez y Fernando León de Vivero, impartieron un contraorden en nombre del propio Haya de la Torre y desarmaron a los activistas. Casi cuatro mil defensas del APRA volvieron a sus hogares sin disparar un tiro. En la tarde, los tanques del Ejército retomaron la Base Naval y derrotaron fácilmente a los marinos insurrectos

En la noche del 4 de octubre, el gobierno de Bustamante declaró fuera de la Ley al APRA, ordenó el encarcelamiento de sus líderes, la clausura de su periódico La Tribuna y el cierre de sus locales.

El 27 de octubre del mismo año, el general Manuel Odría, ex Ministro de Gobierno de Bustamante, se levantó en armas en Arequipa a la cabeza de una Junta Militar. La Junta no necesitó declarar fuera de la Ley al partido aprista y se limitó a derogar el control de cambios.

Esa misma noche, los bohemios e intelectuales congregados en el viejo "Bar Zela" de la Plaza San Martín, escucharon en silencio el boletín informativo de Radio Nacional del Perú: los exportadores volvían al poder. Entonces el poeta Martín Adán fijó sus ojos casi celestes en el fondo de una copa de pisco y pronunció una frase memorable: "el Perú -dijo- ha vuelto a la normalidad".

### **Desenlace.**

Alfredo Tello Salavarría y Héctor Pretell Cobosmalón fueron sentenciados a veinte años de penitenciaría por un Tribunal Correccional en 1954, como asesinos de Francisco Graña Garland. No cumplieron su pena; el 25 de octubre de 1960, tras catorce años de severísimo encarcelamiento, fueron indultados por el Presidente Manuel Prado Ugarteche.

Eudocio Ravines murió en Ciudad de México en 1970, atropellado por un misterioso automóvil a cuyos conductores nadie pudo identificar.

Una tibia madrugada de marzo de 1971, en Chiclayo, el médico y dirigente aprista Eduardo Laca Bazán llamó por teléfono, desde el viejo Hospital de Las Mercedes, al periódico local "La Industria". Joven aprendiz de periodista, redactor nocturno del periódico, me tocó entonces recoger el testimonio final de un moribundo.

En la cama N° 26 de la Sala San Vicente agonizaba Edmundo Olaogoya, ya casi un esqueleto devorado por el cáncer. "Yo maté a Graña, -me dijo el moribundo-. No fue por política, fue por venganza. Mi mujer era secretaria en el Instituto Sanitas y me traicionaba con Graña. Yo lo maté".

Veinticuatro años después del crimen Graña, nadie juzgó que semejante noticia mereciera ser publicada.

## Una noche en el Club Cajamarca

Después de cenar ensalada rusa, filet-mignon y fresas con crema chantilly en el lujoso comedor "Bagdad" instalado en los altos de la Municipalidad, Francisco Moreno Descalzi movió la cabeza aprobatoriamente: no hay nada que hacer, Cajamarca progresa. Qué distinto éste confortable local con mozos de saco blanco de las fondas donde el chino Chan Pen y el sanpablino Alejandro Sánchez ofrecían dudosos guisos orientales, sopas de trigo y bistecs elementales.

Atendido por su propietario Renán Arce Arana, el "Bagdad" es un establecimiento ostentoso y aseado, cuyos platos se elaboran según todas las reglas de la cocina francesa. Excombatiente de la batalla del Marne, gastrónomo que ha degustado más de una cena en el Maxim's, el señor Prefecto rememora suntuosos menús del "Cordano" capitalino, inolvidables comilonas parisienses, omelettes trufados, robustos vinos de Borgoña: veterano en las desagradables tareas de la burocracia provinciana, Moreno sabe disfrutar las pequeñas compensaciones de la vida. Se considera a sí mismo un hombre de armas tomar y es autoridad política desde que fue nombrado subprefecto de Torata, en 1919; tenía el mismo cargo en Chucuito cuando escarmentó, revólver en mano, una inaceptable sublevación de los indígenas .

Con abrigo, bufanda y sombrero, el señor Moreno contempla satisfecho a los dos guardias civiles de polainas de cuero y largos fusiles Máuser Original Peruano que vigilan la plaza.

En 1927, un Moreno aún joven había conducido hasta Chota y Cutervo las compañías de la Guardia Civil que exterminaron a



bandoleros como Benel, Vázquez y Barrón. El coronel Antenor Herrera mandaba la tropa, pero ningún fusilamiento se cumplía sin la decisión inapelable de la autoridad política. Moreno había jurado lealtad a muchos Presidentes: Pardo, Leguía, Sánchez Cerro, Samanez Ocampo, Benavides, Prado, Bustamante, en fin el actual mandatario, General de División Manuel Apolinario Odría, pacificador del Perú e implacable cazador de apristas y comunistas: cambiaban los gobiernos, el señor Prefecto seguía siendo gobiernista.

Exterminados los bandoleros, la Guardia Civil está ahora en Cajamarca para guardar el orden, para vigilar a los pocos agitadores que no están todavía en el Frontón, para proteger sobre todo una próspera actividad comercial y ganadera.

El Banco de Crédito llegó a Cajamarca en 1939 y el Popular en 1942. Desde 1930, Cajamarca cuenta con una Cámara de Comercio, que brinda asesoría empresarial y jurídica a unos cuarenta negocios importantes. La ciudad tiene cuatro salas de cine, una agencia del Jockey Club para el popular juego de la polla, una de corretaje para la compraventa de bienes inmuebles, numerosas casas comerciales, una embotelladora de gaseosas, la importante deshidratadora de leche, tres empresas de transporte de pasajeros y una para carga pesada que funcionan en la plaza de armas. Los viajeros con la prisa y el dinero necesarios para pagar 540 soles de oro, la mitad más o menos del sueldo mensual que cobra con exasperante retraso el señor Prefecto, pueden llegar a Lima en menos de tres horas utilizando el servicio aéreo de la agencia Faucett, la misma que esta mañana ha entregado en el Despacho Prefectural un sobre urgente y confidencial, remitido desde la capital de la República por el poderoso senador don Octavio Alva y León.

De don Octavio se dice que se jubilará como senador, que sabe nadar en todas las tormentas, se le menciona obligatoriamente en las ceremonias escolares, probablemente no hay en el departamento un solo empleado público que no le deba su puesto, se le indica como incansable manipulador de gabinetes. En voz baja,

se le dice cacique. Para bien o para mal, hace varias décadas que don Octavio da las órdenes en Cajamarca.

El viejo político está ahora inquieto, porque 8 agradables años de odriísmo se acercan a su fin y será necesario convocar a elecciones. Se ha pensado en don Luis Miró Quesada, director de El Comercio, pero eso sería de nuevo la guerra a muerte con el APRA. Hasta hace pocas semanas, la aristocrática candidatura de don José Antonio de Lavalle parecía victoriosa, pero un arquitecto arequipeño se postula para Presidente, empieza a hablar de planificación y de Reforma Agraria: Fernando Belaúnde.

Don Octavio preferiría un candidato intermedio, alguien de confianza pero que, de algún modo, pueda conversar con los apristas: Manuel Prado.

Tiene experiencia: según el señor Prado en el Perú hay dos clases de problemas, los que se resuelven solos y los que no se resuelven nunca. Don Octavio quisiera saber que piensa Cajamarca. Para esa delicada consulta nadie mejor que el señor Prefecto.

El señor Moreno reflexiona: la prefectura de Cajamarca es un buen puesto, pero se vuelve pésimo si faltan tres meses para unas elecciones impredecibles. Decidió no perder tiempo y se dirigió con paso aún flexible al Club Departamental Cajamarca.

Fundado el primero de enero de 1902, el Club es un local solemne, severamente lujoso. Funcionarios como el prefecto Moreno, oficiales como el jefe de la Guardia Civil Coronel Berenguel Burgos, han de esperar largos meses para ser admitidos en tan exclusiva institución. Todos los diputados por Cajamarca han sido previamente socios de este aristocrático recinto. Escenario de amables reuniones, de interminables partidas de póquer o de pinta en que a veces se juegan fortunas, el Club ofrece dos recepciones anuales: el 28 de julio y el 31 de diciembre.

Casi todos sus socios son terratenientes. Unos pocos comerciantes, con tres o cuatro décadas de reputación intachable, pueden frecuentar tan selecto lugar.

Veterano de la política lugareña, Moreno ha decidido conversar esta misma noche con el dueño de La Pauca, Huagal y Laguna Seca, Rafael Puga-Estrada, el más poderoso hacendado de la región, presidente del Club.

Comprobó que llegaba tarde, olfateó un ambiente propicio a la política, vio llegar a hombres que podían gastar en una noche seis meses de remuneración prefectural. Constató ya sin sorpresa que alguien había citado a los hacendados Intercambió saludos con algunos socios, no tardó en sentirse un poco extraño a tan importante reunión y aceptó sin entusiasmo una partida de billar con el bibliotecario del Club, el doctor Zaldívar.

Sin formalidades, los hacendados van reuniéndose en el despacho del Presidente: esta vez, el señor Prefecto no está invitado.

Con el rabillo del ojo vio como entraban Alejandro Castro Mendivil, dueño de La Colpa y presidente además de la importante Asociación de Agricultores y Ganaderos.; Manuel Cacho Sousa, señor de La Quispa y también pionero de la ganadería lechera; Enrique Dobbertin , propietario de Shultin, ganador de una medalla de oro en la exposición de 1952 , copropietario del novedoso supermercado local , también criador exitoso de carpas y truchas en los estanques de su hacienda . Con Juan Miguel Rosell, dueño de El Triunfo y condecorado con la orden del Mérito Agrícola, también entraba el propietario de Edelmira, Luis Querzola.

El prefecto se preguntó con amargura cuál de los hacendados recibía también comunicaciones confidenciales del senador Alva y León.

Los dueños de Cajamarca acuden a la decisiva reunión: los mayores hablan de la reciente epidemia de aftosa, de los impresionantes éxitos de la aviación norteamericana en la guerra de Corea; los más jóvenes rememoran inacabables noches de jarana en el grill Bolívar, de Lima, donde Raúl Villarán y Guido Monteverde presentan el más novedoso espectáculo de bataclanas de Sudamérica: las Bim Bam Bum, nalgas inolvidables.

Ahí estaba Francisco Anduaga, de Quilcate , Richard Knoch , de Polloc, Mario Miranda , de Llushcapampa , Augusto Ganoza, de El Carmen, Emilio Alzamora, de Tartar, Serapio Montoya, de Sullushcancha , Serapio León, de Torrecitas .-

El señor Prefecto no se atrevía a calcular cuánto valían, en tierras y en ganado, los hacendados reunidos en el despacho del Presidente. La puerta no se cerró hasta que los terratenientes colmaron el recinto: el prefecto vio entrar a Mauro Novoa, dueño de Tres Molinos, a Melquíades Horna de San Roque y Argentina, a Ulises Díaz de Bellavista, a Pedro Soto de Bambamarca, a Absalon Pajares, de Mashcon , a Wenceslao Valera de Las Vegas , a Abraham Noriega ,el dueño de Santa Paula que acaba de donar 6,500 soles para erigir un templo a la Virgen de Fátima. La ausencia de Manuel Noriega, propietario de Santa Margarita y aprista tan conocido como el ex- alcalde Carlos Malpica, reforzó las deducciones prefecturales: no era una reunión de ganaderos, sino una sesión política.

Los hacendados que visitan el Club Cajamarca son, sin excepción alguna, proveedores de la Compañía Peruana de Alimentos Lácteos.

Perulac produce leche condensada y azucarada Nestlé, leche acidificada en polvo para bebés, Pelargón, leche en polvo descremada, Eledón, leche en polvo modificada para lactantes, Lactógeno y leche en polvo semidescremada, Nestógeno. Sus redes de acopio llegan hasta Jaén, de donde traen insumos para fabricar café deshidratado en polvo, Nescafé, y también Milo, novedosa bebida con sabor a chocolate.

Hay en el departamento unos quinientos kilómetros de carreteras precariamente afirmadas; los hacendados han conectado sus haciendas a las carreteras, tendiendo trochas carrozables para ofrecer directamente su producto en el mercado lechero. A principios de siglo, la firma Kuntze y Cía. logró instalar el primer servicio telefónico, cuyas líneas se extendieron hasta Pacasmayo; la empresa quebró en 1944 y recién en 1951 Rómulo Sáenz ha logrado abrir, con los antiguos equipos, su línea telefónica Atahualpa, de 300 abonados. La compañía peruana de teléfonos

está instalando otras 300 líneas, en cumplimiento de un decreto supremo oportunamente gestionado por el senador Alva y León; el alumbrado eléctrico que ahora permite al Prefecto contemplar la sesión de los notables, proviene de la empresa El Molino, propiedad de Eloy Santolalla: sus dos generadores hidráulicos producen 140 Kw. y acaba de instalar dos generadores térmicos, de 50 Kw. cada uno.

Al prefecto le preocupa la nueva radiodifusora Cajamarca que administra el alcalde Diego Uceda Cobián: una radio siempre es una radio y si ahora hay más electricidad, si se instalan como se ha anunciado diez altoparlantes en las diferentes esquinas de la ciudad, una radio puede convertirse en instrumento de cualquier agitador.

Decidió dar parte cuanto antes a la Dirección General de Gobierno Interior, centro neurálgico del Ministerio.

Uno a uno llegaban Attilio Sattui, de El Molino, Lizardo Miranda, de Moyopata, José Manzanedo de La Alameda, Ramiro León de Santa Leonor, Antonio Urteaga de Miraflores, Nicanor Chavarry, de Otuzco, Cornelio Diaz, de La Huaylla, Horacio Silva de San Ignacio, José Madueño de Yanamarca. Cuando el señor de La Perla, Luis Amorín, ingresó finalmente al despacho del presidente, la puerta se cerró y el señor Prefecto apenas pudo contener un silbido: estaban ahí todos, completos. -

No había nada que hacer: la decisión se tomaría esa misma noche, en las propias barbas del Prefecto.

La reunión no empezó hasta que los terratenientes colmaron el recinto. Cuando el señor de La Colpa -y vicepresidente del Club-Alejandro Castro Mendivil, ingresó finalmente al despacho presidencial y cerró la puerta, el señor Prefecto apenas pudo contener un silbido: estaban ahí todos, completitos, la decisión se tomaría esa misma noche.

Decidido a esperar, el señor Moreno Descalzi pide una baraja y se enfrasca en las inusuales combinaciones de un solitario a la francesa, mientras deliberan los dueños de Cajamarca.

Después de dos horas, vio salir al poderoso presidente del Club, los hacendados rodearon cordialmente al Prefecto y el señor Puga-Estrada pidió whisky para todos.

A la mañana siguiente, con la boca seca y la cabeza adolorida, el señor Prefecto no se preocupó mucho por mitigar las consecuencias de la bebida: había sido una noche provechosa. Utilizando los privilegios de su cargo, empleó una clave privada para cifrar a toda prisa un escueto telegrama al senador Alva y León: Cajamarca votará por Prado, el señor Puga viajará el lunes, por avión, para definir con don Octavio los detalles de la lista parlamentaria.

## **La historia del "Ché" Guevara.**

**(Bolivia, 1967)**

Herido en las piernas y atado a una silla de madera, el hombre demacrado vestía un deteriorado uniforme verde oliva y fumaba tabaco negro en una pequeña pipa. Cuando el verdugo entró a la pequeña habitación y le apuntó con una carabina M2, el prisionero dijo “¿Vienes a matarme? Vas a ver como muere un hombre... ¡dispara!”

El sargento Mario Terán disparó a boca de jarro: Ernesto Guevara de la Serna, conocido en la historia como El Ché, murió a mediodía del nueve de octubre, en la escuela de La Higuera, aproximadamente veinte horas después de ser capturado por una patrulla del Ejército boliviano.

Terminaba así una de las más extraordinarias aventuras político-militares en la convulsionada historia de América Latina.

### **El joven Guevara.**

Nacido en la ciudad argentina de Rosario, Ernesto Guevara de la Serna estudió medicina y se incorporó muy joven al naciente movimiento antiperonista. Como su padre, como los estudiantes de su tiempo, como la clase media de su país, Guevara repudiaba al peronismo, ese fascismo temperamental y sudamericano que descartaba la democracia y proponía una sociedad jerárquica y vertical, basada en la subordinación y el bienestar, ajena a la cultura.

Viajó por América, “la Patria Grande”: conoció Bolivia y sus minerales, el Perú y sus lazaretos, Brasil y su enorme extensión deshabitada.

Un segundo periplo lo llevó a Guatemala, una “República banana” que por primera vez ensayaba un gobierno ajeno a la todopoderosa influencia de los Estados Unidos.

Amarga experiencia: el Presidente no estaba de acuerdo con la poderosa “Yunaited”, la United Fruit, el enorme monopolio bananero que, desde 1907, decidía el destino del Caribe. Cuando la “Yunaited” decidió poner término al inaceptable fenómeno de una República centroamericana rebelde a su poder, Guevara conoció directamente el inexorable mecanismo de una contrarrevolución articulada y financiada desde los Estados Unidos.

La diplomacia de Roosevelt, que proponía gobernar a los latinoamericanos mediante “palabras suaves y un garrote grande” fue puesta en práctica rápida y eficientemente. El gobierno guatemalteco fue derrocado y el joven Guevara, entre otros miles de exiliados, recaló en México, ya casado con una peruana, ya padre de una niña, fotógrafo ambulante para vivir.

En México conoció a otro deportado: Fidel Castro. Venía de Cuba, era jefe de un pequeño partido llamado Movimiento 26 de Julio, también quería derrocar a un dictador.

Castro explicó que Fulgencio Batista gobernaba Cuba con mano de hierro, la economía del país estaba condicionada por el monocultivo del azúcar y los sucios negocios del juego y la prostitución de lujo.

Una intentona inicial de capturar el Cuartel Moncada en la localidad cubana de Santiago había concluido en un sangriento fracaso y Castro, juzgado por un Tribunal Militar, había aceptado toda la responsabilidad de la insurrección: “sentenciadme, no importa; la Historia me absolverá”, había dicho a sus jueces.

En México, Castro organizaba un grupo rebelde para desembarcar en Cuba, y derrotar al ejército mediante una guerra de guerrillas. Guevara aceptó participar en la nueva aventura y se convirtió en el Che.

### **El Che.**

La hazaña parecía destinada al fracaso: 82 jóvenes adiestrados por el exilado español Alberto Bayo desembarcaron en Cuba provistos de mucha fe y pocas armas. En el primer combate, fue-



ron sorprendidos y casi exterminados en la Playa de las Coloradas por el ejército profesional cubano.

Entre los doce sobrevivientes que se reunieron con Fidel en el Pico Turquino, el monte más alto de Cuba, estaba el Che: enérgico, asmático, incansable, animoso, lleno de buen humor e iniciativa, el médico argentino se convirtió pronto en el mejor lugarteniente de Castro.

Dos años después, cuando la guerrilla dejó la Sierra Maestra y bajó al llano convertida ya en una considerable fuerza de casi cuatro mil veteranos, el Che era jefe de una columna encargada de invadir el centro de la isla y capturar Santa Clara, centro logístico y columna vertebral del ejército cubano.

El 1º de enero de 1959, los teletipos de las agencias de prensa internacionales -sujetas a estricta censura- anunciaban una aplastante victoria del ejército regular en Santa Clara. Pero esa misma noche, el dictador Batista abandonaba la fiesta de Año Nuevo que se celebraba en el Palacio Presidencial y escapaba a Miami, llevando en dos maletas cinco millones de dólares en billetes, porque la decisiva batalla de Santa Clara se había perdido y con ella la guerra.

Con menos de quinientos hombres, el Che había entrado en la ciudad y derrotado a cuatro batallones, capturando diez mil fusiles, veinte tanques y abundante munición. Una semana más tarde Fidel Castro entró en la Habana. El Che estaba en la ciudad desde tres días antes y ya ejercía el mando de la Fortaleza de La Cabaña, centro neurálgico de la capital.

### **El gobernante.**

Tal vez aquella increíble victoria -y los brillantes años subsiguientes- convencieron al Che de que todo era posible. Aceptó, con entusiasmo, todos los cargos de la naciente Revolución.

Cuando fue necesario juzgar a los criminales de guerra y torturadores al servicio de Batista, el Che aceptó la Presidencia del Tribunal Revolucionario y asumió la dura responsabilidad de auto-

rizar unos cuatrocientos fusilamientos. Cuando se decretó la Reforma Agraria, el Che aceptó conducirla. Cuando nadie quería ser Presidente del Banco Nacional en quiebra, asumió el cargo y firmó los nuevos billetes con una sola palabra: Che. Cuando dos mil quinientos cubanos anticastristas desembarcaron en la Bahía de Cochinos, el Che tomó el mando de las fuerzas de choque que derrotaron a la expedición.

Cuando se convocó a una Conferencia de Cancilleres americanos en Punta del Este, Uruguay, el Che aceptó también la difícil embajada y cuestionó la propuesta norteamericana de una Alianza para el Progreso basada en la ejecución de obras de infraestructura: “están ustedes planificando letrinas -dijo a los cancilleres- no se trata de dotar a los pobres de servicios higiénicos, es preciso darles de comer”.

Cuando los Estados Unidos decretaron el bloqueo económico contra Cuba, el Che viajó a Rusia y firmó los primeros Tratados que determinaron los próximos 27 años de la alianza ruso-cubana.

Designado después Ministro de Industrias, emprendió la más difícil de todas las utopías: Cuba debía industrializarse, satisfacer con recursos propios sus propias necesidades, disponer de una economía autosuficiente.

No pudo ser, el costo era abrumador.

En 1964, Castro viajó a Rusia para negociar nuevos subsidios y regresó con un desalentador eufemismo: en la nueva “división del trabajo del campo socialista”, a Cuba se le había asignado la tarea de producir azúcar. Era, otra vez, el monocultivo azucarero.

Entonces, el Che renunció.

### **El guerrillero.**

“Renuncio a mis grados militares, a mis cargos en el gobierno, a mi condición de cubano”le escribió a Fidel Castro en una carta que se publicó después de su muerte. Volvía a ser el apátrida, el desterrado. Se proponía crear “dos, tres, muchos Vietnams”, con

una serie de guerrillas destinadas a construir un nuevo campo socialista para derrotar políticamente a Rusia y militarmente a los Estados Unidos.

A fines de 1966, con un pasaporte uruguayo y una credencial a nombre de Adolfo Mena, Guevara ingresó en Bolivia para protagonizar su última aventura.

La guerra de guerrillas según el modelo cubano - a su vez inspirado en las "montoneras" sudamericanas del siglo XIX- aspiraba a una lenta y progresiva erosión de las fuerzas regulares mediante ataques sorpresivos ejecutados por una fuerza muy ágil, capaz de capturar armamento, incorporar nuevos reclutas y movilizar poblaciones descontentas hasta alcanzar niveles de consolidación que permitieran, finalmente, la derrota del ejército regular y la toma del poder.

El "guevarismo" era una versión heterodoxa del marxismo, inspirada en las hazañas de Bolívar y los escritos de Martí. Guevara aceptaba ritualmente las teorías de Marx y Engels que definían la Revolución como tarea histórica de los obreros y los campesinos. Pero, -entendía el- la Revolución sería obra una clase media intelectual y comprometida, que lucharía organizándose en guerrillas mal armadas, pero motivadas por una profunda convicción moral.

Con una precaria guerrilla compuesta por cubanos, bolivianos y peruanos, el Che intentó repetir en Bolivia la experiencia cubana.

Fracasó.

La táctica guerrillera había sido intensamente analizada por los expertos norteamericanos, que entrenaban a soldaditos bolivianos hasta convertirlos en bien armadas compañías de "rangers".

Las distancias eran grandes, la dificultad del abastecimiento enorme. La clave del proyecto guerrillero era la incorporación del campesinado. A diferencia del guajiro cubano, el campesino boliviano se negó a incorporarse a la guerrilla y ésta se vio obligada a desplazarse lentamente por el inmenso y desolado terri-

torio, casi sin recursos, aceptando choques parciales con un ejército cada vez mejor entrenado.

Las bajas en combate no se podían reponer y así, en la madrugada del ocho de octubre de 1967, el Che sólo tuvo consigo 17 hombres para acompañarlo en su último combate.

### **La leyenda del Che.**

Con el trágico final de su aventura, empezó su leyenda. Las ideas por las que Ernesto Guevara de la Serna dio la vida, la generosa promesa socialista que movilizó multitudes, el momento fugaz en que una generación creyó posible tomar los cielos por asalto, pertenecen ya a la Historia.

Pero el testimonio de austeridad, de voluntad estoica, de compromiso y desinterés que Guevara modeló a lo largo de su existencia, permanece intacto y vigente. Su historia nos enseña cuán altas son las cumbres que puede alcanzar el hombre cuando es capaz de poner la voluntad al servicio de un ideal.

## **Fusilamiento en Cajamarca.**

**(Cajamarca, 1970)**

Los policías y empleados de la prisión se despidieron del condenado, que estaba increíblemente sereno. Cuando lo ataron al poste del suplicio, empezó a repetir en voz alta: “van a matar a un inocente, que Dios los perdone”.

Su defensor, el entonces joven abogado Carlos Alarcón Gálvez, le estrechó la mano y le dijo “ha llegado tu hora, muere como hombre”. El reo respondió “que Dios le ayude, doctor”.

Fueron sus últimas palabras: a las 4:30 de la mañana del 10 de septiembre de 1970, en el patio de la cárcel de Chontapaccha, con los ojos vendados y un círculo de cartón pegado al pecho, Ubilberto Vázquez Bautista recibió el fuego de doce fusiles Máuser Original Peruano modelo 1909, disparados por guardias republicanos enmascarados. Algunos fusiles estaban cargados con cartuchos de foguero, pero una de las balas le alcanzó al corazón. No murió de inmediato, se derrumbó en el poste sin caer, sostenido por las cuerdas. El oficial que mandaba el pelotón demoró en acertar el tiro de gracia, porque las manos le temblaban. Después de la ejecución, el juez de turno Víctor Portilla sufrió un infarto cardiaco y fue necesario llamar a un segundo Juez, Alfonso Huanqui Alpaca, para que presidiera los ritos funerarios.

Previamente, la víctima había soportado el atroz ritual administrativo de la pena de muerte: frente al ataúd abierto que lo esperaba, le tomaron huellas digitales para su identificación, un médico legista comprobó su buen estado de salud y el secretario del juez dio lectura a la sentencia de la Corte Suprema que, reformu-

lando la Resolución del Tribunal Correccional de Cajamarca, disponía el fusilamiento del reo como responsable de la violación y muerte de una niña, ocurrida cinco años antes en el lejano caserío de Yanucuna, en el distrito de Huambos, provincia de Chota.

### **Los setenta.**

Fue la década en que todo parecía posible.

Los universitarios marchaban en apoyo a Vietnam; las muchachas de su casa usaban minifalda y las que no lo eran tanto se preciaban de no llevar sostén; Lucha Reyes cantaba “Déjalos” y los Beatles cantaban “Yesterday”: ayer.

Ayer había sido asesinado el “Che” Guevara; ayer nomás, Velasco Alvarado había decretado la Reforma Agraria más radical de América Latina; desde ayer Salvador Allende era Presidente de Chile; apenas ayer dos periodistas del “New York Times” habían empezado a investigar el “caso Watergate”; ayer, los estudiantes del Quartier Latin casi habían echado del poder a De Gaulle en Francia. En alguna pared parisiense, un estudiante anónimo había escrito la consigna luminosa que identificaría a la década: “prohibido prohibir”.

Los setenta fueron tal vez el último tiempo de las ilusiones. Cuando las grandes ciudades empezaban a llenarse de migrantes; cuando la juventud insistía en hacer el amor y no la guerra; cuando los “bluejeans” reemplazaban al saco y la corbata; cuando todavía era posible volver en tranvía de la Plaza San Martín a Magdalena a las once de la noche sin ser acuchillado; cuando en los bares bravos del Callao se empezaba a bailar la salsa, Ubilberto Vázquez Bautista fue fusilado en Cajamarca.

### **Pena de muerte.**

Era un recio cholo chotano, de piel blanca y unos 30 años de edad. Estaba en prisión hacía más de cuatro y contra los consejos de su defensor había apelado la sentencia de 25 años de internamiento que le impuso el Tribunal Correccional. La primera sentencia había sido anulada porque lo vocales no votaron sobre

la pena de muerte. Al empezar el segundo juzgamiento, el abogado aconsejó a Vázquez aceptar una pena de prisión: su vida estaba en riesgo.

Pero el preso se negó: “ya he estado preso cinco años, no voy a soportar veinte” dijo. Cuando se le impusieron, por segunda vez 25 años, Vázquez Bautista apeló de nuevo. Hasta el fin, el reo proclamó su inocencia. 25 años después, su abogado defensor sostiene que todavía existe la duda: nunca se determinó el tipo de sangre encontrado en la ropa del acusado. Esa sangre y el testimonio dudoso de un testigo de catorce años, fueron los elementos de juicio que animaron al Juez Instructor de Chota y, más adelante al Tribunal Correccional.

Pero la Corte Suprema sentenció a Vázquez Bautista a la pena de muerte. Cajamarca seguía de cerca los sucesos, -recuerda el abogado defensor Carlos Alarcón-: al principio, toda la ciudad estaba en contra del reo, la gente se aproximaba a la cárcel para exigir la ejecución; pero los largos días de la terrible espera sensibilizaron a la población, que muy pronto empezó a pedir clemencia, apoyando con memoriales la solicitud de indulto. Mientras el Presidente Velasco Alvarado analizaba la petición, el reo permaneció más de quince días en capilla, se convirtió a una confesión protestante y fue bautizado por inmersión en el río San Lucas.

Dedicaba largas horas a la lectura de la Biblia. Antes de morir, Vázquez contestó para los periodistas un cuestionario escrito: era inocente, -dijo- había apelado de propia voluntad, prefería la muerte a otros 20 años de cárcel.

Un escueto telegrama firmado por el Secretario del Consejo de Ministros confirmó que Velasco denegaba el indulto: previamente, el Presidente había consultado por teléfono a uno de los vocales del Tribunal. El reo se despidió de su hermano, le entregó sus escasas pertenencias y le encargó velar por su madre. Caminó hacia el patio, -dice el defensor- “tranquilo, como si fuera a declarar en el Juzgado”. Antes, Vázquez Bautista había tendido su cama y puesto en orden su calabozo.

A doscientos metros de distancia, retenida por un cordón policial, la multitud lloraba. Esa noche nadie durmió en Cajamarca.

### **Lo vi morir.**

Esa madrugada recibí mi primera pateadura policial, mientras intentaba rescatar a René Pinedo, fotógrafo de “Caretas” también apaleado a la entrada del cementerio. Era un periodista aprendiz de 19 años cuando vi fusilar a Ubilberto Vázquez Bautista, desde un tejado que alquilé por cincuenta soles.

Cajamarca era entonces una ciudad pequeña, que empezaba en el Arco y terminaba en la Recoleta.

Los periodistas estábamos en Cajamarca para ver cumplirse la primera pena de muerte que se dictaba en el Perú desde 1956; jóvenes, escépticos, bohemios, teníamos que hacer gala de dureza e indiferencia para “entrar” al círculo de corresponsales veteranos que, como Hubert Cam Valencia y Humberto Castillo Anselmi, no se asombraban ya de nada.

Fueron, en realidad, días de pocas noticias.

Esperábamos a la entrada de la Corte, buscábamos en vano alguna entrevista, intentábamos franquear la puerta de la cárcel y finalmente acudíamos al “Moxa” en la esquina de Belén y Amalia Puga, donde consumíamos la noche en timbas tormentosas, irrigadas con poca cerveza y buen pisco “Sol de Ica”.

Esa noche vi -nunca lo olvidaré- a un hombre maniatado, atado a un poste, vendado e impotente frente a doce fusiles. Vi la maquinaria inexorable de la Justicia. Lo vi morir -recuerdo- en un escenario surrealista, a la medialuz de un amanecer dudoso de septiembre, lo vi indefenso y mudo, más humano que ningún otro ser humano que haya visto después y comprendí sin sorpresa que aquel reo a quien estaban matando era mi hermano, que era hermano de todos los demás.

Aquella madrugada, el reo sufrió menos que cualquiera de los presentes. Creo que cualquier delincuente puede, por sus delitos y ante la justicia humana, merecer la pena de muerte.



Pero no creo, sé, estoy seguro, que ningún hombre, cualquiera que sea su condición, merece verse obligado a emitir, ejecutar o ser espectador de una ejecución capital. Desde esa fría madrugada de septiembre he sido opositor irreconciliable a la pena de muerte: no sirve para castigar al reo, sino para mutilar a la sociedad.

### **Culto a la víctima.**

Treinta y tres años después de su ejecución, Ubilberto Vázquez Bautista es objeto de un extraño culto cuyo templo es una tumba del cementerio de Cajamarca.

Adornada con placas y ex-votos que recuerdan los milagros concedidos, guarnecida con rejas y cruces de fierro, cubierta con multicolores bufandas de lana ofrecidas por devotos que desean resguardarla del frío de la noche, la tumba del ajusticiado es visitada por fieles que recitan oraciones, encienden velas y esperan milagros.

Verdadero “santo informal” del nuevo siglo, Ubilberto Vázquez Bautista es venerado, como Sarita Colonia y la Beatita de Humay, por personas que, de algún modo- se consideran católicas.

Hay una veta milenarista en ese “culto a la víctima” que está creciendo rápidamente en Cajamarca; no sólo migrantes y marginales: también elementos de una clase media emergente, en especial comerciantes veneran la memoria del ajusticiado.

La duda sobre la culpabilidad del reo anima a las dos tendencias que coexisten en esta extraña concepción religiosa. Quienes lo creen inocente y lo veneran como un mártir, expresan una protesta inconsciente contra el sistema judicial: le ofrecen velas y esperan de él milagros.

Pero otros creyentes piensan que Vázquez Bautista era en realidad culpable, que al momento de cometer su crimen estaba poseído por el Demonio: ellos dejan junto a la tumba rocotos, prendas íntimas de hombre y de mujer, fetiches de una especie de culto satánico clandestino del que esperan obtener potencia se-

xual, éxito en sus relaciones con el otro sexo y también venganza contra enemigos supuestos o reales.

Tal vez ese culto nació del terrible impacto que ocasionó el fusilamiento en la pequeña y provinciana Cajamarca de hace 30 años. Tal vez no Pero estamos, sin duda, ante una nueva expresión de ese “culto a la víctima” que subyace en el origen de muchas religiones, desde el viejo mito de Osiris.

## **El caso Banquero.**

**(1º de enero, 1972)**

La mujer alta y atractiva, de grandes ojos negros, lavó cuidadosamente sus partes íntimas y se vistió. Después lavó y colgó a secar su ropa interior usada, se maquilló y marcó un número telefónico. Explicó serenamente que había ocurrido una desgracia: había sido violada por Juan Vilca, que también había maltratado al señor Banquero.

Media hora más tarde, un médico de la familia y el jefe de seguridad del más grande consorcio pesquero del país llegaban a la casa de campo cerca de Chosica. Los recibió una mujer serena que sin decir palabra los condujo al “hall” de la vivienda: envuelto en dos frazadas, con el rostro deformado por los golpes y la espalda perforada a puñaladas, agonizaba el hombre más rico del país.

Así empezó, en el Perú de los setenta, el “caso Banquero”.

### **El “boom” pesquero.**

En el “Mickey Mouse” de Chimbote, los pescadores encendían sus cigarros con billetes de cien. El próspero puerto pesquero de doscientos mil habitantes era centro neurálgico de la mayor industria del país, la pesca. Casi cinco mil bolicheras descargaron en 1971 doce millones y medio de toneladas de anchoveta, -pero también liza, jurel, chimbo y cachema- para abastecer unas cuatrocientas fábricas de harina y aceite de pescado. Setecientas prostitutas peruanas, chilenas, francesas, colombianas y polacas prosperaban en las tormentosas noches prostibularias de la Casa

Blanca, la Casa Rosada y el “Mickey Mouse”, mansiones de placer del próspero Chimbote.

La ciudad vivía, crecía y prosperaba al ritmo febricitante del «boom» pesquero. Al norte, trepidaba la chancadora de la Corporación; ríos de hierro al rojo vivo se derramaban en la Siderúrgica que ese año produjo su primer millón de toneladas de acero; en Coishco treinta mil emigrantes levantaban, ladrillo sobre ladrillo, una nueva población; al sur humeaban las fábricas de harina y aceite de pescado; al abrigo de la Isla Blanca acoderaban buques griegos, liberianos, italianos, alemanes, ingleses y norteamericanos, que acudían a Chimbote desde todos los rincones del planeta para cargar la cotizada harina de pescado peruana cuyo principal productor era Luis Banchemo Rossi.

### **Asesinato en Año Nuevo.**

Amigo de nadie, todopoderoso, desenvuelto y dadivoso, Banchemo era dueño de OYSSA, un conglomerado de fábricas y bolicheras cuyo producto bruto -según el “Financial Times” de Nueva York- alcanzó los sesenta millones de dólares en 1970. Gerenciaba su propia agencia de exportación para comercializar la harina y el aceite de pescado producida por unas diez mil personas -ingenieros, contadores, abogados, obreros, vendedores, oficinistas, pescadores, marineros y mecánicos- que trabajaban para él.

Una cadena de diarios y sólidas vinculaciones con generales, políticos y embajadores garantizaban la integridad de su imperio. Controlaba además -por medio de robustos y bien pagados matones- la poderosa Federación de Pescadores del Perú.

A Banchemo lo mataron el día de año nuevo, en su casa de campo de Chacrasana, cerca de Chosica. Llegó cadáver a la Clínica Javier Prado, donde los médicos se limitaron a constatar el deceso.

### **Encubrimiento.**

La investigación pronto comprobó que el médico de la familia y el jefe de seguridad de OYSSA habían cometido un delito contra

la administración de justicia al levantar un cadáver sin orden judicial.

La secretaria de Banchemo, Eugenia Sessarego Melgar, explicó tranquilamente que el asesino era Juan Vilca Carranza, hijo del jardinero de la residencia. Dijo que habían sido amenazados con una pistola Luger Parabellum por el escuálido muchacho de un metro cincuenta y dos centímetros de estatura. Después, el victimario había amarrado a Banchemo con alambres eléctricos y lo había golpeado en el cráneo con una estatua de mármol de siete kilos ochocientos gramos. Ella -explicó- había sido conducida por Vilca a un dormitorio y violada: no había visto nada más.

Vilca aceptó inicialmente su responsabilidad y después se retractó: había sido instigado por la secretaria para autoinculparse “por unos días”, dijo. Ofreció después varias versiones contradictorias y terminó negando todos los cargos. El Juez Instructor Raúl Cubillas León cerró el “Caso Banchemo” en tres semanas: el magnate había sido asesinado por Juan Vilca, un maniático sexual obsesionado por el deseo de violar a la secretaria Eugenia Sessarego.

El asesino era menor de edad y, en consecuencia, inimputable.

### **En busca de la verdad.**

Pero la Corte Suprema decidió ampliar el proceso. Nombrado Juez Instructor ad-hoc para el caso Banchemo, el joven abogado José Santos Chichizola utilizó métodos científicos y estuvo muy cerca de llegar a la verdad.

Una pericia contable practicada en OYSSA demostró que Banchemo había depositado unos 350 millones de dólares en cuentas cifradas de varios bancos europeos. La autopsia acreditó que el hombre más rico del Perú había sido torturado durante casi tres horas antes de morir. La suya fue una lenta agonía; virtualmente le habían destrozado la cara. Había sido atado después de muerto, porque su cadáver no presentaba equimosis. Banchemo, que pesaba noventa kilos, hubiera podido reducir fácilmente a Vilca, endeble hombrecillo de un metro cuarenta y ocho centímetros.

El dinamómetro demostró que Vilca -presunto asesino- no tenía la fuerza muscular necesaria para apuñalar a Banchemo. El cuchillo de cocina con que se cometió el crimen había sido comprado, dos meses antes, por la secretaria Eugenia Sessarego Melgar. En el zapato izquierdo de Banchemo se encontró sangre de un tipo diferente a la de todos los supuestos participantes en el asesinato. Otro dictamen pericial acreditó que Banchemo nunca fue golpeado en el cráneo con una estatua de mármol, sino «noqueado» mediante golpes en la cara aplicados con «manoplas» de acero.

Cuando tres médicos legistas acreditaron que Juan Vilca padecía de impotencia sexual, la teoría de la violación de Eugenia Sessarego, -supuesto móvil del crimen- se vino abajo. Entonces ella admitió que había «ayudado» a Vilca a consumir el coito.

### **La huella de los nazis.**

El cuatro de abril de 1972 el periodista Herbert John publicó en el diario "Bild" de Hamburgo un documentado artículo acusando del asesinato a la organización clandestina de ex nazis conocida como ODESSA. John -un periodista vinculado a las empresas Banchemo-, denunciaba que Klaus Altmann, sicario de ODESSA establecido desde 1956 en el Perú, había organizado el asesinato para apoderarse de los fondos depositados por la víctima en varios bancos alemanes y suizos.

En la tarde del seis de abril, el Juez Instructor José Santos Chichizola allanó cerca de Chosica varias granjas avícolas propiedad de Altmann y su socio Federico Schwend: encontró armas, dólares, documentos en clave y aparatos de interceptación telefónica.

El periodista Albert Brun -corresponsal en el Perú de la agencia France Presse- identificó a Altmann como Klaus Barbie, «El Carnicero de Lyon», torturador de la SS y asesino del héroe de la Resistencia Francesa Jean Moulin.

### **Conclusión.**

Vencido el plazo de la investigación, el Juez Santos Chichizola sindicó a Juan Vilca Carranza y Eugenia Sessarego Melgar como

cómplices y encubridores de un asesinato cometido por terceros, con alevosía y ventaja, para apoderarse de los caudales depositados por la víctima en bancos del extranjero.

Pero el III Tribunal Correccional no fue de la misma opinión: Juan Vilca y Eugenia Sessarego fueron sentenciados, como únicos autores del delito, a dieciocho y seis años de prisión respectivamente. La Sessarego fue indultada en 1976, pero Vilca cumplió su pena sin decir palabra. Klaus Altmann, identificado como el asesino nazi Klaus Barbie, fue extraditado a Francia y sentenciado a cadena perpetua en una cárcel de Lyon, escenario de sus crímenes.

Los herederos de la víctima nunca pudieron retirar los fondos que Bancharo poseía en el exterior, porque siempre ignoraron los números y claves necesarias para identificar y manejar las cuentas secretas donde el hombre más rico del Perú había depositado las fabulosas utilidades del “boom” pesquero.

## **La Reforma Agraria en Cajamarca**

**(Lima, junio de 1972)**

Repasó mentalmente la agenda, se aseguró que como siempre llevaba la pistola en el bolsillo, constató que su uniforme cumplía los más severos requisitos del reglamento y entró a la sala de sesiones donde esa misma noche se decidiría de una vez por todas, la suerte del latifundismo cajamarquino.

Juan Velasco Alvarado había tomado el poder, quebrado el espinazo a la vieja oligarquía, rifado su poder a vida o muerte, decretado en fin la más radical Reforma Agraria de América Latina que esa misma noche iba a ponerse a prueba en Cajamarca.

Las frías cifras del censo agropecuario de ese mismo 1972, indicaban que en ninguna otra parte del Perú era más urgente la Reforma Agraria: las dos terceras partes de la tierra estaban en manos de un insignificante 7.5% de la población rural; el 92.5% restante, harapientos siervos de hacienda o minifundistas al filo de la desnutrición.

Los técnicos del Ministerio de Agricultura objetaron que el inminente proceso de Reforma Agraria iba a poner en peligro la importante industria lechera de Cajamarca, la segunda del país. El latifundio de Cajamarca había llegado más allá de los límites tolerables, contestó Velasco: no estábamos hablando de una planta lechera, se trataba de la vida de un millón de peruanos y con eso no se juega.

Tras las cifras del censo, el general adivinaba fácilmente la harapienta multitud de los pobres entre los pobres, los que acostum-



braban hablar con sus patrones sólo de rodillas, esos pauperizados campesinos que según la República eran iguales a los demás peruanos.

La historia hablará de él como de Castilla: también soldado de humilde origen, también autoritario, también libertador de los más pobres, también enérgico y astuto, también fue Presidente y murió pobre.

En menos de diez minutos, en esa tensa sesión en que se jugaban intereses, pasiones e ideologías, sin dejar de escuchar a ninguno de sus asesores civiles o militares, Velasco había tomado una determinación: esa misma noche, el departamento de Cajamarca fue declarado zona de Reforma Agraria.

Advirtió un involuntario nudo de emoción en la garganta y decidió modificar una sola palabra en el mensaje que sus asesores habían preparado para ser grabado y retransmitido al día siguiente por las emisoras de Cajamarca: iba a decir “campesinos”, pero lo pensó dos veces. Para Juan Velasco Alvarado no existía sonido más dulce ni más alto timbre de honor que la palabra Perú.

Su voz de fumador inveterado sonó un poco más áspera, tomó un severo tono de denuncia cuando dijo: “peruanos”.

La Ley 17716 se había promulgado para convertir en peruanos de verdad, ciudadanos de pleno derecho, a campesinos sujetos a relaciones de producción propias de la Edad Media.

### **Una historia cruel**

La Conquista española fue, en el fondo, un proceso de expropiación forzosa de la tierra a favor de una nueva clase dominante.

Pero el proceso que condujo a la Reforma Agraria en Cajamarca había empezado 260 años antes, cuando las potencias europeas se repartieron el mundo en el Tratado de Utrecht y decidieron abrir el mercado sudamericano a los textiles franceses y británicos. Así empezó la crisis de los obrajes textiles de Cajamarca

que generó un flujo de capitales negativo para toda la sierra del entonces virreinato del Perú.

Al empezar el siglo, los terratenientes de Cajamarca comprendieron que no podían seguir siendo señores de horca y cuchillo. La guerra del Pacífico y las prolongadas guerras civiles subsecuentes, habían assolado el departamento, descapitalizando las haciendas mediante cupos, reclutamientos y saqueos. Los bandoleros que ocupaban gran parte del territorio imponían su propia Ley a revólver y machete. Ya no era posible prosperar transportando alimentos a lomo de mulo hasta la costa, llevando ganado en pie para venderlo en Tumán o Cayaltí. Los hacendados más lúcidos comprendieron, a fines del siglo XIX, la necesidad de modernizar su actividad productiva, pero antes era necesario capitalizarse. Las primeras cabezas de ganado lechero importado llegaron en 1906. Muy pronto la crianza se mostró diez veces más rentable que la agricultura. Empezó así un largo proceso que finalmente generó el establecimiento de la ganadería lechera como actividad productiva predominante en el sur de Cajamarca. Los terratenientes empezaron a parcelar sus latifundios vendiéndolos a antiguos caporales o a arrendatarios enriquecidos mediante el comercio de ganado en pie: esa fue, bien entendida, también una Reforma Agraria.

### **La ganadería lechera.**

La ganadería lechera fue el producto de un decidido apoyo estatal. Hacia 1920, Augusto B. Leguía modernizó el Estado. No sólo le encantaba inaugurar sus propios monumentos: también envió a Cajamarca una eficiente Guardia Civil que reemplazó a la vieja gendarmería y además mandó instalar en los Baños del Inca una estación experimental donde se proporcionaba asesoramiento, se enseñaban técnicas de manejo, se importaban sementales y vacas finas.

Hacia 1927, los terratenientes que habían sabido sumarse al cambio prosperaban. Cuando Leguía ordenó un Censo Agropecuario, Cajamarca alcanzó el primer lugar en producción de leche a nivel nacional, el cuarto en mantequilla y el quinto en queso: se

estaban sentando las bases de una industria de lácteos cajamarquinos basada en la transferencia tecnológica y una nueva estructura de la propiedad.

En 1933, la Nestlé, poderosa empresa lechera con sede en Vevey, Suiza, empezó a explorar las posibilidades de incorporar otro país a sus ya vastos inventarios: el Perú, en la lejana Sudamérica.

En 1932, cuando el APRA empezaba una larga guerra civil exigiendo la nacionalización de tierras e industrias, los terratenientes cajamarquinos obtenían premios por la calidad de su ganado en diferentes ferias agropecuarias. Una noche tormentosa, el famoso "Zorro" Jiménez puso sobre las armas al 11º de Infantería y se sublevó contra Sánchez Cerro, pero tuvo que suicidarse poco después en Paiján para no caer en manos de su enemigo. Los técnicos de la Nestlé que llegaron poco después a Cajamarca visitaron también Piura, Ancash y La Libertad. Otra sublevación aprista encabezada por Ricardo Revilla terminó en Cajamarca con el habitual baño de sangre.

En 1947, la Nestlé optó por Cajamarca. Tomó el nombre de Perulac, ofreció asesoramiento técnico, inseminación artificial, proporcionó maquinaria para abrir trochas carrozables a las haciendas, utilizando la mano de obra gratuita proporcionada por los terratenientes. Articuló así un sistema de acopio en toda la cuenca lechera y lo centralizó en su planta de deshidratación primaria de los Baños del Inca.

A mediados de siglo, Cajamarca, celebró el primer aniversario de su independencia administrativa: en Suiza. Los gerentes de la Nestlé deben haberse reído de buena gana en Suiza, porque el departamento era ya, en buena cuenta, propiedad de la empresa.

Hacia 1960, cuando un hombre llamado Hugo Blanco empezaba a organizar en sindicatos a los campesinos del Sur, la actividad económica predominante en Cajamarca era la ganadería lechera.

### **La Reforma Agraria.**

Velasco conocía: la Reforma Agraria era necesaria.

En 1964 el presidente constitucional, Fernando Belaúnde, había promulgado también una Ley de Reforma Agraria, justamente en Cajamarca, en el Cuarto del Rescate: fracasó.

Demasiados trámites, demasiados funcionarios, demasiados expedientes que completar, demasiadas causales de inafectabilidad, demasiado bien relacionados los terratenientes, demasiado marginados los campesinos. Los latifundistas se burlaban de la Reforma Agraria, parcelaban sus tierras entre parientes, todos los cambios se orientaban a mantener el orden de propiedad vigente. En 1961, 3,678 fundos tenían el 74.9 % de la tierra; en 1972, unos doce mil fundos, propiedad de un reducido 7.5% de los agricultores, concentraban el 65 % de la tierra cultivable. El gamonalismo cajamarquino no había cambiado, no mostraba dolor de corazón ni propósito de enmienda.

No mucho tiempo atrás, apenas en 1967 algunos centenares de campesinos hambrientos invadieron la hacienda Chim- Chim, en: querían tierra. Tierra les dieron los hacendados Juan Puga y Richard Knoch, tierra en la forma de tumbas en la fosa común: reunieron a sus amigos, invitaron una amable partida de placer, les recomendaron escoger sus armas más finas y sus mejores caballos. Todo el día practicaron tiro al blanco con los amotinados, nunca se supo si fueron cuatro los muertos o cuarenta, después de todo a quién le importaba. Después agasajaron a los visitantes con una succulenta pachamanca en la casa hacienda. *(Tú tenías la culpa, peruanito, tú que consentías también eras culpable)*

Velasco tomó su decisión en diez minutos y firmó.

Cuando cayó Velasco la vieja clase dominante tenía quebrado el espinazo Nunca más el campesino de Cajamarca le hablaría de rodillas a sus patrones, nunca más en las haciendas de los Puga los hombres serían valorizados por debajo de los toros de lidia.

En Cajamarca el campesino tenía ya la calidad de ciudadano, era un peruano libre, con derechos cívicos. En su tumba, el General podía

dormir tranquilo. Los hombres que con él hicieron la Reforma Agraria en Cajamarca, jamás renegarán de su memoria.

## **El caso Watergate**

El Presidente de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos, Warren Burger, se puso de pie y leyó la resolución firmada por los siete magistrados del más alto Tribunal de la Nación. El Presidente Richard Nixon estaba obligado a entregar a los Tribunales 64 cintas grabadas con las conversaciones del propio mandatario y sus colaboradores en el despacho presidencial. La facultad presidencial de guardar el secreto de los actos de gobierno, no era base legal para impedir la presentación de pruebas en un proceso pendiente. Un solemne silencio llenó la sala y el periodista Theodore White recordó el aforismo de los antiguos romanos: *fiat justitia, rut coelum*: «hágase justicia, aunque se hunda el cielo».

A poca distancia, en la Casa Blanca, el abogado del Presidente Fred Buzhardt, resumió la situación con melancolía: “todo ha terminado -dijo a sus colaboradores- todo ha terminado ya”.

### **Espionaje**

El consejero legal sabía que la cinta número 36, correspondiente al 23 de junio de 1972, era el «esqueleto en la alacena», la prueba definitiva e irrefutable que temen todos los abogados defensores.

La cinta N<sup>o</sup> 36 demostraba que seis días después del asalto y saqueo a la sede del Partido Demócrata, Nixon había ordenado a la Agencia Central de Inteligencia de los EE.UU. obstruir y detener las pesquisas judiciales. El Presidente deseaba proteger a un equipo clandestino que desde la propia Casa Blanca interceptaba teléfonos, intervenía oficinas, fabricaba rumores y ejecutaba

prácticas de chantaje y amedrentamiento a políticos y periodistas con el propósito de asegurar la reelección del Presidente.

Ese día, Nixon había cometido el delito de obstrucción a la justicia; desde entonces, durante más de dos años, había mentido al público, a los jueces, al Congreso, a sus colaboradores y probablemente a sí mismo. Abogado veterano, acostumbrado a defender casos difíciles, Buzhardt sabía que esta vez su destreza jurídica sería inútil: el Presidente estaba perdido.

### **«Los Fontaneros.»**

El abogado Richard Milhous Nixon se había formado en la dura escuela de la política californiana de los años cincuenta, donde los argumentos tenían poco valor práctico: complejos programas de relaciones públicas; imágenes, frases y símbolos preparados de antemano; orquestación cuidadosa de emociones, la táctica de atacar siempre, la manipulación cuidadosa de la opinión pública contra un enemigo concreto y fácil de identificar, eran los mecanismos eficientes para ganar una elección. Y a Nixon le gustaba ganar.

Después de una breve carrera parlamentaria, Nixon fue escogido por el Comité Nacional Republicano para acompañar a Eisenhower como vice Presidente en 1952, pero cuando intentó ser elegido Presidente en 1960, fue derrotado por Kennedy: todos pensaron que su carrera política estaba terminada. Nixon esperó con paciencia. En 1968 volvió a la política: un país desgarrado por la guerra, agobiado por la crisis económica y dividido por el odio racial, decidió confiar el poder a ese hombre de pocas palabras y corta estatura que disfrutaba de la reputación de político eficiente. El mismo día que asumió la Jefatura del Estado, el desconfiado Nixon instaló en el Despacho Oval un dispositivo secreto que le permitía grabar sus propias conversaciones y encomendó a su Jefe de Gabinete John R. Haldeman una tarea inmediata y urgente: preparar la reelección.

Haldeman a su vez organizó su propio equipo, «los fontaneros»: policías retirados, agentes de la C.I.A. dados de baja, sospechosos

exiliados cubanos, recibieron modestos cargos oficiales, una sustancial partida de fondos secretos y varias oficinas de la Casa Blanca, en un pasillo conocido como «el callejón del Rey». La misión de los «fontaneros» era, naturalmente, evitar fugas: debían detectar quienes entre los burócratas de la Casa Blanca ofrecían información reservada a los periodistas liberales de diarios que, como el «Washington Post», se mostraban siempre listos a publicar malas noticias acerca de Vietnam, las relaciones internacionales, los impuestos y otros temas desagradables para Nixon.

Pronto Haldeman les indicó una nueva misión: era necesario buscar las debilidades de presuntos adversarios. Periodistas y políticos de oposición podían tener deudas, juicios, problemas sexuales o psiquiátricos, aventuras extramatrimoniales. Eran debilidades, dijo Haldeman a sus colaboradores: «los hombres son débiles». Los «fontaneros» emprendieron así una febril campaña de inteligencia paralela, abiertamente delictiva, con la autorización no oficial del segundo hombre más poderoso del país: el Jefe de Gabinete Presidencial. Se instalaron equipos de interceptación telefónica y los hombres del Presidente planificaron incursiones secretas en los lugares más insospechados: archivos de periódicos y bancos, gabinetes de prostitutas selectas, consultorios de médicos y siquiátras eran vigilados, intervenidos y analizados. La búsqueda de información secreta sobre probables adversarios era «prioridad uno» para el Presidente y su equipo.

### **Justicia inexorable**

El 13 de junio de 1971, el «New York Times» empezó a publicar los «Documentos Secretos del Pentágono», un resumen de los móviles y las ideas que habían producido la derrota de los EE.UU. en Vietnam. Sospechando que Daniel Ellsberg, un burócrata de poca monta, había «filtrado» al periódico los informes secretos, un equipo de «fontaneros» se introdujo clandestinamente en las oficinas del siquiátra que atendía al sospechoso, en el edificio Watergate: se trataba de demostrar que el infidente estaba loco o padecía de alteraciones mentales. Una segunda incursión, destinada a intervenir el teléfono de Lawrence O'Brien, Jefe del Comi-



té Nacional Demócrata, en el mismo edificio, condujo a la catástrofe. El 17 de junio de 1972 cinco «fontaneros», entre ellos James Mc. Cord, jefe de Seguridad del equipo de reelección presidencial fueron arrestados por la policía.

El «Caso Watergate» puede describirse como un patético y chapucero esfuerzo por encubrir los delitos cometidos en la noche del 17 de junio.

El inexorable sistema judicial norteamericano se basa en la recolección de pruebas y en la posibilidad de procesar por perjurio a cualquiera que obstruya la labor de los tribunales. En los EE.UU. el autor de un delito puede ganar significativas ventajas penales si se arrepiente o proporciona pruebas que permitan llegar a la verdad y procesar a otros delincuentes.

Los periodistas del «Washington Post» estaban bien informados y no deseaban soltar su presa: esta vez, querían a Nixon. Cada requerimiento judicial agregaba una nueva pieza al rompecabezas. Los arrestados de Watergate involucraron pronto a E. Howard Hunt, funcionario de Seguridad de la Casa Blanca. El arresto de Hunt y un frustrado intento de chantaje condujeron la investigación hasta el Secretario de Justicia, Mitchell. Cuando Nixon pidió la renuncia de Mitchell, todos entendieron que se acercaba el fin. Mitchell, como cualquier «fontanero», no quiso caer solo e involucró a John Dean, auxiliar inmediato del Presidente. Pero Dean negoció su propia inmunidad y reveló las vinculaciones entre el «operativo» y el poderoso Jefe del Gabinete del Presidente, John Haldeman. La suerte estaba echada.

Cuando le llegó el turno de presentarse ante los tribunales, Haldeman no quiso caer como un delincuente común: era un soldado y estaba orgulloso de su misión, -dijo-: había obedecido las órdenes del Presidente de los EE.UU. Las cintas grabadas en el despacho presidencial podían probarlo.

Cuando, finalmente, el Juez John Sirica requirió por escrito al Presidente la entrega de las 64 cintas grabadas en el Despacho Oval de la Casa Blanca. Nixon luchó aún 18 meses, negándose a

entregar las cintas. Pero cuando la Corte Suprema decidió que ni siquiera el Presidente tenía derecho de ocultar información a la justicia, Nixon entendió que estaba perdido.

### **El Final.**

El jueves 8 de agosto de 1974, un demacrado Nixon anunció su propia dimisión en un discurso televisado que se difundió a las ocho de la noche, hora «standard» del Este. Previamente, el Presidente se había despedido de unos 40 líderes del Senado y la Cámara de Representantes que permanecían fieles. Vestía un traje azul oscuro y llevaba, como siempre, un alfiler de solapa con la bandera norteamericana, símbolo de la autoridad presidencial. «En los últimos días -dijo- me ha parecido que ya no cuento con el apoyo político suficiente para gobernar este país. Por tanto, renuncio a la Presidencia a partir del mediodía de mañana».

A mediodía del 9, mientras su jet privado sobrevolaba el Oeste Medio, Richard Milhous Nixon dejó de ser Presidente de los Estados Unidos.

## **El error fatal del general Velasco.**

**(Lima, 1975)**

Los periodistas de “La Crónica” empezaron a disparar desde ventanas y azoteas cuando el primer grupo de amotinados se precipitó por la Avenida Abancay para quemar el periódico. No sólo pistolas y revólveres, también varias armas automáticas cerraron la calle a balazos; esa tarde se supo que casi todos los diarios de Lima -estatizados siete meses antes- eran en realidad sólidos fortines ocupados por gente armada.

A las tres de la tarde, el centro de la capital era un caótico campo de batalla.

Cien mil desheredados saqueaban supermercados, bodegas y bazares, apoderándose de apetecidos bienes de consumo: televisores, fardos de tela, refrigeradoras y prendas de vestir se remataban en un mercadillo improvisado en la plaza Unión, todo “a precio de saqueo”.

Bien organizados grupos de hampones atacaban joyerías, cooperativas de crédito, agencias bancarias y locales de prestamistas y usureros en busca de dinero y joyas. Comandos paramilitares cuyos jefes llevaban pañuelos blancos en la cabeza coordinaban el motín: habían incendiado el diario Correo, el Centro Cívico y el Círculo Militar de la Plaza San Martín.

La crisis originada por la primera huelga policial en la historia de la República no terminó hasta que una docena de carros blindados irrumpieron en Lima por la Avenida Tacna “barriendo” las

calles con ametralladoras calibre '50. Las tanquetas impusieron, finalmente, un silencio ensangrentado.

El número de muertos nunca se conoció oficialmente. Pero esa noche, en "La Crónica", el veterano periodista Humberto Castillo Anselmi resumió la situación en cuatro palabras: "esto se acabó, muchachos", dijo.

El "Chivo" se refería, naturalmente, a la Revolución Peruana y al Presidente Juan Velasco Alvarado.

### **Los antecedentes.**

El 28 de julio de 1975, el Gobierno Revolucionario había expropiado todos los diarios con tiraje superior a los 25,000 ejemplares. Los periódicos -se dijo- estaban al servicio de poderosos intereses económicos. La nueva sociedad que se estaba creando exigía modificar también la estructura informativa del país y en consecuencia, los diarios serían «transferidos», en algún momento, a las organizaciones populares de campesinos, profesionales, obreros y artistas.

Transitoriamente, los diarios serían dirigidos por Comités Especiales, designados mediante Decreto Supremo. Brillantes periodistas como Guillermo Thorndike, intelectuales como Walter Peñaloza Ramella, diplomáticos como Alberto Ruiz Eldredge y políticos como Héctor Cornejo Chávez, aceptaron la Dirección de los diarios expropiados. Paralelamente, se dictó un Estatuto de Prensa: para editar un periódico era necesario inscribirlo previamente en un Registro a cargo del Prefecto de cada Departamento. La libertad de prensa, en el Perú, era un asunto reservado al Ministerio del Interior.

Desde 1968, el general Velasco gobernaba el país con mano de hierro. Nacionalista, autoritario, carismático y eficiente, había conducido la Reforma Agraria más radical de América Latina. Las reformas estructurales de Velasco -muy lejos de la inspiración comunista que se les atribuiría más tarde- se basaban en el modelo cepaliano vigente en la década de los 70: se trataba de crear en el país un mercado interno, reduciendo las diferencias socia-

les y encomendando la industrialización, vía sustitución de importaciones, a empresas privadas que debían ser tuteladas por un poderoso sector estatal. Un eficiente sistema de subsidios mantenía los precios relativamente bajos y un severo control aduanero recortaba la importación de numerosos bienes de consumo considerados suntuarios.

Paralelamente, Velasco declaró cancelados los partidos políticos: parasitarios e ineficientes según la versión oficial, los partidos eran condenados como mecanismos de intermediación, conducidos por cúpulas que manipulaban la voluntad colectiva. En tales términos, la estatización de la prensa parecía paso necesario hacia un nuevo orden, orientado a la solidaridad y la justicia.

### **El desenlace.**

La estatización de los diarios sacó del juego al sector mayoritario de la clase política, a la oposición formal y establecida.

Los jóvenes periodistas e intelectuales que conducían los periódicos estatizados comprobaron bien pronto los límites de la nueva libertad de prensa: si ningún gobierno acepta la crítica, menos que ninguno un gobierno militar. Casos de corrupción denunciados por la prensa motivaron severas y sibilinas advertencias. Prestigiosos columnistas fueron silenciosamente defenestrados: eran “contrarrevolucionarios”. La noción de una Verdad Oficial, legitimada desde el poder, empezaba a abrirse paso ominosamente.

Cuando la irreverente crítica de «Caretas» trajo consigo la clausura del semanario y la deportación de su Director Enrique Zileri, los periodistas fueron conminados a guardar silencio: la libertad de prensa estaba limitada por “los parámetros de la Revolución Peruana”, explicó el Director de «El Comercio», Héctor Cornejo Chávez. Una misteriosa conspiración destinada a entregar a los Estados Unidos la relación del armamento adquirido en la Unión Soviética, fue silenciada para no comprometer al prestigioso Primer Ministro, General Mercado Jarrín.

La noticia política más importante- la sucesión de Velasco-, era un tema tabú. El Presidente estaba enfermo y ya se generaba un peligroso vacío de poder alrededor de su persona. En las Fuerzas Armadas la necesidad de un sucesor era secreto a voces y motivo de áspero debate en el que sólo participaban los jefes de las cinco Regiones Militares. Se formaron logias secretas, conducidas por militares de alto rango que empezaron a organizar partidos políticos semiclandestinos, deseosos de imponer su propia alternativa de gobierno. Diferentes Servicios de Inteligencia pugnaban por el control de los diarios.

Así, la prensa estatizada se convirtió en escenario de un conflicto institucional en el que se jugaba el destino del país. La importante y politizada clase media no participaba en la polémica y desconfiaba de la prensa “parametrada”. Muy pronto los rumores reemplazaron a las noticias: se hablaba de una inminente guerra con Chile, de supuestos asesores “infiltrados” que gobernaban al país. Misteriosos atentados sacudían Lima. Los periodistas aprendimos a llevar pistola bajo el sobaco y nos enterábamos de las noticias por los boletines nocturnos de la BBC de Londres.

Así, cuando en la madrugada del 3 de febrero la Guardia Civil se declaró en huelga, los diarios estatizados sólo atinaron a guardar silencio. En la noche del 4, la División Blindada entró en Lima, capturó los cuarteles policiales y se retiró después, dejando la ciudad desguarnecida.

La huelga policial fue debelada, pero los policías no volvieron a sus comisarías. Una población desorientada salió a las calles sin noción concreta de lo que estaba ocurriendo y de ese modo, el motín y los saqueos del cinco de febrero devinieron inevitables.

### **Las consecuencias.**

La historia ha preferido olvidar los sucesos -y las lecciones- del cinco de febrero de 1975. Políticos, periodistas e historiadores, guardan sobre el tema un incómodo silencio. Nunca se llegó a saber quiénes organizaron la asonada.

El motín del cinco de febrero demostró las debilidades internas del régimen: no había, realmente, participación popular. La autoridad del Presidente había anulado las instituciones que hubieran podido conjurar la crisis. Las muchedumbres que respaldaban al general Velasco en nutridas manifestaciones, no salieron a las calles ese día. La prensa estatizada carecía de credibilidad.

Sin partidos organizados ni canales coherentes para la actividad política, el Perú era un peligroso polvorín donde cualquier incidente podía provocar una catástrofe. Fue también evidente el rencor, la indignación colectiva que convirtió a los periódicos estatizados en presa de una clase media que, al incendiarlos, exigía con violencia su derecho a una información veraz e independiente.

Los sucesos de febrero demostraron, además, que los miles de saqueadores que convirtieron Lima en un campo de batalla, estaban dispuestos a acudir a la violencia para acceder a los bienes de la satanizada “sociedad de consumo”.

Apenas seis meses después, el general Velasco fue derrocado por las Fuerzas Armadas. Los diarios fueron devueltos a sus dueños el 28 de julio de 1980.

## **Así cayó Velasco.**

Pase la noche del 28 al 29 de agosto de 1975 en un local escolar del jirón Trujillo, convertida en "base operativa" para un centenar de voluntarios. Habíamos recibido instrucciones de llevar ropa de abrigo, galletas, leche condensada, seis chocolates "sublime" y un "paquete de curación individual" con gasa, algodón, esparadrapo, yodo y mercurocromo. Llevaba además mi propia pistola "Walter" PPK 7.65 con dos cacerinas, y era, probablemente, uno de los mejor equipados del grupo.

Alguien me embetunó la cara y me aseguró los lentes con esparadrapo negro: nadie tan indefenso como un insurrecto engeguado, a medianoche y en una calle oscura, me dijo.

En otras bases del Rímac y de los Barrios Altos, un millar de voluntarios - políticos, funcionarios, periodistas, y unos cuantos militares silenciosos y sombríos- esperaban con la misma fe. Me llamó la atención la falta de obreros: las Centrales Sindicales no estaban ahí. No puedo mencionar nombres, "para defender a los justos de la justicia" como decía Scorza. Algunos se reconocerán aquí. Un abrazo para ellos. Pero si debo mencionar que me había convocado mi amigo el periodista Efraín Ruiz Caro, que fue años atrás mi jefe en PRODIRA y que al empezar ese duro año 1975 me había recomendado para trabajar como redactor político en "La Crónica"

Esa noche derrocarían a Velasco y estábamos ahí para impedirlo.

Debíamos apoderarnos esa noche del Rímac y de los Barrios Altos, bloquear por la mañana el puente Balta para cerrarle el paso, durante un mínimo de seis horas, a los tanques de la II División



Blindada que, a partir de las 3 de la mañana, intentarían tomar Palacio de Gobierno.

El difunto mayor Eloy Fernández Salvatecci pidió que quienes supieran disparar diéramos un paso al frente- Me identifiqué y Fernández señaló unas quince o veinte armas: carabinas M1, escopetas Stevens de repetición y, lo mejor de todo, seis u ocho fusiles cortos máuser modelo 1932 en muy buen estado. Me adelanté a tomar uno y me dieron una bolsa de lona con veinte cargadores.

Después, Fernández nos dividió en equipos de tres: cada hombre armado tendría dos auxiliares provistos de ingenios explosivos de fabricación casera. Estaban ahí para ayudarnos, pero evidentemente también para recoger el arma si era necesario.

Después, el mayor nos explicó en voz baja, calculadamente tranquilizadora, las tácticas de lucha callejera que debíamos aplicar esa noche. Nadie nos pedía que nos enfrentemos a los T-55, dijo. Los nuevos y poderosos tanques rusos estaban en Tacna, lejos de Lima. Lo más probable era que en la toma de Palacio se emplearan viejos tanques Sherman, saldos de la II Guerra Mundial. Pero el General Teobaldo Castro, que mandaba la II DB era un oficial experimentado. Por ningún motivo iba a meter sus valiosos blindados, de noche, en el laberinto de estrechas callejuelas que separaba al Fuerte Rímac de Palacio de Gobierno. Al primer dinamitazo, el jefe de la Blindada pondría sus tanques a buen recaudo y trataría de limpiar las calles con infantería transportada en portatropas blindados, las llamadas "tanquetas" que Fernández parecía considerar inofensivas.

Las tanquetas, explicó, eran una especie de bañeras sin techo blindado. Bastaría con hacer mucho ruido, empleando grandes petardos de pólvora negra, fabricados por algún pirotécnico anónimo, inofensivos pero estruendosos, cuyas enormes columnas de humo negro serían confundidas con granadas. Había además "cocteles molotov", elaborados con gasolina, ácido sulfúrico y clorato de potasa: no eran para tirárselos a los tanques, nos advirtió con humorismo: eso sólo se hacía en las películas.

Las "molotov" debían arrojarse al suelo, en las bocacalles, para provocar enormes fogatas que detendrían a los vehículos blindados. Los tanques, dijo, eran muy débiles en un combate urbano. Recomendó volcar vehículos para obstruir las calles, apagar las luces, derribar los postes, incendiar los botes de basura, disparar a las ventanillas de los vehículos, ahorrando munición y procurando sobre todo no causarle bajas al Ejército.

No era peligroso, aseguró: los soldaditos, dijo, no tenían puntería.

En agosto amanece tarde, más o menos a las seis de la mañana. Recién a esa hora, explicó, la Blindada sacaría sus tanques: había que detenerlos a toda costa en el Puente Balta para impedir que entren en Lima. Se bloquearía el puente con varios "bussing" de ENATRU requisados con ese objeto y seríamos reforzados por una sección antitanque y otra de ametralladoras procedentes de Palacio de Gobierno; pero adelantó que esa sería de todos modos "la hora de los loros". Si se lograba "aguantar" hasta las siete, la historia del Perú habría cambiado: a esa hora, Velasco convocaría al pueblo y entregaría a las organizaciones sindicales y campesinas veinte mil fusiles "máuser", viejos pero efectivos, que estaban disponibles en el cuartel La Pólvora. Por eso no había ningún sindicalista, explicó Fernández: estaban preparados para salir y movilizar a la gente. Cualquier peruano con educación secundaria sabía manejar un "máuser": con las masas armadas en la calle, el golpe de Estado fracasaría y el proceso de cambios iniciado siete años antes se convertiría, por fin, en una Revolución.

Alzando entonces la voz, Fernández Salvatecci advirtió que la operación era técnicamente factible, pero contemplaba un 50 por ciento de bajas. Preguntó si alguien quería retirarse, todavía había tiempo para arrepentirse. Muchos dudaron pero, en honor a los ausentes, debo decir que nadie levantó la mano.

No era imposible.

Velasco había nacionalizado la IPC y ejecutado la Reforma Agraria más radical de América Latina. La economía peruana, aún vigorosa, estaba encabezada por un potente sector estatal. El

Perú producía un millón de toneladas de acero al año, se auto-abastecía de petróleo y exportaba 700 millones de dólares sólo en harina de pescado. El dólar se mantenía firme en 43 soles. La educación era en verdad gratuita. El salario mínimo superaba los 300 dólares. La gasolina costaba 23 centavos de dólar. Carlos Delgado Olivera, otrora secretario privado de Víctor Raúl Haya de la Torre, era asesor personal del Presidente que le había quebrado el espinazo a la casta de grandes propietarios agrarios, esos "barones del algodón y del azúcar" que denunció tantas veces Manuel Seoane.

El proyecto de Velasco había empezado por ejecutar el Programa Mínimo del partido aprista: nacionalización de tierras e industrias. Pero iba más allá: Velasco militar al fin y al cabo, se proponía recuperar Arica, derrotar a Chile, echar abajo a Pinochet y vengar la derrota de 1883.

A las puertas de Arica, en Tacna, Velasco había concentrado la más poderosa fuerza blindada de América Latina: 250 tanques rusos T-55 de última generación, manejados muchos de ellos por amistosos "instructores" cubanos. Los peronistas todavía gobernaban Argentina. El proyecto de Velasco, apoyado por la Unión Soviética, podía cambiar el destino de América Latina.

En los años previos, Velasco había logrado derrotar siete golpes de Estado gracias a la División Blindada que controlaba su hombre de confianza, el general Leónidas Rodríguez Figueroa. Todavía en julio de 1974, el "olluco" Rodríguez, - apelativo cuartelero originado por su condición de cuzqueño- había metido sus tanques en el Terminal Naval, doblegando a la Marina, haciendo dar de baja a 17 almirantes y asegurando la expropiación de los diarios. Era un militar comprometido con el programa nacionalista, leal a Velasco desde sus días de cadete.

Pero esta vez los naipes venían distintos: el 5 de febrero del 75, Rodríguez Figueroa derrotó sin mayores dificultades un motín policial en La Victoria, y replegó después sus tanques sin causa razonable, dejando la ciudad indefensa. El saqueo de Lima por las turbas, el incendio de casi todos los diarios menos La Crónica y

Expreso, que se defendieron a balazos, los cientos de muertos que produjo la represión posterior, eran consecuencia de esa decisión por lo menos equivocada.

Velasco era un duro y trató con dureza a su general favorito, responsabilizándolo por los sangrientos sucesos del cinco de febrero. Desde entonces, andaban distanciados.

Aquí entra en escena un nuevo personaje, el embajador cubano Antonio Núñez Jiménez. Este político y científico cubano, profesor de la Universidad de Las Villas, se había unido al movimiento revolucionario dirigido por Fidel Castro, combatiendo en la columna de Ernesto «Che» Guevara. Fue director ejecutivo del Instituto Nacional de la Reforma Agraria, presidente de la Academia de Ciencias de la República y Fidel lo nombró embajador en el Perú desde 1972. Núñez Jiménez no era un Embajador de protocolo; dinámico y carismático, visitaba cooperativas y bases sindicales, ofrecía sus consejos de político experimentado, apoyaba con la mejor buena voluntad su proyecto favorito, la Reforma Agraria e intervenía sin mayores escrúpulos en la complicada política de aquel gobierno militar que no carecía por cierto de base popular. Velasco estaba además enfermo y cuando en los círculos internos, políticos y militares de lo que se llamaba eufemísticamente "el proceso peruano", se empezó a discutir la necesidad de un sucesor, Núñez Jiménez no dudó un minuto en proponer su propio candidato: Rodríguez Figueroa.

Sesenta años antes, el viejo Lenin había explicado que nadie es derrotado por las contradicciones externas: toda derrota se debe en última instancia, en esa versión, a las contradicciones internas del vencido. En este caso, la profecía se cumplió al pie de la letra.

Cuando a mediados de agosto de 1975 se empezó a saber que un grupo de militares descontentos, encabezados por el general Francisco Morales Bermúdez, preparaba un nuevo golpe contra Velasco, todas las dudas empezaron a correr: la incógnita era el papel que iban a desempeñar las fuerzas en que más confiaba el Presidente: Rodríguez Figueroa y la División Blindada.

Así se empezó a preparar un contragolpe con elementos dispersos casi todos civiles, muy pocos militares, reclutados sigilosamente por el Ministro de Energía y Minas Fernández Maldonado, Otoniel Velasco, sobrino del Presidente y su secretario de prensa Augusto Zimmermann. El grupo se autodenominaba "la orga", al estilo argentino, y tuvo un bautismo de fuego más bien simbólico la noche del 29 de agosto. Después, la "orga" devino en el PSR, cuyo Presidente simbólico fue - paradojas de la política- nada menos que Rodríguez Figueroa.

Casi a las tres de la mañana, llegó una orden inexorable: "a sus hogares". Al final, Velasco había decidido descartar el levantamiento popular: como Perón en 1953, no entregaría armas a los civiles. Militar al fin y al cabo, el viejo general cedió a su prejuicio de casta y se dejó derrocar apaciblemente, como cualquier gobernante tradicional. Entregamos armas y equipos antes de retirarnos, silenciosos y desmoralizados.

Paso entre paso, me encaminé al centro de Lima y ya casi a las cuatro, vi llegar las tanquetas de la Blindada que tomaron Palacio sin mayor resistencia. Después pasé por mi pensión de Cailloma 229, recogí algo de ropa, me lavé la cara y al filo de la madrugada tomé un taxi con dirección a Lince.

Ahí, toqué la puerta de mi padrino Roberto Moreno, en José Leal 1198. Llegaba de Chachapoyas, expliqué con el mayor cinismo, estaba de visita por unos días.

Todavía hoy, pido disculpas a esos familiares queridos, cuya seguridad había puesto en peligro con la irresponsabilidad más absoluta. Me quedé dos días, disfrutando de la generosa hospitalidad de esa familia que no me hizo pregunta alguna y viendo por televisión las noticias.

El domingo por la tarde un envejecido Velasco salía de Palacio de Gobierno: "no importa lo que ha pasado, apoyen la Revolución" declaró. En Expreso "la cuna de la revolución" el periodista Francisco Moncloa, hombre de confianza de Núñez Jiménez, proclamó que el nuevo régimen, presidido por el general Morales Bermú-

dez, garantizaba todas las conquistas del pueblo. Además Rodríguez Figueroa iba a ser designado Ministro de Información.

Cautelosamente, empecé a averiguar por teléfono. Naturalmente, estaba despedido de La Crónica... por "abandono de cargo". Civiles y militares habían decidido tender un muro de silencio, no habría represalias de ninguna clase, porque no se había producido ningún Golpe de Estado. En realidad, Velasco había sido pacíficamente relevado por la Fuerza Armada. Esa era la versión oficial y todos tranquilos.

Recién el dos de setiembre me arriesgué a buscar la calle, cambiar de ropa y tratar de organizar mi vida. Me había quedado sin trabajo, faltaban tres meses para el nacimiento de mi hijo Germán, me esperaban un par de detenciones y casi seis años de desempleo, subempleo eventual, en todo caso.

A Rodríguez Figueroa lo pasaron al retiro un par de meses después: **"que el traidor no es menester, siendo la traición cumplida"**, como dice el romancero español. Todavía figuró un poco en política, porque el silencio era conveniente para todos. Núñez Jiménez volvió a Cuba y nunca se sabrá si fue premiado o más probablemente castigado por su catastrófica gestión diplomática en el Perú.

Velasco murió poco después. Equivocado o no, los pobres del Perú nunca lo olvidaron: ellos tomaron las calles de Lima el día de su sepelio, les arrebataron a palo contra sable el cadáver a los Húsares de Junín y enterraron en olor de multitudes a ese viejo generoso, que quiso un Perú justo pero que no pudo hallar los medios para construirlo

Porque la Historia la escriben los vencedores, he querido escribir para mis nietos esta historia ignorada, la historia de los vencidos.

Pero hoy, recordando a los hombres que esa noche velaron firmes, dispuestos a morir y que pagaron muy caro después esa decisión generosa aunque inútil, ofrezco a un grupo muy reducido de amigos mi testimonio sobre ese momento especial, en que la Historia del Perú pudo haber cambiado para siempre.

Editado en la ciudad de Lima, Perú  
Publicado en línea el 03 de julio 2020